



LH

HUMANIZACIÓN, PASTORAL Y ÉTICA DE LA SALUD Y SOCIAL

**En la
Esperanza,
presente
y futuro se
diluyen**

LA
BOR
HOS
PITA
LARIA

n.342

MAYO/JUNIO/
JULIO/AGOSTO

2/2025

Provincia San Juan de Dios de España

Año 72. Tercera Época
Mayo/Junio/Julio/Agosto
Número 342. Volumen LIV

Consejo de Redacción

Dirección

Calixto Plumed Moreno O.H.

Director adjunto

José María Galán González-Serna

Coordinadores

Humanización

Isabel Grimal; Josep Antoni Boix

Pastoral de la Salud y Social

Begoña Moreno Guinea; Susana Queiroga

Ética de la Salud y Social

Carmen Massé; José María Bermejo OH

Redacción - Maite Hereu

Administración - Dolores Sáenz

Consejo Asesor

Humanización

Jesús Pineda OH; Anna Ramió; Raquel Sisas

Ética de la Salud y Social

Jacinto Bátiz; Margarita Bofarull, rscj;

M^a Pilar Núñez-Cubero; Anna M. Prats;

Manuel de los Reyes López

Pastoral de la Salud y Social

Amador Fernández OH; Marije Goikoetxea,

José Luis Méndez; Mercé Puig-Pey

Dirección y Redacción

Curia Provincial

San Juan de Dios de España

Edificio San Juan de Dios

Av. Concha Espina, 32 28016 Madrid

Teléfono. 91 387 44 99

laborhospitalaria@sjd.es

Fotografías

Maite Hereu. Pixabay.

Abstracts

Manners Traduccions

Información y suscripciones

laborhospitalaria@sjd.es

www.laborhospitalaria.com

www.laborhospitalaria.com

Publicación autorizada por el Ministerio de
Sanidad como soporte válido.

Ref. SVR nº. 401

ISSN 0211-8268 - Dep. Legal: B.2998-61

COLOR DIGITAL - BCN





HUMANIZACIÓN,
PASTORAL Y ÉTICA
DE LA SALUD Y SOCIAL

00/ Editorial. p6

Claves de Spes non confudit.

Elena Magariños. **p10**

01/ DIALOGA 25 .

01/1. Juan José Afonso Rodríguez.

01/2. Pascal Ahodegnon, OH.

01/3. Amador Fernández Fernández OH.

p20

02/ Jubileo 2025:

“Peregrinos de Esperanza”.

El Jubileo de la Iglesia Universal y el de la Muerte de San Juan de Dios.

José María Bermejo de Frutos OH. **p39**

03/ La esperanza en las Audiencias del Papa Francisco.

José Luis Méndez Jiménez. **p61**

04/ La esperanza que somos, recibimos y damos.

Nurya Martínez-Gayol Fernández, ACI. **p71**

05/ La esperanza de san Juan de Dios en sus cartas.

Calixto Plumed Moreno. **p85**

06/ Caminando con los asistidos: esbozos de una pastoral de la esperanza.

Susana Queiroga. **p106**

07/ El acompañamiento espiritual como generador de esperanza.

Begoña Moreno Guinea. **p113**

08/ Experiencias. p120

8.1/ La Esperanza en el ámbito de la discapacidad intelectual: un enfoque integral.

Lourdes Casas Rodríguez

8.2/ La esperanza en el último tramo.

M^a Isabel Ródenas Iruela

Normas de Publicación

Normas generales para la presentación de artículos.

1. El manuscrito deberá realizarse utilizando el programa **Word** como procesador de texto y en **Excel** o **PowerPoint** cuando se trate de gráficos. Respecto al texto, la presentación será espacio y medio, a un cuerpo de letra de **Arial 12**, en **DIN A4**, dejando los márgenes laterales, superior e inferior de **2,5 cm**.

2. Si se envían imágenes digitales, éstas deben tener una resolución de **300 dpi**, a un tamaño de **10 x 15 cm**, y en formato **jpg**.

3. Para los artículos, el texto del manuscrito, incluida la bibliografía, deberá ajustarse a un **máximo de 3.000 palabras**.

Las tablas, cuadros, gráficos o imágenes se enviarán aparte del texto, cuyo número no excederá de **seis** en conjunto, debiendo estar numeradas y acotadas según su orden de aparición en el texto y conteniendo título, leyenda o pie de foto, según proceda.

Se intentará restringir al máximo las abreviaturas y siglas, que se definirán cuando se mencionen por primera vez. Las páginas se numerarán consecutivamente, desde la página del título, en el ángulo superior o inferior derecho.

Todos los artículos tendrán que incluir un resumen, que **no superará las 150 palabras**, y entre tres y cinco palabras clave, en castellano y en inglés.

Para las experiencias, el texto del manuscrito deberá ajustarse a un **máximo de 1.000 palabras**. No es necesaria la presentación de: bibliografía, resumen y palabras clave.

4. La página del título deberá contener el título del trabajo (que será breve pero informativo), nombre y dos apellidos de cada autor/a, títulos académicos y filiación institucional, así como el nombre, la dirección postal y electrónica (E-mail) y el teléfono

de contacto del autor/a responsable para posible correspondencia.

5. La bibliografía utilizada en la elaboración del manuscrito, deberá ser citada en el texto según la **normativa APA** y así mismo estar referenciada en el apartado correspondiente de Bibliografía.

6. El manuscrito debe acompañarse de una carta de presentación donde el autor/res/ras **autorice su publicación, la cesión de derechos, así como la certificación de que se trata de un trabajo inédito** y que tiene todos los permisos necesarios para reproducir las ilustraciones, fotografías u otros materiales contenidos en el texto que presenta. **No se aceptarán trabajos ya publicados**.

7. El manuscrito debe enviarse por e.mail a la siguiente dirección: **laborhospitalaria@sjd.es**

Acceso al fondo bibliográfico y pautas de suscripción

La microsite www.laborhospitalaria.org permitió en su momento tener acceso al fondo bibliográfico de la revista desde 1972 para todos los interesados en temas de humanización, ética y pastoral de la salud, dejando para los suscriptores el acceso a los contenidos de los dos últimos años. Sin embargo, este 2019 los Hermanos de San Juan de Dios han decidido abrir la publicación online a todos los internautas, eliminando el pago de la suscripción online por los contenidos de los dos últimos años.

Se mantiene la suscripción en papel con la que recibir la publicación por correo postal al precio de **36€** para España y **50€** o **50\$** para el resto de países. Para suscribir sólo hay que mandar un correo electrónico a laborhospitalaria@ohsjd.es con los datos personales, dirección donde recibir la revista y número de cuenta para domiciliar el pago.

Para cualquier duda o consulta pueden ponerse en contacto a través de nuestro correo electrónico: laborhospitalaria@ohsjd.es o llamar al 936 303 090 (ext. 12482)

Precio de las suscripciones

	Papel / Digital	36 € - España
		50 € - Europa
		50 \$ - USA

Les informamos que sus datos serán responsabilidad de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, y se tratarán para el envío de publicaciones, y bajo la legitimación de su consentimiento.

No se cederán datos a terceros, excepto que sea obligación legal.

Si desea ejercer sus derechos de acceso, rectificación y supresión de los datos, así como otros derechos reconocidos, o para más información, pueden contactar con eduardpuig@ohsjd.es



editorial

En la Esperanza, presente y futuro se diluyen

La frase “**presente y futuro se diluyen**” tiene un tono poético y puede interpretarse de varias maneras, dependiendo del contexto. Algunas posibles interpretaciones:

- 1. Disolución de los límites temporales:** Podría sugerir que la distinción entre el presente y el futuro se vuelve borrosa. Es decir, que vivimos en un estado en el que el ahora y lo que vendrá se mezclan, quizás porque el presente está tan condicionado por el futuro (expectativas, planes, miedos) que ya no se vive plenamente. O que el futuro llega tan rápido que apenas hay tiempo para habitar el presente.
- 2. Sensación de incertidumbre:** También puede reflejar una pérdida de claridad o dirección. En tiempos de cambio o crisis, el presente puede parecer inestable y el futuro incierto, como si ambos se deshicieran en una niebla de dudas.
- 3. Perspectiva filosófica o espiritual:** Desde una mirada más existencial o espiritual, podría

aludir a la idea de que el tiempo es una ilusión, y que solo existe el “**ahora eterno**”, donde pasado y futuro son construcciones mentales que se desvanecen.

- 4. Interpretación artística o literaria:** En un contexto creativo, esta frase puede ser una metáfora para expresar la fluidez del tiempo en una narrativa. La transformación constante de la identidad o la realidad. La pérdida de control sobre el curso de la vida, etc.

Aquí y ahora nos importa más esta otra imagen: “**La esperanza es como echar el ancla a la otra orilla y agarrarse a la cuerda**”. Y ya que la Iglesia ha elegido vivir este año jubilar bajo la protección de la esperanza, es una oportunidad para que todos los cristianos y todos, actuemos especialmente en contextos de dolor y sufrimiento, viviendo la esperanza como una virtud activa y no como una expectativa pasiva de que las cosas mejorarán.

La Orden Hospitalaria, -que también celebra su año Jubilar con ocasión de los 475 años de la muerte de san Juan de Dios-, fiel a su carisma, entiende la hospitalidad como una expresión concreta de esperanza. Acoger, cuidar y promover la dignidad de las personas con sus vulnerabilidades, son actos que reflejan una profunda fe en el potencial humano y en la capacidad de superar barreras. Además, la esperanza se fortalece en la comunidad y con un espíritu sinodal. Quizá la esperanza no deba buscarse sólo mirando hacia adelante, a veces el camino ya recorrido por otros pueda arrojar luz, ganas, conciencia, deseo y razón para seguir esperanzados. La esperanza es movimiento.

Javier Cercas narra su experiencia en el viaje a Mongolia del papa **Francisco**:

“Entonces le puedo decir a mi madre que, cuando se muera, va a ver a mi padre. La reacción del papa es fulminante; no duda ni un segundo, ni una décima de

segundo, ni una milésima de segundo; cierra los ojos mientras su cara se contrae en una expresión que parece de dolor y no es y, cuando vuelve a abrirlos dice:

Con toda seguridad.

Me oigo repetir: ¿con toda seguridad?

Con toda seguridad. La sonrisa de Bergoglio transforma su falsa expresión de dolor en una expresión auténtica de alegría. Con toda seguridad”

(El loco de Dios en el fin del mundo (2025) Barcelona: Penguin Random Hous Grupo Editorial, 476).

El papa **León XIV** sucesor del papa Francisco está enfatizando repetidamente la importancia de la esperanza cristiana en sus discursos y catequesis, especialmente en el contexto de este Jubileo de la Esperanza. Está abordando la esperanza desde diversas perspectivas:

1. Ha destacado que la esperanza cristiana, basada en la promesa de Dios, es una certeza en el camino de la vida y que transforma el corazón humano en tierra fértil para la caridad.
2. Ha conectado la esperanza con el cuidado de la creación, subrayando que la justicia ambiental es una cuestión de justicia social, económica y antropológica, y que el cuidado de la creación se convierte en una cuestión de fe y humanidad.
3. Ha instado a los jóvenes a ser “**faros de esperanza**” y a promover la paz y la unidad, animándolos a superar los egoísmos y a buscar formas de conectar con los demás.
4. Ha utilizado parábolas como la de los obreros de la viña para alimentar la esperanza y recordar que el tiempo de cada uno es valioso y que Dios llama a todos a trabajar en su viña.
5. Ha señalado que las curaciones de Jesús son un signo de esperanza, mostrando que Él no solo sana la enfermedad, sino que también devuelve la vida, incluso de la muerte.
6. Ha enfatizado que el matrimonio, como modelo de amor total, fiel y fecundo, es fuente de esperanza para la sociedad.
7. Nos ha invitado a la oración como fuente de esperanza y a la práctica de la fe como confirmación de la gracia de Dios.
8. Ha abogado por la paz “**desarmante y desarmada**”, llamando a la reconciliación y al cese de conflictos como un acto de esperanza.

En resumen, León XIV está haciendo de la esperanza cristiana un tema central, animando a la humanidad a buscarla en diversos aspectos de la vida y a construir un mundo más justo, reconciliado y lleno de fe.

Pero ya el papa Francisco en la bula **Spes non confundit** había pergeñado los hitos esenciales indicando: una palabra de esperanza; la esperanza... en los signos de los tiempos; esperanza en el futuro; esperanza para los que no la tienen; esperanza para los enfermos; esperanza para los jóvenes; esperanza para los migrantes; esperanza para los ancianos; esperanza para los pobres; esperanza para la tierra; la esperanza cristiana y la esperanza como la de María.

También en el reciente encuentro de los directivos de la **Orden Hospitalaria** en Barcelona, **DIALOGA 25**, se habló de una esperanza inconformista, participativa y transformadora, del carisma de la hospitalidad, como un legado vivo, no solo como una práctica, sino como una verdadera vocación, un camino de transformación personal y social.

Lo cual implica desarrollar una espiritualidad profunda y reflexiva, promover una cultura de encuentro y de diálogo, e implementar respuestas innovadoras y sostenibles. De esta forma podemos contribuir a la construcción de un mundo más justo, más humano y más fraterno, donde cada persona sea reconocida en su dignidad y acompañada por la compasión. Así podremos encarnar la misión carismática de la hospitalidad como trasunto de la esperanza y la caridad.

Se trataría de una mirada que transforma, una mirada apreciativa, que sabe reconocer y valorar lo bueno, en las personas (compañeros de trabajo, de comunidad, aquellos a quienes curamos y cuidamos), o que se posa sobre la realidad haciéndose cargo de ella, demostrando fuerza para transformar el mundo. Porque el mundo será como somos nosotros, como lo miramos nosotros.

En el continuo diálogo, construyendo la hospitalidad participativa, implicando a todos, comprometiendo a todos podremos aceptar el gran reto de cambiar de mentalidad. Esta es la esperanza que nos orientará el futuro inmediato, y juntos encontraremos la mejor manera de seguir avanzando.

Ahora bien, cuando se habla de esperanza ¿de qué estamos hablando? Podemos ser llevados a entenderla en referencia a algo bonito que deseamos, pero que puede realizarse o no. Esperamos que suceda, es como un deseo. Se dice, por ejemplo: “**¡Espero que mañana haga buen tiempo!**”, pero sabemos que al día siguiente sin embargo puede hacer malo.

La esperanza cristiana no es así. La esperanza cristiana es la espera de algo que ya se ha cumplido; está la puerta allí, y yo espero llegar a la puerta. ¿Qué tengo que hacer? ¿Caminar hacia la puerta! Estoy seguro de que llegaré a la puerta. Así es la esperanza cristiana: tener la certeza de que yo estoy en camino hacia algo que es, no que yo quiero que sea.

La esperanza ha de ser contemplada como un elemento constitutivo de nuestra naturaleza, como algo innato, esperanza natural, pero que aguarda nuestra decisión y acción para convertirse en una gran posibilidad en nuestra existencia: la virtud de la esperanza.

La esperanza es contemplar cómo la gracia actúa en nuestra naturaleza y, si nos abrimos a ella y la acogemos, realiza en nosotros nuestros más hondos deseos, llevándonos más allá de nuestras posibilidades: la esperanza teologal. Esta esperanza, a pesar de las apariencias, cuando

se abre a los otros, no defrauda; y los lugares de sufrimiento y dolor, ruptura y disminución se convierten en los espacios más propios de la emergencia de esta esperanza.

Uno de los autores aporta fragmentos de las Cartas de San Juan de Dios, que están esencialmente relacionados con las tres virtudes teológicas del cristianismo: fe, esperanza y caridad. Pero Juan de Dios tiene muy presentes las otras virtudes cardinales que enmarcan su vida ya que son las enseñanzas de la Iglesia, “**y echo mi sello y cierro con mi llave**”, como él mismo dice, pues resulta ser cuanto se le transmite, está convencido de ello y obedece con humildad. Y en Juan de Dios aparece muy claramente la esperanza como motor de caridad, la caridad que nace de la esperanza. Una esperanza viva de san Juan de Dios como una luz en medio del dolor.

Otros autores, en esta edición de **Labor Hospitalaria** proponen una reflexión sobre la pastoral como espacio de mediación de la esperanza, especialmente en contextos de vulnerabilidad existencial, ya sea en el ámbito de la pastoral de la salud o de la pastoral social. Se enfatiza la idea de que la verdadera eficacia de la presencia pastoral no reside en la resolución externa de los problemas, sino en la capacidad de caminar junto a la persona asistida, participando en su proceso de reconstrucción y re-significación. La pastoral, en este sentido, puede ofrecerse como motor de transformación, propiciando un espacio para convertir las experiencias de derrota en caminos de superación, mediante la confianza y la esperanza activa. La acción pastoral como motor de esperanza.

La esperanza, en contexto de vulnerabilidad física o psíquica, se convierte en un elemento vital. No es simplemente un deseo optimista, sino una fuerza activa que impulsa a seguir adelante, a buscar soluciones y a encontrar significado en medio de las dificultades. La esperanza capacita a las personas con alguna discapacidad para perseguir sus sueños y aspiraciones, a las familias para brindar un apoyo incondicional y a los profesionales para ofrecer una atención integral.

Mención especial merece acercarnos al sentimiento de esperanza y desesperanza en la población mayor, atendiendo a las peculiaridades vitales de los testimonios reales que se recogen. Tras una breve descripción de las cuestiones que se plantean, se da voz a los protagonistas para recoger después un aprendizaje personal y pragmático sobre el tema. Podemos encontrarnos muchos casos de soledad no deseada que habremos de saber acompañar a encontrar y vivir el camino en esperanza.

En tiempos donde la desesperanza parece extenderse, el acompañamiento espiritual es una herramienta poderosa de sanación y resistencia. No cambia mágicamente las circunstancias, pero transforma la manera de habitarlas. Y en esa transformación, se mueve la esperanza.

Una vez más precisamos introducir un enfoque de humanización, en el empleo de las herramientas y medios a nuestro alcance, para que no nos conduzca sin remedio a eliminar a la persona y su dignidad en el desempeño de nuestras tareas asistenciales. Siempre nos importa considerar la centralidad de la persona y su dignidad. Y es el contexto en que nos movemos en Labor Hospitalaria.

Estas reflexiones nos pueden ayudar, personal y profesionalmente a saber acompañar a las personas que experimentan el sufrimiento en sus diferentes facetas y teniendo en cuenta que nos aproximamos al sufrimiento de tantas personas con Humanización y Hospitalidad que pueden llegar a ser la traducción de la Esperanza que está en el corazón del que acoge y acompaña, así como en el que se deja acompañar.

Calixto Plumed Moreno O.H.
Director



‘Spes non confundit’: estas son las 12 claves de la bula¹

Elena Magariños,

Periodista. Redactora en Vida Nueva, Capital y La Razón

La basílica de San Pedro ha acogido el jueves, 9 de mayo, festividad de la Ascensión del Señor, la entrega y lectura de la bula de convocación del Jubileo Ordinario 2025, para la cual el papa Francisco ha elegido el nombre ‘**Spes non confundit**’ (‘La esperanza no defrauda’).

En el documento, basado en el significado de la esperanza cristiana y, también, como mensaje central del próximo Jubileo, incluye también las fechas del mismo.

Y es que el Papa ha anunciado, “**apoyado en esta larga tradición y con la certeza de que este Año jubilar será para toda la Iglesia una intensa experiencia de gracia y de esperanza**”, que la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, se abrirá a partir del 24 de diciembre de 2024, dando inicio así al Jubileo. El domingo sucesivo, 29 de diciembre de 2024, abrirá la Puerta Santa de la Catedral de San Juan de Letrán; el 1 de enero de 2025, solemnidad de Santa María, Madre de Dios, se abrirá la Puerta Santa de la Basílica papal de Santa María la Mayor; y, por último, el domingo 5 de enero se abrirá la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pablo extramuros. Estas últimas tres Puertas Santas se cerrarán el domingo 28 de diciembre del mismo año.

Asimismo, Francisco ha establecido que el domingo 29 de diciembre de 2024, en todas las catedrales y concatedrales, los obispos diocesanos celebren la Eucaristía como apertura solemne del Año jubilar, según el Ritual que se preparará para la ocasión.

“**Que en ella se lean algunos pasajes del presente Documento y se anuncie al pueblo la indulgencia jubilar**”, dice en el texto, subrayando que, durante el Año Santo, “**ha de procurarse que el Pueblo de Dios acoja, con plena participación, tanto el anuncio de esperanza de la gracia de Dios como los signos que atestiguan su eficacia**”.

El Jubileo ordinario se clausurará con el cierre de la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pedro en el Vaticano el 6 de enero de 2026, Epifanía del Señor.

“**Que la luz de la esperanza cristiana pueda llegar a todas las personas, como mensaje del amor de Dios que se dirige a todos.**

Y que la Iglesia sea testigo fiel de este anuncio en todas partes del mundo”,

añade el Papa.

“**Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda**”,

subraya. “**Que el Jubileo sea para todos, ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar sus razones**”.

A continuación, Vida Nueva reúne esos “**mensajes de esperanza**” lanzados por Francisco en ‘Spes non confundit’.

1/

Una Palabra de esperanza.

“Sabemos que la Carta a los Romanos marca un paso decisivo en su actividad de evangelización. Hasta ese momento la había realizado en el área oriental del Imperio y ahora lo espera Roma, con todo lo que esta representa a los ojos del mundo: un gran desafío, que debe afrontar en nombre del anuncio del Evangelio, el cual no conoce barreras ni confines”,

recuerda Francisco.

“En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino”.

En este sentido, el Papa señala que

“San Pablo es muy realista. Sabe que la vida está hecha de alegrías y dolores, que

el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento”.

Y eso lleva a desarrollar una virtud “**estrechamente relacionada con la esperanza: la paciencia**”. Esto, “en la era del internet, donde el espacio y el tiempo son suplantados por el ‘aquí y ahora’, la paciencia resulta extraña”. Así, “si aún fuésemos capaces de contemplar la creación con asombro, comprenderíamos cuán esencial es la paciencia”. Por ello,

“La paciencia, que también es fruto del Espíritu Santo, mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida. Por lo tanto, aprendamos a pedir con frecuencia la gracia de la paciencia, que es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene”.

Ante esto, “no es casual que la peregrinación exprese un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar”, ya que

“Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial”.

Por ello, hace un llamamiento a los fieles de las Iglesias orientales, “en especial a aquellos que ya están en plena comunión con el Sucesor de Pedro, quiero dirigir una invitación particular a esta peregrinación”. “Ellos, que han sufrido tanto por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia”, subraya,

“Muchas veces hasta la muerte, deben sentirse especialmente bienvenidos

1. <https://www.vidanuevadigital.com/2024/05/09/spes-non-confundit-estas-son-las-12-claves-de-la-bula-que-convoca-el-jubileo-2025/>

a esta Roma que es Madre también para ellos y que custodia tantas memorias de su presencia”.

2/

Esperanza... en los signos de los tiempos.

Francisco recuerda en el documento que “estamos llamados a redescubrir la esperanza en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece”. Por ello,

“Es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza”.

“Que el primer signo de esperanza se traduzca en paz para el mundo, el cual vuelve a encontrarse sumergido en la tragedia de la guerra”,

dice el Papa.

“La humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por la brutalidad de la violencia”. Por ello, anima a que “dejemos que el Jubileo nos recuerde que los que ‘trabajan por la paz’ podrán ser ‘llamados hijos de Dios’”.

3/

Esperanza en el futuro.

“Mirar el futuro con esperanza también equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás”,

apunta el Papa.

Sin embargo,

“Debemos constatar con tristeza que en muchas situaciones falta esta perspectiva. La primera consecuencia de ello es la pérdida del deseo de transmitir la vida”.

Sin embargo,

“A causa de los ritmos frenéticos de la vida, de los temores ante el futuro, de la falta de garantías laborales y tuteladas sociales adecuadas, de modelos sociales cuya agenda está dictada por la búsqueda de beneficios más que por el cuidado de las relaciones, se asiste en varios países a una preocupante disminución de la natalidad”.

“La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor”,

recuerda. Por este motivo, es

“Urgente que, además del compromiso legislativo de los estados, haya un apoyo convencido por parte de las comunidades creyentes y de la comunidad civil tanto en su conjunto como en cada uno de sus miembros, porque el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda sociedad y es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza”.

En este sentido, Francisco señala que

“La comunidad cristiana, por tanto, no se puede quedar atrás en su apoyo a la necesidad de una alianza social para la esperanza, que sea inclusiva y no ideológica, y que trabaje por un porvenir que se caracterice por la sonrisa de muchos niños y niñas que vendrán a llenar las tantas cunas vacías que ya hay en numerosas partes del mundo”.

“Pero todos, en realidad”, añade,

“Necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes”.

4/

Esperanza para los que no la tienen.

En el Año jubilar, apunta Francisco,

“Estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria”.

Por ejemplo, para

“Los presos que, privados de la libertad, experimentan cada día -además de la dureza de la reclusión- el vacío afectivo, las restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto”.

Por ello, en la bula el Papa propone a los gobiernos del mundo que en el Año del Jubileo

“Se asuman iniciativas que devuelvan la esperanza; formas de amnistía o de condonación de la pena orientadas a ayudar a las personas para que recuperen la confianza en sí mismas y en la sociedad; itinerarios de reinserción en la comunidad a los que corresponda un compromiso concreto en la observancia de las leyes”.

5/

Esperanza para los enfermos.

“Que se ofrezcan signos de esperanza a los enfermos que están en sus casas o en los hospitales”, pide Francisco.

“Que sus sufrimientos puedan ser aliviados con la cercanía de las personas que los visitan y el afecto que reciben. Las obras de misericordia son igualmente obras de esperanza, que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud.

Que esa gratitud llegue también a todos los agentes sanitarios que, en condiciones no pocas veces difíciles, ejercitan su misión con cuidado solícito hacia las personas enfermas y más frágiles”.

Además, subraya la necesidad de que

“No falte una atención inclusiva hacia cuantos hallándose en condiciones de vida particularmente difíciles experimentan la propia debilidad, especialmente a los afectados por patologías o discapacidades que limitan notablemente la autonomía personal”.

Y es que

“Cuidar de ellos es un himno a la dignidad humana, un canto de

esperanza que requiere acciones concertadas por toda la sociedad”.

6/

Esperanza para los jóvenes.

“También necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: los jóvenes. Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir”,

dice el Papa.

“Es hermoso verlos liberar energías, por ejemplo cuando se entregan con tesón y se comprometen voluntariamente en las situaciones de catástrofe o de inestabilidad social”,

añade. Sin embargo, “resulta triste ver jóvenes sin esperanza”. Por otra parte,

“Cuando el futuro se vuelve incierto e impermeable a los sueños; cuando los estudios no ofrecen oportunidades y la falta de trabajo o de una ocupación suficientemente estable amenazan con destruir los deseos, entonces es inevitable que el presente se viva en

la melancolía y el aburrimiento”.

Así, advierte que

“La ilusión de las drogas, el riesgo de caer en la delincuencia y la búsqueda de lo efímero crean en ellos, más que en otros, confusión y oscurecen la belleza y el sentido de la vida, abatiéndolos en abismos oscuros e induciéndolos a cometer gestos autodestructivos”.

Por eso,

“Que el Jubileo sea en la Iglesia una ocasión para estimularlos. Ocupémonos con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las nuevas generaciones. ¡Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!”.

7/

Esperanza para los migrantes.

“No pueden faltar signos de esperanza hacia los migrantes, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias”, apunta el Papa.

“Que sus esperanzas no se vean frustradas

por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le niegue el derecho a construir un futuro mejor. Que a los numerosos exiliados, desplazados y refugiados, a quienes los conflictivos sucesos internacionales obligan a huir para evitar guerras, violencia y discriminaciones, se les garantice la seguridad, el acceso al trabajo y a la instrucción, instrumentos necesarios para su inserción en el nuevo contexto social”.

Por eso, añade su deseo de que

“La comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor”.

8/

Esperanza para los ancianos.

“Signos de esperanza merecen los ancianos, que a menudo experimentan soledad y sentimientos de abandono. Valorar el tesoro que son, sus experiencias de vida, la sabiduría que tienen y el aporte que son capaces de ofrecer, es un compromiso para la comunidad cristiana y para la sociedad

civil, llamadas a trabajar juntas por la alianza entre las generaciones”,

asevera.

“Dirijo un recuerdo particular a los abuelos y a las abuelas, que representan la transmisión de la fe y la sabiduría de la vida a las generaciones más jóvenes”, añade el Papa. “Que sean sostenidos por la gratitud de los hijos y el amor de los nietos, que encuentran en ellos arraigo, comprensión y aliento”.

9/

Esperanza para los pobres.

“Imploro, de manera apremiante, esperanza para los millares de pobres, que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir”, continúa el Papa.

“Frente a la sucesión de oleadas de pobreza siempre nuevas, existe el riesgo de acostumbrarse y resignarse. Pero no podemos apartar la mirada de situaciones tan dramáticas, que hoy se constatan en todas partes y no sólo en determinadas zonas del mundo. Encontramos cada día personas pobres o empobrecidas que a veces pueden ser nuestros vecinos”,

explica.

“A menudo no tienen una vivienda, ni la comida suficiente para cada jornada”, añade, subrayando que

“no lo olvidemos: los pobres, casi siempre, son víctimas, no culpables”.

10/

Esperanza para la tierra.

“Haciendo eco a la palabra antigua de los profetas, el Jubileo nos recuerda que los bienes de la tierra no están destinados a unos pocos privilegiados, sino a todos”, apunta.

“Es necesario que cuantos poseen riquezas sean generosos, reconociendo el rostro de los hermanos que pasan necesidad. Pienso de modo particular en aquellos que carecen de agua y de alimento. El hambre es un flagelo escandaloso en el cuerpo de nuestra humanidad y nos invita a todos a sentir remordimiento de conciencia”.

“Hay otra invitación apremiante que deseo dirigir en vista del Año jubilar; va dirigida a las naciones más ricas, para que reconozcan la gravedad de tantas decisiones tomadas y determinen condonar las deudas de los países que nunca podrán saldarlas”,

añade el Papa.

“Antes que tratarse de magnanimidad es una cuestión de justicia, agravada hoy por una nueva forma de iniquidad de la que hemos tomado conciencia”.

11/

La esperanza cristiana.

“¿Cuál es el fundamento de nuestra esperanza? Para comprenderlo es bueno que nos detengamos en las razones de nuestra esperanza”,

dice Francisco.

“En virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él”, explica.

La esperanza cristiana, añade, consiste precisamente en esto: “ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, ‘la vida no termina, sino que se transforma’ para siempre”.

“¿Qué será de nosotros, entonces, después de la muerte? Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito”, apunta.

“Otra realidad vinculada con la vida eterna es el juicio de Dios, que tiene lugar tanto al culminar nuestra existencia terrena como al final de los tiempos”, continúa.

“Aunque es justo disponernos con gran conciencia y seriedad al momento que recapitula la existencia, al mismo tiempo es necesario hacerlo siempre desde la dimensión de la esperanza, virtud teologal que sostiene la vida y hace posible que no caigamos en el miedo. El juicio de Dios, que es amor, no podrá basarse más que en el amor, de manera especial en cómo lo hayamos ejercitado respecto a los más necesitados, en los que Cristo, el mismo Juez, está presente”.

El Juicio, entonces,

“Se refiere a la salvación que esperamos y que Jesús nos ha obtenido con su muerte y resurrección. Por lo tanto, está dirigido a abrirnos al encuentro definitivo con Él. Y dado que no es posible pensar en ese contexto que el mal realizado quede escondido, este necesita ser purificado, para permitirnos el paso definitivo al amor de Dios”.

Así, la oración y el sacramento de la Penitencia “nos asegura que Dios quita nuestros pecados”.

12/

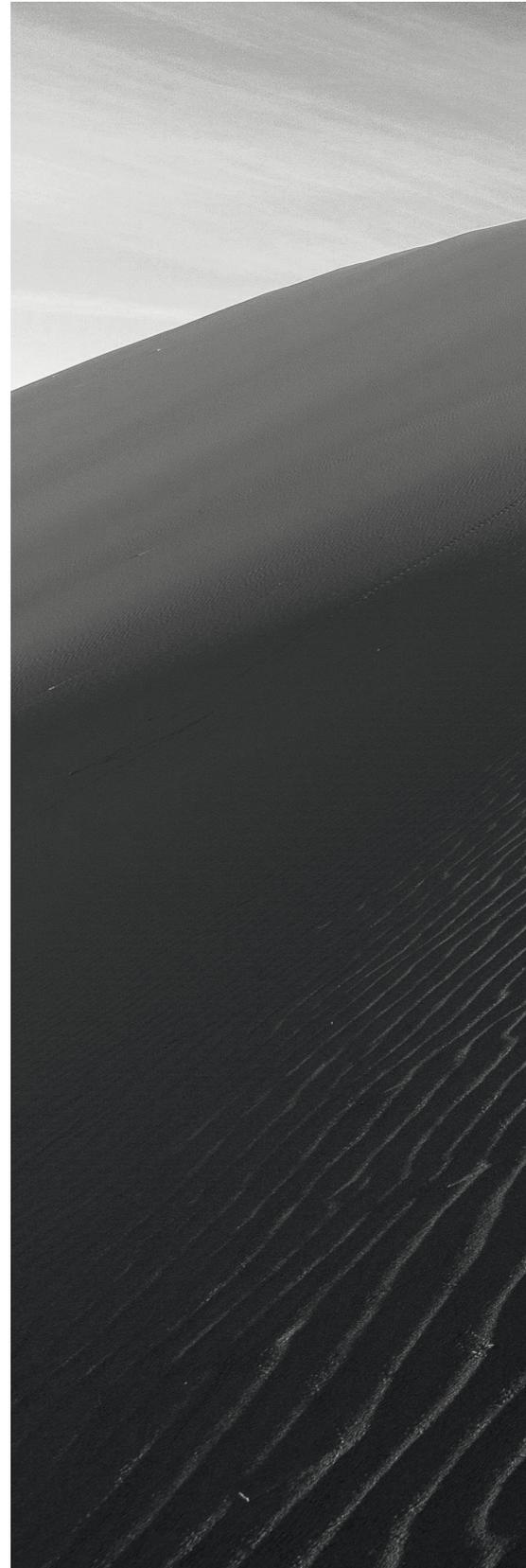
Esperanza como la de María.

“La esperanza encuentra en la Madre de Dios su testimonio más alto”, concluye el Papa.

“En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida. Como toda madre, cada vez que María miraba a su Hijo pensaba en el futuro, y ciertamente en su corazón permanecían grabadas esas palabras que Simeón le había dirigido en el templo: ‘Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón’. Por eso, al pie de la cruz, mientras veía a Jesús inocente sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su ‘sí’, sin perder la esperanza y la confianza en el Señor”.

Por ello, el Papa invita a los peregrinos que irán a Roma para el Jubileo

“A detenerse a rezar en los santuarios marianos de la ciudad para venerar a la Virgen María e invocar su protección. Confío en que todos, especialmente los que sufren y están atribulados, puedan experimentar la cercanía de la más afectuosa de las madres que nunca abandona a sus hijos; ella que para el santo Pueblo de Dios es signo de esperanza cierta y de consuelo”.





01/

DIALOGA 25

Esperanza inconformista,
participativa y transformadora.



En el marco del segundo encuentro DIALOGA, celebrado en Barcelona bajo el lema Hospitalidad Participativa, más de 300 directivos de San Juan de Dios España se reunieron para reflexionar sobre los desafíos y el rumbo de la institución. Entre mesas redondas y sesiones temáticas, el evento contó con tres intervenciones clave que marcaron el tono y la profundidad del encuentro: la inauguración a cargo del director general de San Juan de Dios España, Juan José Afonso; el discurso del superior general de la Orden, Hermano Pascal Ahodegnon; y la clausura a cargo del superior provincial, Hermano Amador Fernández. Estas tres voces ofrecieron una visión complementaria y estratégica sobre la necesidad de unidad, compromiso colectivo con la vulnerabilidad y la transformación continua de la organización, destacando la importancia del trabajo conjunto y la reflexión compartida para seguir construyendo una institución sólida, humana y coherente con su misión.

Within the framework of the second DIALOGA gathering, held in Barcelona under the motto Participatory Hospitality, more than 300 members of the senior staff of Saint John of God Spain came together in order to reflect on the challenges and the direction of the institution.

As well as round-table discussions and theme-based sessions, the event featured three key interventions that set the tone and depth of the meeting: the inauguration by the Director General of Saint John of God Spain, Juan José Afonso; the address by the Superior General of the Order, Brother Pascal Ahodegnon; and the closing remarks by the Provincial Superior, Brother Amador Fernández.

These three voices offered a complementary and strategic vision of the need for unity, for a collective commitment to tackling vulnerability, and for the continuous transformation of the organisation. They emphasised the importance of joint work and shared reflection in order to continue building a solid, humane institution that remains consistent with its mission.



01/1

Hospitalidad participativa.



Juan José Afonso Rodríguez,

Director general de Centros.
San Juan de Dios España.

Buenos días y bienvenidos, compañeros de esta gran familia “de” y “para” la hospitalidad.

Gracias, de corazón, por estar hoy aquí en este encuentro tan especial: **DIALOGA 25**. Un espacio que hemos concebido, no solo como una cita donde vernos cada año, sino como una oportunidad para reconocernos, para mirar hacia el futuro todos juntos y, sobre todo, para escucharnos reflexionando sobre temas de destacada relevancia en la sociedad de la que formamos parte y a la que servimos para idealmente mejorarla.

Lo hacemos con el propósito de escucharnos sin ambages. Porque en San Juan de Dios sabemos que los grandes cambios, los que transforman, no nacen en despachos ni en informes.

Nacen en las conversaciones honestas, en los espacios de confianza, en las miradas de complicidad y en el día a día de nuestros centros donde todos y cada uno de vosotros, sea desde el puesto que sea, atendéis y contribuís a las personas que se nos acercan haciendo cada uno, desde su función, que la Hospitalidad sea el motor de nuestra actividad. Un motor que, por cierto, hay que mantener muy bien engrasado.

No quiero comenzar sin agradecer la presencia de la representación de la Fundación Hospitalarias de España. Esta institución hermana, con la que tanto compartimos y con quienes cada día avanzamos en nuevos proyectos que impulsan y agrandan los espacios de hospitalidad con un propósito que compartimos desde siempre. Muchas gracias por acompañarnos.

También agradezco a nuestros queridos Hermanos de la provincia portuguesa: “**É com grande alegria que recebemos vocês de volta para compartilhar este espaço com vocês. Um espaço comum que quanto mais universal, melhor, como nos ensinou São João de Deus**” (Es con gran alegría que les damos la bienvenida de nuevo para compartir este espacio con ustedes. Un espacio común que, cuanto más universal, mejor, como nos enseñó San Juan de Dios)

Y, por supuesto, mi más profundo agradecimiento al Hermano Pascal Ahodegnon, superior general de la Orden, y a su primer consejero, el **Hermano Quim Erra**, por su compromiso con esta Provincia y por abrir un hueco en sus apretadas agendas para compartir con nosotros su visión de cómo seguir desarrollando la hospitalidad en un mundo cambiante, como se nos ha invitado a reflexionar en el Capítulo general celebrado el año pasado. Un capítulo que está sirviendo de fuente de inspiración para marcar el camino que todos juntos tenemos que recorrer.

Nuestro lema este año, como todos ya sabéis, es Hospitalidad Participativa; que es tanto como decir hospitalidad robustecida con el concurso de todos.

Responsable, comprometida, cercana, abierta, sinodal, activa y con iniciativas, emprendedora, inconformista. La hospitalidad como esencia de lo que somos. Y la participación como la forma en que nos queremos y debemos relacionar.

La Hospitalidad Participativa es un lema que nos interpela y nos empuja a imaginar, como tantas veces escuchamos al **Papa Francisco**, que en paz descanse, decir: “a soñar”. Pero también nos invita a dejar atrás estructuras rígidas, jerárquicas y verticales como también nos ha indicado desde el primer día de su pontificado **León XIV**. Burocracias que a veces frenan más que ayudan. Nos convoca a pensar un **san Juan de Dios** más ágil, más transversal, más despierto, más original. Pero, sobre todo, tan comprometido con la realidad social de nuestro entorno como siempre. Y es que curar y cuidar, hoy, requiere una nueva forma de estar. Una nueva manera de mirar.

La hondura filosófica que conlleva el concepto **Familia Hospitalaria** nos lleva a considerar que entre todos desarrollamos la misión animados por un propósito común, como parte de un grupo sólido cohesionado, aunque diverso. Un grupo en el que jugamos diferentes papeles y prestamos diferentes servicios pero que nos anima con unos valores compartidos que intentamos transformar progresivamente en una cultura definida, delimitada y por tanto reconocible por nosotros mismos y por esa sociedad a la que servimos, y en la que estamos inmersos, a la que debemos mirar de frente.

Y hablando de mirar, no es casualidad que estemos hoy aquí, en Barcelona. Una ciudad que respira creatividad, arte, disseny, visión. Una ciudad que ha sido cuna de uno de los grandes genios de la historia del arte: Antoni Gaudí, de quien celebraremos su centenario el próximo año, por cierto, hace escasas sema-

nas, elevado a venerable por la Iglesia como paso previo, esperamos, a su beatificación. Un hombre que no solo cambió la arquitectura, sino que cambió la forma de ver el mundo. **Gaudí** decía: “Nada es arte si no proviene de la naturaleza”. Y él, inspirado por esa naturaleza viva, orgánica, imperfecta, creó formas nuevas, imposibles, bellas.

Fue un hombre que no se conformó con repetir. Que se atrevió a romper moldes. Que se dejó llevar por su fe, por su intuición, por su capacidad de asombro. Que construyó belleza a partir del fragmento, de lo roto, de lo diverso.

Y es aquí donde entra otro símbolo central de este encuentro: el **trencadís** que hemos elegido como imagen de este Dialoga 25.

Esa técnica tan característica del modernismo catalán y valenciano, que consiste en utilizar fragmentos de cerámica, de loza, de vidrio, muchas veces rotos, para componer una nueva imagen, un nuevo todo.

Una técnica que nos recuerda que lo roto puede recomponerse. Que lo diferente puede unirse y coordinarse. Que la belleza está en la diversidad.

Pues bien, eso aspiramos a ser. Que la Provincia seamos, como en el **trencadís**, algo más que la suma de centros o de territorios, que siguen teniendo entidad diferenciada cumpliendo un papel determinado, pero cohesionados y dispuestos, a servir al afán que nos ocupa a cada uno, a contribuir en la construcción de un bien superior y común a todos.

Dice San Juan de Dios en su segunda carta a **Gutierre Laso**:

“...Os doléis de los pobres como yo y todos tiramos a un blanco, aunque cada uno va por su camino como Dios es servido... razón será que nos esforcemos los unos a los otros ...”

LH n.342

En nuestro siglo, con nuevas necesidades y vulnerabilidades, cada uno ha de atender a las que detecte, pero todos debemos coordinarnos y colaborar en una misión y propósito que viene marcado por nuestra razón de ser y nuestro devenir como Institución. Y atender al bien general y no solamente al más próximo.

Construir un **trencadis** es ser algo más que un conjunto de personas, de centros y de territorios. Es ir más allá de historias, de experiencias, de saberes. Porque somos singulares, de acuerdo.

Pero solo cuando nos unimos desde un propósito común -y cuando la hospitalidad nos guía-, somos capaces de crear algo mucho más poderoso que la suma de las partes. Creamos comunidad en la sociedad a la que servimos. Le damos sentido completo a lo que somos.

Como decía **Aristóteles**: “El todo es más que la suma de las partes”. Y eso, aplicado a san Juan de Dios, es casi una definición operativa.

Y vaya si somos operativos. Para ponerlos un ejemplo, en estos aún cortos años desde que estamos juntos como Provincia única hemos puesto en marcha más de **35 nuevos proyectos**.

Se dice pronto: 35 o alguno más. Desde grandes proyectos asistenciales en Andalucía, o centros de alta complejidad como el Pediatric Cancer Center al dispositivo en Guipuzcoa de Errondo Gure Etxea para personas sin hogar con problemas de salud mental; el programa tándem, los centros especiales de empleo por toda la geografía nacional, ahora se une Albornia en Navarra... campañas de sensibilización sobre la soledad no deseada, henka, el plan de emergencia que ha complementado en este tiempo al de Protección Internacional o como nos va a contar luego **Isabel Tortajada**, de Sant Joan de Déu València, como nos hemos desfondado allí en ayudar con esa devastadora Dana que, simplemente con recordar las imágenes, se nos encoge el corazón.

Dejadme que os invite a que nos demos un aplauso entre todos por esta actitud y este espí-

ritu juandediano que está claro que no nos ha abandonado.

Ahora permítanme que les interpele, que os interpele, de una manera diferente. Pasando de ese corazón emocionado a un corazón más técnico y transformador del que debemos hablar en este encuentro. Porque no se trata solo de dónde estamos hoy, sino de hacia dónde vamos. Se trata de seguir “**siendo**” y “**estando**” y para hacerlo es necesario estar constantemente repensando cómo cuidamos, cómo organizamos, cómo acompañamos a las personas en situación de vulnerabilidad.

Por ejemplo, durante años, hemos hablado en nuestro país, del modelo social y del modelo sanitario. Y lo hemos hecho francamente bien. Hemos avanzado muchísimo en la atención a la complejidad, por ejemplo. Los pasos dados por la medicina en los últimos años son increíbles y seguramente con los avances tecnológicos, la IA y el desarrollo de redes de cooperación nacional e internacional, como después nos va a contar Julian Isla de la Fundación 29, van a conseguir unos avances en el diagnóstico, la gestión de la enfermedad y los tratamientos como es simplemente imposible imaginar hoy.

Y estos avances son necesarios y muy útiles como todo lo propuesto en el contexto sociosanitario también. Muy útil, por supuesto.

Pero hoy, al menos yo, siento que determinados, espacios, sectores, modelos y dispositivos para las necesidades actuales, se quedan cortos. Porque seguimos viendo una fragmentación, una separación artificial entre lo social y lo sanitario, entre el curar y el cuidar. Y eso, en la práctica, genera fisuras. Deja huecos. Dificulta la continuidad. Nos aleja de la persona. No nos permite atenderla de una manera integral.

Por eso, hoy me gustaría que empezáramos a hablar de modelo “**socioasistencial de continuidad**”. Una manera de entender la atención que no parte de los dispositivos, sino de las personas.

Que no se organiza según lo que tenemos, sino según lo que se necesita. Que no separa, sino que integra. Que no responde solo a una patología, sino a una biografía.

Este modelo implica un cambio radical en la forma de mirar. Por cierto, algo que ya hizo nuestro fundador que pensó en cómo debía organizarse un hospital dando la misma importancia a la enfermedad que a la higiene... igual que a la comida o la ropa como elementos de salud y dignidad de cada una de las personas que se encontraba en su camino, no solo los que iban a su casa, porque salía a buscarlas.

En el mundo actual, en el que vivimos, ya no vemos a una mujer mayor que necesita un recurso residencial, debemos ver a una mujer que ha vivido mucho, que arrastra pérdidas y que está sola y que necesita sentirse útil.

Ya no vemos a un joven con una adicción, debemos ver a alguien que ha sufrido, que busca un sentido a su vida, que necesita vínculos. Ya no vemos a un paciente crónico, debemos ver a un ser humano que quiere seguir viviendo y hacerlo con dignidad.

Y aquí es donde entra un concepto que, como bien decía Gaudí, lo cambia todo: la mirada. Y no cualquier mirada. En nuestro caso la mirada de san Juan de Dios. Una mirada inconformista. Una mirada que no se resigna a lo establecido. Que no se acomoda a lo **“que toca”**. Que no acepta que el sistema determine los límites del cuidado. Una mirada que cuestiona. Que propone. Que transforma.

Esa mirada es la que nos ha inspirado durante siglos y debe seguir haciéndolo. Es la que ha motivado nuestra última campaña institucional. Y no es por casualidad. Porque no queremos hacer más de lo mismo. Queremos hacer mejor lo que importa. Tenemos que ser inconformistas en el mejor sentido de la palabra. Inconformistas porque no nos basta con funcionar.

Queremos acompañar.

Queremos transformar la vida de las personas que realmente necesitan nuevos enfoques, nuevas maneras de mirar por nuestra parte.

Y eso solo es posible si entendemos que nadie cuida solo. Que la hospitalidad no puede ser un acto individual, ni una tarea exclusiva de un sector o de un dispositivo. Necesitamos avanzar en generar procesos compartidos, protocolos coordinados, pasillos de atención que crucen dispositivos y permitan hacer un seguimiento integral. Necesitamos colaboración real entre centros, entre equipos, entre profesionales.

Cuando una persona entra en nuestra red, no entra a un centro. Entra a una comunidad. A una trama de relaciones. A una red que se activa para acompañar. Y eso, compañeras y compañeros, es lo que nos hace únicos.

San Juan de Dios no debe ser una suma de dispositivos. San Juan de Dios es una misión compartida. Es una cultura. Es una ética. Y esa ética se expresa en una hospitalidad que escucha, que acoge, que acompaña sin condiciones.

Por eso, la participación no es solo una herramienta. Es un principio. Participar es implicarse. Es corresponsabilizarse. Es dejarse afectar. Es construir juntos. Es preguntarse, cada día: ¿lo estamos haciendo lo mejor posible? ¿Hay otra forma? ¿Podemos mejorar?

Y ahí vuelve el inconformismo al que antes hacía referencia. No como queja, sino como motor. No como crítica destructiva, sino como impulso ético. El inconformismo que nos lleva a buscar lo que aún no existe. Que nos anima a imaginar soluciones nuevas. Que nos saca de la zona de confort y nos empuja hacia la zona de impacto.

Ese es el tipo de participación que queremos. Participación crítica, comprometida, propositiva. Una participación que ponga a la persona en el centro. Pero no solo como eslogan. Sino como estructura real. Y poniendo en valor nuestro pasado, claro que sí, pero ojo, como un trampolín

LH n.342

y no como un sofá en el que reclinarse para la autocomplacencia.

Porque para que todo esto sea posible, no basta con cambiar el discurso, o no basta con hacer este discurso. Hay que hacer evolucionar las estructuras. La forma de la organización. Las dinámicas internas. Y ahí es donde os propongo que empecemos a trabajar desde ya. Porque si no es así dejaremos de responder a lo que la sociedad necesita que nosotros seamos.

Ya hay otros grandes hospitales de altísima complejidad, la atención intermedia como concepto no la hemos inventado nosotros. No vamos a ser los que más pobreza atendamos en este país ni tampoco, seamos realistas, tendremos la capacidad de atraer como institución a futuros premios nobel, que quieran hacer ciencia sin una clara motivación traslacional.

Ese cambio no se consigue mirando hacia arriba, solo se consigue mirando hacia los lados, entre nosotros, entre vosotros, interpeándoos como miembros de San Juan de Dios a mirar cómo hay que mirar en esta casa. Siendo más transversales, con un sistema menos jerarquizado, haciendo que la toma de decisiones sea más ágil, más compartida, más distribuida.

Fomentando espacios de trabajo transdispositivo, donde los equipos de distintos centros colaboren de forma habitual, natural y cotidiana.

Podemos crecer muchísimo y ser mucho más útiles a la sociedad si no actuamos como islas o silos aislados y amurallados. No podemos permitir que los saberes se queden encapsulados. Necesitamos más mecanismos para compartir, para aprender unos de otros, para innovar juntos.

Hoy, con la inteligencia artificial, con las plataformas digitales, con los sistemas de información compartidos y con el talento y el conocimiento de trinchera que atesoramos, podemos diseñar procesos de seguimiento integral, que acompañen a la persona en todos los momentos de su trayectoria vital. Podemos identificar pun-

tos críticos, anticipar necesidades, personalizar intervenciones.

Pero eso requiere visión. Requiere liderazgo. Requiere cultura. Porque lo tecnológico sin lo humano se vuelve frío. Y lo humano sin estructura... se vuelve frágil. Necesitamos ambas cosas. Y eso solo lo logra una organización que confía. Que escucha. Que delega. Que se atreve a soñar.

El Hermano Pascal decía en el discurso de cierre del capítulo general:

“En San Juan de Dios fomentamos un liderazgo participativo, basado en el respeto, la escucha y la confianza mutua, y transmitimos con entusiasmo esta antorcha de hospitalidad a las generaciones futuras”.

Ese es el tipo de liderazgo que necesitamos. Un liderazgo que no se basa en el control, sino en el acompañamiento. Que no se impone, sino que inspira. Que no teme ceder poder, porque sabe que el verdadero poder está en la comunidad que todos juntos formamos.

Voy a parafrasear a alguien, que está en esta sala, y que en una reunión de gerentes dijo que tenemos que pasar de ser “**dispositivocentristas**” a ser “**personacentristas**”. No se trata solo de eficiencia. No se trata solo de ahorro de costes. Se trata de valor. De sentido. De ética. De capacidad de respuesta. De mirar más allá de la patología, del síntoma, del dato. Se trata de mirar a la persona en su conjunto.

Porque estar juntos no es solo una cuestión organizativa. Es nuestra misión. Es una forma de decir: “**Aquí estamos. Para ti. Contigo. Sin condiciones.**”

Este encuentro, DIALOGA 25, no debe ser solo una foto. Debe ser una nueva oportunidad. Una oportunidad para decir, alto y claro: no nos con-

formamos. No nos conformamos con lo que ya somos. Porque sabemos que podemos ser más.

Como en el trencadís, cada una y cada uno de vosotros es una pieza única. Pero solo cuando nos unimos, desde la diferencia, desde la intención compartida, desde la confianza, creamos una imagen poderosa, bella y transformadora.

Gracias de antemano por ser parte de esta obra colectiva. Gracias por crear. Gracias por cuestionar. Gracias por participar. Gracias por mirar con ojos inconformistas. Y gracias, sobre todo, por cuidar desde el corazón.

Buenos días y espero que Dialoga 25 os sea tremendamente útil en este propósito.

Seguimos caminando. Juntos. Siempre.

Una abraçada a tots. moltes gràcies una vegada mes. Bona feina.



LH n.342

01/2

El carisma de la hospitalidad, un legado vivo.

**Pascal Ahodegnon, O.H.,**Superior General
Orden Hospitalaria de San Juan de Dios

En un mundo en constante cambio, marcado por desafíos sociales, éticos y tecnológicos sin precedentes, el legado de san Juan de Dios resuena con singular actualidad. Su llamamiento atemporal: «**Haced el bien, hermanos, haced el bien**» no es simplemente un mandato del pasado, sino un faro que guía nuestra acción contemporánea en el ámbito sanitario y social.

Hoy, me gustaría que esta reflexión retomara el carisma de la hospitalidad, explorando cómo sus principios fundacionales pueden iluminar y enriquecer nuestras prácticas profesionales.

Examinaremos sucesivamente:

- cómo la centralidad de Cristo y la búsqueda de la verdad,
- la misericordia y la compasión iluminadas por la razón,
- y la solidaridad como compromiso compartido,

son pilares esenciales para afrontar los desafíos de nuestro tiempo.

También veremos: cómo la fidelidad y el compromiso, lejos de ser limitaciones, pueden convertirse en fuentes de transformación y de gozo, y cómo la fidelidad creativa es esencial para responder a las exigencias de nuestro mundo moderno.

1/

El Carisma de la Hospitalidad: Un legado vivo.

San Juan de Dios, cuya azarosa vida ilustra una transformación radical a través de un encuentro con el sufrimiento, nos ha dejado una llamada perpetua: “**¡Haced el bien, hermanos, haced el bien!**”

Este grito sincero aún resuena hoy, llamándonos a la acción transformadora, un legado de amor y de servicio que guía nuestro compromiso con el mundo de la salud y la asistencia social.

Es sobre la base de este legado que exploraremos los fundamentos de nuestra misión.

1/1

La centralidad de Cristo y la búsqueda de la verdad.

La centralidad de Cristo, en la tradición hospitalaria de san Juan de Dios, no es una simple afirmación de fe, sino el fundamento de una visión del mundo en la que, cada persona, es mirada a través del prisma de la dignidad divina. Esta perspectiva ilumina la razón, animándola a buscar la verdad no solo en los hechos, sino también en el sentido profundo de la existencia humana. La búsqueda de la verdad se convierte así, en un proceso intelectual y espiritual, en el que la fe y la razón se complementan mutuamente para iluminar nuestra comprensión de la humanidad.

Este concepto de dignidad humana encuentra eco en la filosofía personalista, que afirma el valor único e inalienable de cada persona. Pero ¿cómo se traduce esta centralidad en acciones concretas?

Referencias y ejemplos:

La doctrina social de la Iglesia Católica, arraigada en las enseñanzas de Jesucristo, enfatiza la dignidad intrínseca de todo ser humano. La encíclica “**Gaudium et Spes**” del Concilio Vaticano II, por ejemplo, destaca la importancia de reconocer el valor de cada persona, independientemente de su condición social o estado de salud.

- **Ejemplo concreto:** en un centro de acogida para personas sin hogar, este enfoque se traduce en un apoyo individualizado que tiene en cuenta las necesidades específicas de cada persona y respeta su dignidad.

Las enseñanzas de **san Juan Pablo II**, especialmente en su encíclica “**Fides et Ratio**”, enfatizan

la importancia del diálogo entre la fe y la razón.

- **Ejemplo:** un profesional de la salud que se enfrenta a dilemas éticos complejos, se apoya tanto en el conocimiento científico como en sus convicciones personales para tomar decisiones informadas.

1/2

Misericordia y compasión iluminadas por la razón.

La misericordia y la compasión no son simples emociones, sino virtudes activas que se manifiestan en actos concretos de solidaridad.

La razón desempeña un papel crucial en la estructuración de estos actos, garantizando que sean precisos, sostenibles y respetuosos con la dignidad de las personas atendidas. Esto implica una reflexión ética sobre las mejores prácticas de asistencia, una evaluación de las necesidades reales de las personas atendidas y la búsqueda de soluciones a largo plazo.

La razón evita el sentimentalismo, que puede ser perjudicial, y mantiene la acción proporcionada y adaptada a las necesidades reales. Sin embargo, la acción individual no es suficiente: debe formar parte de una aproximación colectiva.

Referencias y ejemplos:

Las obras de misericordia, tal como las define la tradición cristiana, enfatizan la necesidad de actuar concretamente para aliviar el sufrimiento de los otros.

- **Ejemplo concreto:** un grupo de voluntarios que organiza una labor de proximidad para distribuir comidas calientes y mantas a personas que viven en la calle.

- **Ejemplo:** la gobernanza en nuestra Provincia, en nuestras obras, en los departamentos, etc., en nuestros comités de dirección:

LH n.342

- **Papa Francisco:** «La Orden como experiencia de diálogo y discernimiento, escuchando al Espíritu y a los hermanos y colaboradores, sin ceder a la tentación de la autorreferencialidad, que los llevaría a encerrarse en sí mismos. Por favor, no hacer de la Orden Hospitalaria un ejército cerrado, una reserva cerrada.

Dialoguen, debatan y planifiquen juntos, partiendo de vuestras raíces, del presente y el futuro de su vida y misión, escuchando siempre la voz de tantos enfermos y de quienes os necesitan, como lo hizo san Juan de Dios: un hombre apasionado por Dios y compasivo con el enfermo y el pobre»

1/3

Solidaridad, un compromiso compartido.

La solidaridad es un principio fundamental de la ética social que nos invita a reconocer nuestra interdependencia y nuestra responsabilidad recíprocas. Implica construir comunidades inclusivas, donde todos se sientan respetados, apoyados y animados a participar en la vida colectiva.

La solidaridad trasciende las diferencias culturales, religiosas e ideológicas y nos invita a trabajar juntos por la justicia y la paz. La solidaridad también implica la noción de subsidiariedad, donde las decisiones se toman al nivel más adecuado, teniendo en cuenta las necesidades y capacidades de cada individuo.

Veamos ahora cómo se vive este compromiso en la vida diaria.

Referencias y ejemplos: Agilidad en la toma de decisiones en nuestros comités de gestión. Ampliando el horizonte de la hospitalidad.

1/4

Fidelidad y compromiso: ¿Un deber o un camino hacia la transformación y la alegría?

El compromiso con la hospitalidad, lejos de ser una carga, es un camino hacia la realización personal y espiritual, una invitación a superarse a sí mismos por el bien de los demás. Esta invitación es tanto un deber como una fuente de alegría.

A. Fidelidad y compromiso como deber.

La filosofía kantiana enfatiza el deber moral, que deriva de la razón y la voluntad de respetar la ley moral universal. Desde esta perspectiva, la fidelidad a nuestra misión carismática es un imperativo categórico, un deber que se nos impone independientemente de nuestras inclinaciones personales.

Paul Ricoeur, con su filosofía de la promesa, enfatiza la importancia de la fidelidad a la palabra dada, que es el fundamento de la confianza y la responsabilidad. Pero más allá del deber, hay gozo.

Referencias y ejemplos:

Ética deontológica, que se concreta en códigos de conducta que definen los deberes y obligaciones morales de los trabajadores sanitarios y sociales.

Ejemplo concreto: un médico que respeta el secreto profesional y actúa en el mejor interés del paciente, incluso en situaciones difíciles.

B. Fidelidad y compromiso como fuente de alegría.

El compromiso auténtico, nacido de una elección libre y consciente, es fuente de alegría profunda y duradera. Nos permite dar sentido a nuestras vidas, sentirnos útiles y contribuir al bien común. En cuanto a nuestra espiritualidad, en particular, se hace hincapié en el gozo de dar, que surge del amor desinteresado y del servicio a los demás.

Simone Weil, filósofa comprometida, habló del individuo arraigado en la lealtad a una causa que lo trasciende. Con estos fundamentos, ¿cómo podemos adaptarlos a los desafíos contemporáneos?

Referencias y ejemplos:

Abundan los testimonios de personas que han encontrado la felicidad sirviendo a los demás en los sectores sanitario y social.

- **Un ejemplo concreto:** una enfermera de cuidados paliativos relata su satisfacción al acompañar a pacientes al final de sus vidas, ofreciéndoles una presencia reconfortante y un apoyo digno.

Las enseñanzas de la espiritualidad de san Juan de Dios enfatizan la alegría del amor y la entrega.

- **Ejemplo en la práctica:** en una institución caritativa de inspiración religiosa, el personal encuentra en su fe una fuente de motivación y gozo, reflejada en una cálida acogida y una atención esmerada.

1/5

Fidelidad creativa: respondiendo a los desafíos contemporáneos.

La fidelidad al espíritu de hospitalidad requiere una adaptación constante a las realidades cambiantes del mundo, la capacidad de innovar y encontrar nuevas respuestas a los desafíos contemporáneos. Esta adaptación requiere una transformación interior.

A. Cultivar una espiritualidad profunda y reflexiva.

Frente a los desafíos de la secularización y el individualismo, es esencial cultivar una vida espiritual auténtica, arraigada en la oración, la meditación y el compartir comunitario. Esta espiritualidad debe estar informada por la razón,

ser capaz de discernimiento crítico y dialogar con el mundo contemporáneo.

San Juan Pablo II insiste en la importancia de la evangelización de la cultura, que implica un encuentro entre la fe y las realidades del mundo. Esta espiritualidad nutre nuestra apertura a los demás.

Referencias y ejemplos:

Iniciativas de diálogo interreligioso que promueven el entendimiento y la cooperación.

- **Ejemplo concreto:** reuniones interreligiosas organizadas en centros sanitarios para fomentar el diálogo entre profesionales y pacientes de diferentes confesiones.

B. Promover una cultura de encuentro y diálogo.

La hospitalidad implica apertura a los demás, respeto por las diferencias y el deseo de tender puentes entre culturas y generaciones. Esto requiere escucha activa, empatía y la capacidad de superar prejuicios y estereotipos.

El diálogo intercultural e interreligioso es esencial para la paz y el entendimiento mutuo. Respetar las diferencias también implica aceptar la secularización y redefinir el lugar de la religión. Finalmente, nuestra lealtad se traduce en acciones concretas e innovadoras.

Referencias y ejemplos:

Iniciativas de diálogo intercultural e interreligioso implementadas por diversas organizaciones.

- **Ejemplo concreto:** en una residencia multicultural para personas mayores, se organizan convivencias y actividades interculturales.

Programas de educación para la paz y la tolerancia que promueven el respeto por los derechos humanos.

LH n.342

- **Ejemplo concreto:** Intervenciones en escuelas o en el sistema educativo para explicar los efectos nocivos de la discriminación y la importancia del respeto.

C. Desarrollo de respuestas innovadoras y sostenibles.

La adaptación a los cambios sociales y tecnológicos debe ir acompañada de una ética centrada en el bienestar humano. Debemos evitar la exclusión y la acentuación de las desigualdades y, sobre todo, crear espacios seguros.

La ecología integral considera las interconexiones sociales y ambientales. La integración de la sostenibilidad y la tecnología requiere replantear los servicios e involucrar a las personas vulnerables.

Concluimos recordándoles que nuestra fidelidad creativa es un compromiso continuo con un mundo más justo y humano.

Referencias y ejemplos:

Proyectos de energía renovable implementados por organizaciones humanitarias para mejorar el acceso a la energía.

- **Ejemplo concreto:** la instalación de paneles solares en centros de salud para suministrar electricidad a equipos médicos.

Programas de telemedicina para mejorar el acceso a la atención médica en zonas remotas.

- **Ejemplo práctico:** la creación de consultas médicas a distancia.

La encíclica del Papa Francisco «Laudato Si'», que insta a una conversión ecológica y a una economía sostenible.

- **Ejemplo concreto:** un hospital que implementa un plan de gestión ambiental.

Modelos de economía circular que reducen los

residuos y promueven la reutilización. Organizaciones que implementan planes de gestión ambiental.

- **Ejemplo concreto:** la sustitución gradual de bombillas por bombillas de bajo consumo.

Todas las iniciativas tienen como objetivo crear espacios seguros para los destinatarios de nuestra misión y para el personal sanitario.

2/

Conclusión.

En conclusión, el legado de san Juan de Dios nos recuerda que la hospitalidad no es solo una práctica, sino una verdadera vocación, un camino de transformación personal y social.

En un mundo con muchos desafíos complejos, es esencial cultivar una fidelidad creativa, capaz de adaptarse a realidades en constante cambio, sin perder la base de los valores fundamentales de nuestra misión.

Esto implica desarrollar una espiritualidad profunda y reflexiva, promover una cultura de encuentro y de diálogo, e implementar respuestas innovadoras y sostenibles.

Siguiendo estos principios, podemos contribuir a la construcción de un mundo más justo, más humano y más fraterno, donde cada persona sea reconocida en su dignidad y acompañada por la compasión. En mi opinión, solo siendo fieles a estos principios podremos encarnar nuestra misión carismática de la Hospitalidad.

El Papa Francisco a los participantes del Capítulo General de 2019: **Misión compartida:** Esto es verdaderamente urgente, no solo porque experimentamos una escasez de vocaciones, sino

porque nuestros carismas son dones para toda la Iglesia y el mundo. Independientemente del número y la edad, el Espíritu siempre inspira una renovada fecundidad que surge a través de un discernimiento adecuado y fomenta la formación conjunta, para que religiosos y laicos tengan un corazón misionero que se alegre al experimentar la salvación de Cristo y la comparta como consuelo y compasión, incluso a riesgo de ensuciarse en el barro de la calle (cf. *Evangelii Gaudium*, 45).



¡Muchas gracias!



LH n.342

01/3

Una mirada que transforma.

**Amador Fernández Fernández, O.H.,**Superior Provincial.
San Juan de Dios España

Nos disponemos a clausurar estas jornadas, que con el título “**Dialoga 25. Hospitalidad participativa**” nos han convocado en esta ciudad de Barcelona. Este evento, con tan solo dos ediciones, se ha convertido ya en un momento significativo de nuestro camino como Provincia, visibilizando el impulso carismático de la Familia de San Juan de Dios en España.

Hemos venido a este encuentro a **DIALOGAR**, no a confrontar posiciones, a abrir debates acalorados, ni tampoco a tomar decisiones, por más que lo que aquí vivimos nos oriente en nuestro

servicio de animación, gestión y gobierno de la Provincia. Queremos, sobre todo, dialogar. Y creo que lo hemos logrado.

El diálogo se construye a través de la escucha atenta, de la empatía, dejándonos afectar -y también transformar- por lo que percibimos. Dialogar sin prejuicios, sin posiciones cerradas, sin muros ni “cordones sanitarios”. Dialogar con mente abierta, corazón abierto, voluntad abierta (**Otto Scharmer, 2007**).

Y en el mismo proceso de diálogo surge una realidad nueva, que nos confirma, nos confronta, nos impulsa, nos renueva. El diálogo desencadena procesos que nos hacen crecer, impactando positivamente en lo que somos y lo que hacemos.

Es muy importante para nosotros como Orden contar con estos espacios para dialogar, elevando la mirada, o lanzándola más lejos, sin la presión de lo inmediato. Aquí nos reconocemos como parte de la familia de San Juan de Dios, comunidad carismática en la que la Hospitalidad nos identifica y nos modela. Nos hemos encontrado en plenarios, en diálogos centrados en diversas cuestiones que nos preocupan o nos motivan, pero también en torno a un café, compartiendo mesa y vida, aprovechando la oportunidad que **Dialoga’25** nos brinda para conocernos mejor, para establecer alianzas y reforzar sinergias.

Considero un acierto que el programa contemple también tiempos amplios para estos momentos menos formales de relación y encuentro, pero no menos importantes para lo que aquí de verdad nos importa, que es dialogar.

Además de afrontar juntos los retos de la Inteligencia artificial y su impacto en como curamos, cuidamos y acompañamos, hemos podido también aproximarnos a la realidad de los migrantes, a la investigación y al valor que puede aportar a la misión de la Orden.

También hemos dialogado sobre la continuidad en la prestación de servicios sanitarios y sociales,

envejecer en el ámbito rural, la formación institucional, grupos de interés y alianzas, el carisma de San Juan de Dios en clave actual y futura. De todo ello pudimos hablar y compartir, desde la experiencia, los modelos conceptuales, la mirada transversal y el conocimiento directo de la realidad que todos vosotros aportáis.

Experiencias de misión impactantes, como el compromiso de la Familia de San Juan de Dios en Valencia ante la crisis de la DANA, y otras que hemos podido conocer, nos animan e impulsan en nuestro camino de hospitalidad.

Contamos también con la presencia y la palabra del Hno. Superior General, al que de nuevo agradezco su cercanía a nuestra Provincia y la inspiración que nos aporta.

Finalmente, hemos podido confirmar la íntima convicción que nos anima en cuanto a lo que nos hace más genuinamente humanos: El cuidado, el altruismo, la solidaridad.

En fin, tres días intensos, en los que el conocimiento, las ideas, las propuestas, las emociones, nos han introducido en un espacio compartido que aporta valor a nuestro compromiso profesional, a nuestra pertenencia a la orden Hospitalaria, e incluso a nuestros procesos personales de crecimiento y transformación.

“No vemos el mundo como es, sino como somos nosotros”, afirma una conocida sentencia, con evidentes conexiones con la filosofía de **Kant**, y cuya autoría no está del todo clara, aunque esta cuestión es poco relevante, porque independientemente de quien la haya formulado, la sentencia expresa una gran verdad. No solo da cuenta de cuanto influye nuestra subjetividad en lo que percibimos, lo cual es evidente.

Nos habla también de la capacidad que nuestra mirada tiene para reconocer y transformar la realidad. Hace ya mucho tiempo que la filosofía del lenguaje reconoce la capacidad de la palabra para cambiar la realidad, la fuerza performativa del relato (de ello también hemos hablado).

Para lo cual hay que reconocer la misma fuerza a la mirada, que puede transformar el mundo, las personas, la realidad. Mirar compasivamente, mirar solidariamente, mirar hospitalariamente, hará que nuestro mundo sea más compasivo, más solidario, más hospitalario. Y nosotros, cultivando una mirada diferente, seremos también mejores.

Un elemento constitutivo del diálogo es también la mirada, no lo olvidemos. Mirar a los ojos, mirar con empatía, con transparencia, con amor. La palabra dialogar y la mirada van siempre unidas.

Ninguno podemos imaginarnos un diálogo en el que se aparte la mirada, o en el que esa mirada sea hostil o amenazadora. El mundo, la realidad, nosotros, serán como sea nuestra mirada.

Una mirada apreciativa, que sabe reconocer y valorar lo bueno, en las personas (compañeros de trabajo, de comunidad, aquellos a quienes curamos y cuidamos), o que se posa sobre la realidad haciéndose cargo de ella, tiene fuerza para transformar el mundo. Os invito a cultivar esta mirada que aprecia y valora, por encima de la mirada hipercrítica o amenazadora. Porque el mundo será como somos nosotros, como lo miramos nosotros.

Queremos que Dialoga'25 no sea solo un evento en el que participamos, con el que nos entusiasmos durante unos días, sino que sea el **“modo de ser”** de nuestra Provincia, con implicaciones en nuestras relaciones, modelos de atención, en cómo nos organizamos, en cómo proyectamos o soñamos nuestro futuro.

Queremos seguir dialogando, construyendo la hospitalidad participativa, implicando a todos, comprometiendo a todos. Tenemos estructuras para ello, pero tal vez el gran reto sea cambiar de mentalidad. Estoy seguro de que lo que aquí vivimos estos días orientará el futuro inmediato, y juntos encontraremos la mejor manera de seguir avanzando.

LH n.342

Nuestra provincia seguirá dialogando. Prepararemos y celebraremos el capítulo provincial con esta misma orientación fundamental, que estamos seguros de que tendrá continuidad en el futuro inmediato, porque así nos lo piden la Iglesia y la Orden.

Es tiempo ahora de agradecimientos: a quienes han diseñado y organizado Dialoga, a secretaría y a comunicación, a los técnicos, al personal de este espacio que nos acoge, a la UTI, excelente anfitriona de este evento, a los ponentes, a los coordinadores de los Diálogos, y a todas las personas que han participado con sus aportaciones.

Un agradecimiento especial a nuestros compañeros de Valencia, por la exposición fotográfica que nos acerca a la experiencia vivida, y por vuestro testimonio.

Gracias también al **Hno. José Paulo** y los colaboradores de la Provincia de Portugal por vuestra participación. Tenemos la esperanza, el sueño, de que podemos continuar el camino juntos, en un horizonte de colaboración y comunión cada vez más intenso.

Hoy, mañana, volvemos a nuestros lugares de trabajo habituales. Con nuestros compañeros, con los pacientes, usuarios. Llevad un saludo a vuestros equipos, a todos y a todas.

Lo que aquí vivimos debe proyectarse en esos espacios donde la hospitalidad se encarna. La verdadera historia se escribe allí, no lo dudemos.

Debemos seguir expandiendo la hospitalidad, conjugando audacia y prudencia, cabeza y corazón. Con nuevos proyectos, que se sumen a los que mencionaba el Director General en el discurso de apertura, y con la transformación de otros, recreando la hospitalidad.

Pero también expandir la hospitalidad haciendo crecer la **“calidad carismática”**, la intensidad y la pasión en nuestro compromiso con el sueño de Juan de Dios.

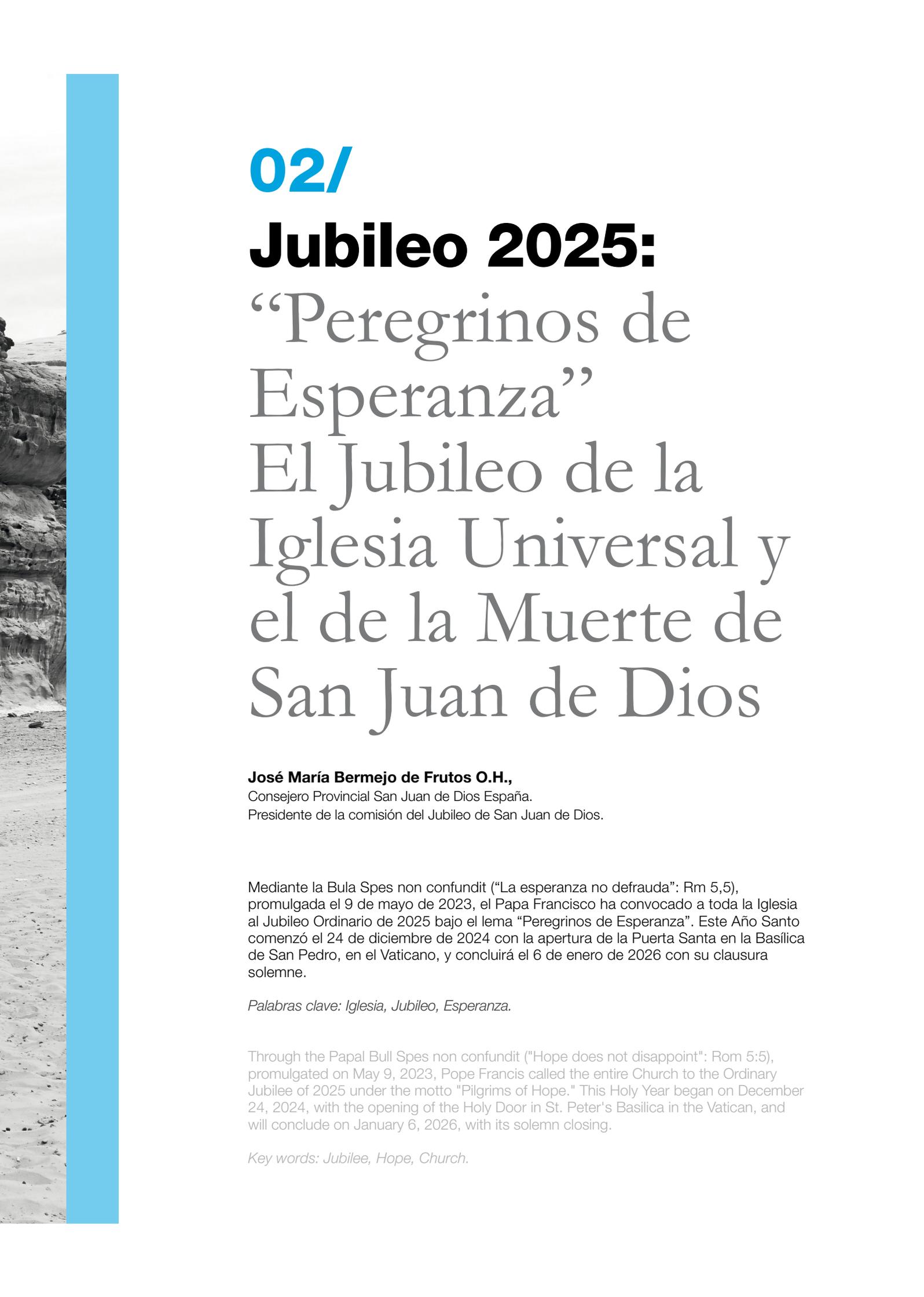
En él, evangelio vivo, encontramos siempre inspiración para nuestro presente y para proyectar el futuro. En este año jubilar de la esperanza y la hospitalidad, 475 años después de su muerte, su experiencia de fe, su radical entrega, su respeto y amor a todas las personas, especialmente a las más vulnerables, son para nosotros un faro que ilumina el camino de hospitalidad que juntos recorreremos.

Muchas gracias.









02/

Jubileo 2025:

“Peregrinos de Esperanza”

El Jubileo de la Iglesia Universal y el de la Muerte de San Juan de Dios

José María Bermejo de Frutos O.H.,

Consejero Provincial San Juan de Dios España.

Presidente de la comisión del Jubileo de San Juan de Dios.

Mediante la Bula *Spes non confundit* (“La esperanza no defrauda”: Rm 5,5), promulgada el 9 de mayo de 2023, el Papa Francisco ha convocado a toda la Iglesia al Jubileo Ordinario de 2025 bajo el lema “Peregrinos de Esperanza”. Este Año Santo comenzó el 24 de diciembre de 2024 con la apertura de la Puerta Santa en la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, y concluirá el 6 de enero de 2026 con su clausura solemne.

Palabras clave: Iglesia, Jubileo, Esperanza.

Through the Papal Bull *Spes non confundit* (“Hope does not disappoint”: Rom 5:5), promulgated on May 9, 2023, Pope Francis called the entire Church to the Ordinary Jubilee of 2025 under the motto “Pilgrims of Hope.” This Holy Year began on December 24, 2024, with the opening of the Holy Door in St. Peter’s Basilica in the Vatican, and will conclude on January 6, 2026, with its solemn closing.

Key words: Jubilee, Hope, Church.

1/

Los orígenes del Jubileo y los jubileos en la Iglesia.



1/1

El origen del Año Jubilar.

Supuestamente, la primera vez que se convocó el Año Santo fue en 1300 por el papa **Bonifacio VIII** quien precisó que para la obtención de la indulgencia del peregrino era necesario visitar las basílicas de San Pedro y San Pablo Extramuros durante 30 días (o 15 días, si no se reside en Roma). Además, estableció que los jubileos se celebraran cada 100 años. No obstante, el papa Clemente VI adelantó a 1350 el segundo Año Santo agregando a la lista las basílicas de San Juan de Letrán. El motivo de cambiar el intervalo en 50 años fue para que cada generación tuviera, al menos, la posibilidad de celebrar un Año Santo.

En el caso de España el Año Santo más relevante es el Año Jubileo Santiago. El mismo se celebra en la Catedral de Santiago de Compostela el año en el cual el 25 de julio es domingo. Es decir, cuando el año comienza por viernes o cuando empieza por jueves si es bisiesto. Esta celebración atrae a una infinidad de peregrinos de todas partes del mundo que se dirigen hasta Galicia para recibir la indulgencia y bendición.

El papa Francisco anunció el Jubileo 2025: ¿qué es un “Año Santo” y el rito de la Puerta que se abre cada 25 años?

Como ocurre cada 25 años en la Iglesia Católica, el Papa Francisco convocó en forma oficial al Jubileo Ordinario de la Esperanza 2025.

Lo hizo a través de la lectura de la bula “**Spes non confundit**”, que significa “**La esperanza no defrauda**”. El documento, además de un fuerte contenido orientado a lo social, es una guía protocolar del gran evento religioso. Indica, por ejemplo, que el principal rito que señala el inicio del “Año Santo”, la apertura de la “**Puerta Santa**”, tendrá lugar el 24 de diciembre de 2024 en la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, como todo el mundo mundial pudo comprobar.

Luego se procedió a la apertura de las otras tres puertas santas que existen en Roma: el 29 de diciembre la de la Catedral de San Juan de Letrán; el 1 de enero de 2025, coincidiendo con la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios, la de la basílica de Santa María Maggiore y el de enero la de la basílica papal de San Pablo Extramuros. La puerta de las últimas tres, será sellada nuevamente el domingo 28 de diciembre de 2025. Y el 6 de enero de 2026, será cerrado el pórtico de la basílica de San Pedro, clausurando el “Año Santo” en coincidencia con la Epifanía del Señor.

El Año Jubilar de la Esperanza tiene, además, su propio logo, compuesto por cuatro figuras que representan a la humanidad que, abrazada, llega desde los cuatro puntos cardinales para sostener la cruz. En este caso, su base es un ancla, como

metáfora de la esperanza, en medio de un mar embravecido, para demostrar que la vida no siempre se desenvuelve en aguas calmas.

2/

Los jubileos ordinarios y su evolución.

Bonifacio VIII proclama el jubileo de 1300, tomando como icono un fragmento de un fresco de Giotto. Dicho fresco sobre el papa Bonifacio VIII se conserva en la Basílica de Letrán en Roma.

Los jubileos son aniversarios especiales que se celebran al transcurrir un determinado número de años. Por lo general, se toman en cuenta números redondos. Y no son patrimonio exclusivo del ámbito religioso.

Por ejemplo, el 6 de febrero de 2022, la reina Isabel de Inglaterra celebró el jubileo por sus 70 años en la corona, el último de su reinado. Las monarquías son una de las pocas instituciones que aún conservan este tipo de sucesos, junto con la Iglesia.

En el caso de la Iglesia católica, el origen de los jubileos se remonta al Antiguo Testamento. Exactamente, al [Levítico 25, 8-12 ss.](#) Allí señala:

“**Contarás también siete semanas de años para ti, siete veces siete años, para que tengas el tiempo de siete semanas de años, es decir, cuarenta y nueve años. Entonces tocarás fuertemente el cuerno de carnero el décimo día del séptimo mes; en el día de la expiación ustedes tocarán el cuerno por toda la tierra.**

Así consagrarán el quincuagésimo año y proclamarán libertad en la tierra para todos sus habitantes. Será de jubileo para ustedes, y cada uno de ustedes volverá a su posesión, y cada uno de ustedes volverá a su familia.

Tendrán el quincuagésimo año como año de jubileo: no sembrarán, ni segarán lo que nazca espontáneamente, ni vendimiarán sus viñas que estén sin podar. Porque es jubileo, les será santo. De lo que produzca el campo, comerán”.

En principio, los judíos conservaron esta costumbre. Sin embargo, tras la época del Segundo Templo de Jerusalén, y de acuerdo con los estudiosos del Talmud, la práctica se discontinuó. Fue la Iglesia Católica la que recuperó esta celebración a través de una declaración del papa Bonifacio VIII en el año 1300. Este sumo pontífice introdujo varios cambios en la Curia.

Por ejemplo, hizo regresar a Roma la sede del pontificado, que su antecesor, [Celestino V](#), había trasladado a Nápoles. En este caso en particular, sentenció que su sexto año de papado sería considerado como el primer Año Santo y Año de perdón de los pecados. En la práctica, lo que hizo fue conceder la indulgencia plenaria a quienes se acercaran a Roma para visitar los santuarios de san Pedro y san Pablo.

Ante la posibilidad de que los pecados fueran perdonados, se calcula que dos millones de creyentes peregrinaron a Roma. La ciudad colapsó. El único puente existente en ese momento para llegar desde la urbe al Vaticano era el Ponte Sant’Angelo, y por esos días, la corriente del río Tiber no permitía su cruce en botes.

Debido a esto, y por la cantidad de personas empeñadas en arribar a la ciudad Santa, cientos cayeron al agua y murieron ahogados. Semejante demostración de Fe hizo posible, por ejemplo, que las llamadas “**vías romeas**”, es decir “**todos los caminos que conducen a Roma**”, fueran mejoradas ostensiblemente luego de la

1. Etimológicamente, el Jubel o Jobel (término hebreo del que deriva la palabra júbilo o Jubilar), se refería a un “cuerno de carnero”, que se empleaba en el pueblo de Israel como instrumento que, soplando, originaba fuerte sonido que servía para anunciar grandes acontecimientos de la vida e historia de la salvación. Se convocaba a la penitencia, al ayuno, al perdón, a la conversión y a la acción de gracias; se anunciaban las grandes fiestas de la comunidad judía: (Rosh haSanà (Año Nuevo) o el Yom Kipur (Día de la Expiación) y se invitaba a comenzar una vida nueva a todos los niveles: sociales, familiares y religiosos. El Jubileo tenía siempre un fuerte carácter de conversión personal y comunitaria, así como de justicia social.

LH n.342

2. Francesco Caetani era miembro de la poderosa familia de los Caetani, que alcanzó la cumbre de su poder cuando fue elegido papa Bonifacio VIII, tío de Francesco.

masiva peregrinación. Para no repetir ese aluvión, en principio, Bonifacio VIII decretó el celebrarse cada 100 años.

Fue el artista **Giotto** quien dejó un fresco para retratar ese primer año jubilar. Allí se muestra al papa Bonifacio VIII mientras bendice a los fieles desde la logia de la Archibasílica de San Juan de Letrán, rodeado por un clérigo y un cardenal, que para muchos estudiosos podría ser **Francesco Caetani**².

Al morir Bonifacio VIII en 1303, meses después de ser tomado como rehén en la ciudad de Agnani por mercenarios franceses que estaban contra la excomunicación dictada contra el **Rey Felipe IV**, fue sucedido en el trono de San Pedro por **Benedicto XI**. Pero su papado sólo duró ocho meses: murió de una manera insólita. El nuevo pontífice fue **Clemente VI**, quien entendió que, si el jubileo se realizaba cada 100 años, muchos fieles quedarían sin el perdón de sus pecados.

En la época medieval, la expectativa de vida promediaba los 45 años. Su reforma fue finalizada por quienes sucedieron a Clemente VI: **Urbano VI**, **Bonifacio IX** y **Gregorio XII**. El tiempo, sucesivamente, se fue acortando. El jubileo pasó a ser cada 50 años. Y desde 1475, el papa **Sixto IV** llevó el período a 25 años.

Además, para que Roma se convirtiera en el epicentro de las indulgencias luego del escándalo con la venta de estas que llevó al cisma de occidente que produjo Martín Lutero, decidió que el perdón no se podría hacer fuera de los muros vaticanos.

La iglesia católica, para divulgar la decisión de Sixto IV, utilizó un moderno invento, que tenía apenas unos años de uso: la imprenta de Gutenberg. Allí se imprimieron las Bulas jubilares, las oraciones que los peregrinos debían recitar en los lugares sagrados y las instrucciones para marchar a Roma. Además, se comenzó a usar la denominación de “**Año Santo**” para nombrar al año jubilar.

Pocos años después, en la Navidad de 1499, el papa **Alejandro VI** añadió el rito de la apertura de la Puerta Santa en la Basílica de San Pedro. Lo mismo decidió para las otras tres basílicas mayores romanas: San Juan de Letrán, San Pablo Extramuros y Santa María Maggiore.

03/

La Puerta Santa de la Basílica de San Pedro en el Vaticano.

Para atravesar dicha puerta, que está sellada desde su interior y se abre sólo en el Jubileo, el Papa encabeza una ceremonia. Toma un martillo y golpea tres veces repitiendo una frase en latín: “**Apriete mihi portas justitiae, ingressus in eas confitebor Domino**” (“Abran las puertas de la justicia; entrando por ellas confesaré al Señor”).

Luego, el sello de la puerta es roto y el Santo Padre se arrodilla frente a ella. Al mismo tiempo, los “**penitenciarios de San Pedro**” (los religiosos que imparten las indulgencias) la limpian con agua bendita. Una vez que terminan, el Papa toma la cruz y da comienzo al canto de **Te Deum** para ingresar a la Basílica junto al clero.

Será el propio sumo pontífice quien designará a los cardenales encargados de abrir las otras puertas. Hoy, existen ocho Puertas Santas en el mundo. Además de las cuatro ubicadas en Roma, están las de la catedral de Santiago de Compostela y la del monasterio de Santo Toribio de Liébana, ambas en España; la que se encuentra en la basílica de Ars, en Francia; la catedral de Notre-Dame de Quebec, en Canadá; y la Catedral de Bangui, en la República Centroafricana. Ésta última fue abierta por el Papa Francisco el 13 de marzo del año 2016

La Puerta Santa, abierta solo en los Jubileos, simboliza la indulgencia y el perdón, extendidos por Juan Pablo II a todas las diócesis del mundo

por el “**Año Santo de la Misericordia**”, que convocó a través de la bula “**Misericordiae Vultus**”, que se publicó el 11 de abril de 2015.

Y si bien ese “**Año Santo**” debía iniciarse el 8 de, el papa Francisco aprovechó su presencia en la Catedral de Bangui como un gesto para alentar la paz en esa nación africana. Fue la primera vez, además, que un Papa abrió una Puerta Santa fuera de Roma.

Por supuesto, la llegada de los católicos a Roma para recibir la indulgencia papal se encontraba reservada para unos pocos de los 1.400 millones de fieles que, se calcula, hay en el mundo.

Pasaron cientos de años hasta que el papa **Juan Pablo II** decidió, al anunciar el Año Santo de la Redención en el 2000 a través de la carta apostólica “**Tertio Millennio Adveniente**”, por la que la indulgencia se extendería a cualquier diócesis o arquidiócesis (o archidiócesis) en cualquier catedral del mundo designada por los obispos de cada país.

04/

Los jubileos extraordinarios.

Pero además de los jubileos ordinarios, existen otros extraordinarios. Hay “**años santos**” que son a perpetuidad, como los de Santiago de Compostela, el monasterio ubicado en Santo Toribio de Liébana, el de Caravaca de la Cruz, el de Urda y el de Valencia.

En el caso de Santiago de Compostela, se celebra cada vez que el 25 de julio coincide con un día de domingo, lo que sucede en una secuencia de 6, 5, 6 y 11 años. El último fue en 2021, y a causa de la pandemia por COVID, duró dos años.

En el caso de Santo Toribio de Liébana, se lleva a cabo cada vez que el 16 de abril (fiesta de ese santo) coincide también con un domingo. La primera vez que se llevó a cabo fue en 1512, a través de una bula del papa **Julio II**. Lo motivó que en ese sitio se encuentra una reliquia fundamental del cristianismo: el trozo más grande de la cruz donde Cristo murió.

La primera vez en Caravaca de la Cruz sucedió recientemente, en 1981, cuando se cumplieron los 750 años de la tradicional ceremonia por la aparición de la Cruz en dicha localidad cercana a Murcia, en España. Allí se decidió que el jubileo tenga lugar cada siete años.

En Urda, Toledo, España, se celebra desde 1994, por decisión de Juan Pablo II que promulgó la **Penitenciaría Apostólica (Prot. N. 432/04/1)**. Según la misma, sucede cuando el 29 de septiembre, fiesta del Santísimo Cristo de la Vera Cruz, coincide con un domingo.

El más reciente es el de Valencia, que aprobó el 2014 el Papa Francisco. En la catedral de dicha ciudad española se encuentra el Santo Cáliz, quizás la reliquia más importante del cristianismo. Se celebra cada cinco años.

También en ocasiones especiales se promulgaron Años Santos, como el que tuvo lugar en Ávila, España, al cumplirse 400 años de la canonización de santa Teresa; o el Jubileo Extraordinario del año 2000, cuando se cumplieron los dos milenios del nacimiento de Jesús. Precisamente, el próximo gran Jubileo será Extraordinario y tendrá lugar en el año 2033, cuando se cumplan dos mil años de la resurrección del Señor.

05/

La Bula

“Spes non confundit”: un fuerte contenido.

La bula papal “**Spes non confundit**”, por la que Francisco convoca el Año Santo Jubilar 2025, fue leída por el obispo Leonardo Sapienza el 9 de mayo de 2024 en la Basílica de San Pedro, frente al sumo pontífice y la Puerta Santa. Dicha puerta fue abierta el 24 de diciembre de 2025.

El contenido de la Bula puede considerarse de fuerte, revelador y profético para la Iglesia, la sociedad y los poderes de este mundo, por su gran carga social y llamada a la responsabilidad de los gobernantes.

Consta de 25 puntos esenciales divididos en cinco capítulos: **1)** la palabra de esperanza, **2)** el camino hacia la esperanza, **3)** los signos de la esperanza, **4)** el llamamiento a la esperanza y **5)** estar anclados a la esperanza. Todo él tiene firmes y habituales reclamos del Papa Francisco.

Para el santo padre, la esperanza es una virtud “que nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz”. También señala que “se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo”.

En el documento de 11 páginas, el **Papa Francisco** tuvo destinatarios muy claros: En el punto 8, habla de

“Paz para el mundo, el cual vuelve a encontrarse sumergido en la tragedia de la guerra... La exigencia de paz

nos interpela a todos y urge que se lleven a cabo proyectos concretos. Que no falte el compromiso de la diplomacia por construir con valentía y creatividad espacios de negociación orientados a una paz duradera”.

En el apartado noveno, habla de quienes han perdido “el deseo de transmitir la vida”, y culpa de ellos a

“Los ritmos frenéticos de la vida, de los temores ante el futuro, de la falta de garantías laborales y tuteladas sociales adecuadas, de modelos sociales cuya agenda está dictada por la búsqueda de beneficios más que por el cuidado de las relaciones”

que producen una “preocupante disminución de la natalidad”. Y finaliza este punto señalando que

“La comunidad cristiana no se puede quedar atrás en su apoyo a la necesidad de una alianza social para la esperanza que sea inclusiva y no ideológica, y que trabaje por un porvenir que se caracterice por la sonrisa de muchos niños y niñas que vendrán a llenar las tantas cunas vacías que ya hay en numerosas partes del mundo”.

En el décimo, habla de quienes se encuentran privados de su libertad:

“Pienso en los presos, que experimentan cada día -además de la dureza de la reclusión- el vacío afectivo, las

restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto. Propongo a los gobiernos del mundo que en el Año del Jubileo se asuman iniciativas que devuelvan la esperanza; formas de amnistía o de condonación de la pena orientadas a ayudar a las personas para que recuperen la confianza en sí mismas y en la sociedad; itinerarios de reinserción en la comunidad a los que corresponda un compromiso concreto en la observancia de las leyes”.

Para ellos hizo una propuesta inédita: la apertura, por él mismo, de una Puerta Santa (de las que sólo hay ocho en todo el mundo) en una cárcel,

“A fin de que sea para ellos (los presos) un símbolo que invite a mirar al futuro con esperanza y con un renovado compromiso de vida”.

También criticó que los pobres,

“Hoy están presentes en los debates políticos y económicos internacionales, pero frecuentemente parece que sus problemas se plantean como un apéndice, como una cuestión que se añade casi por obligación o de manera periférica, si es que no se los considera un mero daño colateral. De hecho, a la hora de la actuación concreta, quedan frecuentemente en el último lugar. No lo olvidemos: los pobres, casi siempre, son víctimas, no culpables”.

En ese sentido, la Bula papal se expresa a favor de una condonación de las deudas de los países pobres:

“El Jubileo nos recuerda que los bienes de la tierra no están destinados a unos pocos privilegiados, sino a todos. Es necesario que cuantos poseen riquezas sean generosos, reconociendo el rostro de los hermanos que pasan necesidad. Pienso de modo particular en aquellos que carecen de agua y de alimento. El hambre es un flagelo escandaloso en el cuerpo de nuestra humanidad y nos invita a todos a sentir remordimiento de conciencia. Renuevo el llamamiento a fin de que ‘con el dinero que se usa en armas y otros gastos militares, constituyamos un Fondo mundial, para acabar de una vez con el hambre y para el desarrollo de los países más pobres, de tal modo que sus habitantes no acudan a soluciones violentas o engañosas ni necesiten abandonar sus países para buscar una vida más digna...”.

También el texto invita a

“Las naciones más ricas, para que reconozcan la gravedad de tantas decisiones tomadas y determinen condonar las deudas de los países que nunca podrán saldarlas”.

También hay una petición para unificar las Pascuas entre los cristianos de Occidente y Oriente, algo que no sucede. Y para ello se refirió a los 1700 que se cumplirán del Concilio Ecuménico de Nicea celebrado en el año 325, que unió al cristianismo en un debate crucial. Francisco señaló que

“Allí se trató además el tema de la fecha de la Pascua. A este respecto, todavía hoy existen diferentes posturas, que impiden celebrar el mismo día el

LH n.342

acontecimiento fundamental de la fe. Por una circunstancia providencial, esto tendrá lugar precisamente en el Año 2025. Que este acontecimiento sea una llamada para todos los cristianos de Oriente y de Occidente a realizar un paso decisivo hacia la unidad en torno a una fecha común para la Pascua. Muchos, es bueno recordarlo, ya no tienen conocimiento de las disputas del pasado y no comprenden cómo pueden subsistir divisiones al respecto al respecto”.

06/

El Año Santo Jubilar de la Esperanza: 2025.

El Papa Francisco, como ya hemos señalado más arriba, abrió el martes, 24 de diciembre de 2025, la Puerta Santa de la basílica de San Pedro y dio inicio al Jubileo, el evento de la Iglesia católica que se celebra cada 25 años, y posteriormente se celebró la misa del gallo.

Francisco llegó al atrio de la basílica donde se había colocado una rampa ante la Puerta Santa para permitir el acceso a la silla de ruedas en las que se mueve el pontífice por sus problemas en la rodilla y tras las oraciones y lecturas se acercó y, siempre sentado, golpeó tres veces y la puerta se abrió y la atravesó en total silencio. Con grandes problemas de movilidad, Francisco invitaba al mundo a “moverse” y a “meter lío”. Mucho lío nos trajo este Papa, esperemos que para bien.

Y le quedaban pocos meses de vida, pero no paraba de “liarla” hasta el final, porque la Iglesia no puede esperar inmóvil ni dejar de transmitir esperanza.

La Iglesia de Jesucristo será conservadora de lo que deba conservar, pero no inmovilista ni anclada en un pasado inservible y fuera de lugar o en posicionamientos no fundamentales de la fe y del Evangelio.

“Los pasos de nuestro camino son los pasos de toda la Iglesia, peregrina en el mundo y testigo de la paz”,

dijo el papa antes de abrir la puerta, y continuó:

“Crucemos el umbral de este templo santo y entremos en el tiempo de la misericordia y del perdón, para que se abra a cada hombre y a cada mujer el camino de la esperanza que no defrauda”.

Después entraron el Papa y representantes de los cinco continentes en procesión ante el altar y comenzó la misa del gallo.

El primer Año Santo ordinario del papa Francisco -aunque ya instituyó uno extraordinario en 2016 dedicado a la misericordia- comenzó con este acto que se cerrará el 6 de enero de 2026.

Pasadas las 19 hora local, se abrieron las puertas de la Basílica de San Pedro marcando el inicio de un nuevo Jubileo Ordinario.

El papa Francisco enfatizó que se extendería “a lo largo del 2025 y será un Año Santo por la esperanza que nunca se extingue” y señaló que

“No sólo está dirigida a la vida personal de cada creyente, sino que se extiende a la sociedad en su conjunto, las relaciones interpersonales y a la promoción de la dignidad de cada persona”.

El Papa Francisco inauguró el Jubileo 2025 abriendo la Puerta Santa de San Pedro y proclamándolo como el “Año Santo de la Esperanza”

El gesto de abrir la Puerta Santa es un rito profundamente significativo, no solo para la Iglesia, sino para todos los cristianos. En palabras del papa, este es **“el momento de un nuevo Jubileo”**, un tiempo de gracia que llama a la reconciliación, a la conversión y a un renovado encuentro con Dios.

Asimismo, por deseo expreso del papa Francisco, el 26 de diciembre también se abrió la Puerta Santa en la cárcel de Rebibbia de Roma, para ofrecer a los presos un signo concreto de cercanía,

“A fin de que sea para ellos un símbolo que invita a mirar al futuro con esperanza y con un renovado compromiso de vida”.

07/

El Papa Francisco, el Jubileo y el Concilio. Volver a la lección del Vaticano II: la mejor manera de vivir el Jubileo 2025.

El Concilio ya pasó, el Año Jubilar ya está en marcha y casi llegando a su fin. Es bueno y oportuno recordar en este momento del proceso jubilar las palabras del Papa Francisco en la apertura del Año Santo del Jubileo al invitarnos a todos los creyentes a caminar redescubriendo los textos del Concilio³, y lo hacía ofreciéndonos un repaso de los textos fundamentales del

Concilio Ecuménico Vaticano II, “como un momento de crecimiento en la fe”.

Para ello recordaba las cuatro sesiones conciliares. Un acontecimiento, el Concilio Vaticano II, que hace sesenta años **“permitió a la Iglesia rejuvenecer su rostro y volver a presentarse al mundo como portadora de un mensaje que traspasa todas las fronteras”**, afirma el Papa. **“El Evangelio de Jesús Cristo, en efecto, es un anuncio tan universal que no encuentra límites”**. El Vaticano II, en sus cuatro constituciones, continúa el Papa,

“Imprimió un nuevo desarrollo en la enseñanza bimilenaria de la Iglesia, permitiendo que el futuro de los creyentes, de la sociedad y de la misma Iglesia sea iluminado por la profundidad del Evangelio”.

“Es hora de redescubrir la belleza de esta enseñanza, que aún hoy estimula la fe de los cristianos y los llama a ser más responsables y presentes para ofrecer su contribución al crecimiento de toda la humanidad”.

Y citaba las palabras de **Pablo VI** en la homilía de la séptima sesión del Concilio:

“¡La Iglesia vive! Aquí está la prueba; aquí está su aliento; la voz, la canción. ¡La Iglesia vive! La Iglesia piensa, la Iglesia habla, ora, la Iglesia crece, la Iglesia se construye. La Iglesia viene de Cristo, va a Cristo; y estos son sus pasos, es decir, los actos con los que se perfecciona, confirma, desarrolla, renueva, santifica. Y todo este esfuerzo perfectivo de la Iglesia, visto más de cerca, no es más que una expresión de amor a Cristo Señor”.

3. "Jubileo 2025 - Cuadernos del Concilio", Dicasterio para la Evangelización en preparación para la apertura del Año Santo.

4. El Decreto de la Archidiócesis de Granada establece las siguientes condiciones para la obtención de la Indulgencia Plenaria, que son las mismas para cualquier fiel cristiano: 1. Confesión sacramental. 2. Comunión eucarística. 3. Oración por las intenciones del Papa. 4. Exclusión de todo afecto al pecado. 4. Facilitación de los Sacramentos. 5. Bendición Apostólica. † José María Gil Tamayo, Arzobispo de Granada.

Son palabras que “nos urgen hoy a considerar la importancia de la enseñanza conciliar”, escribe el pontífice.

“Tomar de nuevo esos textos en sus manos es un signo de la vitalidad y fecundidad de la Iglesia; la renovación de las comunidades y el compromiso de conversión pastoral pasan necesariamente por hacer nuestra la lección del Vaticano II”.

Francisco enumera las “etapas fundamentales” a seguir, “para que la Iglesia sepa y demuestre que está viva, que se renueva y perfecciona en su camino de santificación”:

- la centralidad de la Palabra de Dios, fundamento de la revelación cristiana (Constitución sobre la Divina Revelación: **Dei Verbum**)
- la renovación de la liturgia, expresión del servicio sacerdotal de todos los bautizados. (Constitución sobre la Sagrada Liturgia: **Sacrosanctum Concilio**)
- la conciencia de ser Pueblo de Dios en camino hacia la Jerusalén celestial (Constitución sobre la Iglesia: **Lumen Gentium**)
- la necesidad de compartir las alegrías y las esperanzas de toda la humanidad y, sobre todo, de los pobres (Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual: **Gaudium et Spes**)

La invitación a todos los cristianos, especialmente a los jóvenes, es leer y estudiar estas “ayudas ágiles y eficaces”, que retoman los temas fundamentales de las cuatro constituciones conciliares, para que puedan dar “buenos frutos de renovación de nuestras comunidades”.

El Papa los encomienda en particular a los obispos, sacerdotes, catequistas y familias, “para que encuentren los caminos más adecuados para hacer actual la enseñanza de los padres

conciliares, y vivir y no olvidar este Jubileo 2025”, que está ya llegando a su fin.

08/

La Orden de San Juan de Dios y su Jubileo en el 475 Aniversario de la muerte del Fundador: 1550-2025



El Santo Padre, en dicha Bula y en el Decreto de la Penitenciaría Apostólica del 31 de mayo de 2024, ha dispuesto que este Jubileo de la Esperanza sea celebrado también en todas las Iglesias particulares, para que los fieles puedan obtener las gracias jubilares en sus propias diócesis.

Por ello y en relación con el Jubileo de la Orden, la Archidiócesis de Granada, decretó que la Basílica de San Juan de Dios fuera templo Jubilar⁴, como así lo decretaron otras diócesis de España para algunas de las iglesias de los Centros de la Orden en España: San Boi, Zaragoza, Jerez, Córdoba, Ciempozuelos, Vigo...

Tanto en el Decreto de la Penitenciaría Apostólica como en los Decretos de las distintas diócesis se hace referencia a las condiciones de

“**ganar el Jubileo**”. Y muchos se preguntarán: Y ¿qué es eso de la ganar el Jubileo e “**Indulgencia Plenaria**”? Pues mi respuesta es simple y sencilla: para los cristianos católicos está muy claro, para los que no lo son, es otro cantar. Para los primeros consiste en prepararse a nivel muy personal, para la lucha y el compromiso por la verdad y el Evangelio.

Y para ello se nos ofrecen diversas herramientas, mediaciones, oportunidades para medir tus fuerzas y solicitar la ayuda necesaria para el combate a Aquel que solo te la puede dar. Y “**ganarás**” mucho, pero no lo suficiente si solo cuentas con tus fuerzas a lo largo de este Año y de toda tu vida venidera.

Ganar el Jubileo, no es solo cosa de voluntad, que también, sino dejarse configurar por la fe y el compromiso de quien nos ha “**ganado**” para él: Confiar en sólo Jesucristo, como lo hicieron los grandes luchadores a favor de la causa de los pobres, como Juan de Dios. Nuestra ganancia es Cristo. Y en eso consiste ganar el Jubileo, haciendo que todos ganen en una sociedad de perdedores, siempre los mismos: tantas personas que pierden la vida, la dignidad, la familia, el trabajo, la esperanza y el sentido y horizonte de su existencia.

De esta manera la Orden se une al jubileo de la Iglesia universal con su propio Jubileo, el de la muerte de San Juan de Dios, porque universal es su carisma, el de la hospitalidad, el del servicio a los enfermos, pobres y necesitados de nuestro mundo, que tanto necesita de esperanza y acompañamiento en medio del sufrimiento de la gente. La Orden está presente queriendo estar en medio del mundo “**como el que sirve**”, desde su identidad y vocación de salvación.

El Año Jubilar es mucho más que vivir las gracias jubilaes y poder obtener la Indulgencia Plenaria del Año. No es una patente de corso para tu salvación, ni garantía de nada a cambio de muy poco esfuerzo, mediante unos cuantos ejercicios piadosos, prácticas religiosas o sacramentales a título individual. Es mucho más.

Es compartir, celebrar y comprometerse, personal y comunitariamente. Es sobre todo escuchar y acoger tanto el anuncio de esperanza de la gracia de Dios como los signos que atestiguan su eficacia, y poder peregrinar con nuestros colaboradores, personas atendidas en nuestros centros y sus familias, bienhechores y voluntarios, amigos y simpatizantes, de la hospitalidad de Juan de Dios, para transmitir al mundo las ganas de vivir y transformar la realidad.

Esta transformación sólo será tal si nos hacemos valedores del respeto, la paz, la dignidad de la persona, la solidaridad y la humanización, como puntos de encuentro entre todas las culturas y creencias.

Seremos hombres y mujeres jubilaes y de esperanza en la Orden Hospitalaria si ofrecemos a todos, creyentes o no, los valores del evangelio al estilo de San Juan de Dios, remedio a una necesidad profunda de trascendencia y sed de Dios, que va más allá de una espiritualidad meramente humana, como placebo psicológico de interiorización o equilibrio “**psicologizante**” de nuestra personalidad, acechada por tantas amenazas o crisis sociales, familiares, laborales, eclesiales, institucionales y de cualquier otra índole, ante la falta de horizonte y sentido de vida y de esperanza.

09/

Qué hacer en el Jubileo: peregrinar y peregrinar, pero algo más.

Y mientras tanto ¿qué hacer o no hacer mientras nos jubilamos? No te canses de peregrinar. Peregrino fue el hombre desde sus orígenes. Sin peregrinación no hay humanidad.

O peregrinas o te mueres. Pero hay muchos que sí mueren en el intento. Y si peregrinas ¿adónde vas? Como dicen las coplas de nuestro repertorio popular: **¿peregrino a dónde vas?, no te canses, no, de caminar...** Y más fuerte aún: cuando peregrinas de un lugar a otro hasta la patria celestial ¿quién te acogerá? ¿Quién te espera al otro lado de tu frontera que choca con las fronteras del otro diferente, ¡ya sean éstas, geográficas, físicas, mentales existenciales, ideológicas, religiosas o laborales!

Monseñor Benavent, arzobispo de Valencia, recuerda en el decreto a su diócesis, que en la bula de convocación del Jubileo bajo el título **Spes non confundit** (La esperanza no defrauda) el Papa Francisco insiste

«En que no hay que reducir el Año Jubilar sólo a una peregrinación, a ganar la indulgencia y a realizar alguna obra de misericordia, sino que nos invita también y, sobre todo, a profundizar en la dimensión espiritual en la esperanza como virtud teologal que imprime carácter a la vida cristiana».

«Así pues, la esperanza constituye el mensaje central del Jubileo [...], siendo una ocasión propicia para renovar el compromiso que se deriva de la fe y encontrar nuevas formas de vivir la esperanza en la cotidianidad»,

detalla el Arzobispo, quien invita a profundizar en tres dimensiones la celebrativa, la pastoral y la socio-caritativa. Los elementos esenciales que no deben faltar en las celebraciones jubilares, según detalla el decreto son:

«La recepción del perdón en el sacramento de la Penitencia, con un deseo sincero de conversión;

la peregrinación; la Eucaristía jubilar en los templos indicados, durante la cual se rezará por las intenciones del Santo Padre; y el gesto de compartir los bienes con una limosna que cada cual decidirá en conciencia y que se destinará a apoyar las actividades caritativas que realizan instituciones eclesiales presentes en la Diócesis y que son expresión de las obras de misericordia que son también obras de esperanza».

En este sentido el Arzobispo invita a que

«Las obras de misericordia no se limiten a una limosna material y a que intentemos acercarnos a las personas que sufren, de modo que sientan la cercanía amorosa y consoladora de los cristianos, mediante las obras de misericordia corporales o espirituales».

De hecho,

«quien visite a los hermanos que se encuentran en necesidad o en dificultad (enfermos, encarcelados, ancianos en soledad o personas con capacidades diferentes), como realizando una peregrinación hacia Cristo presente en ellos y siguiendo las habituales condiciones espirituales, sacramentales y de oración, habrán realizado una peregrinación jubilar».

El Jubileo no se reduce a peregrinar: es conversión, misericordia y esperanza vivida en la vida cotidiana. Implica celebrar, compartir con los necesitados y reconocerlo como un don y camino espiritual, no como un privilegio

10/

Tomarse en serio lo del jubileo y la esperanza.

El hombre, desde su nacimiento entra “**en modo de espera**”, en una larga espera, que podrá ser corta o larga, pero sin intermedios: La vida es un continuum sin fases intermedias, ni limbo ni esperas a que se nos abran las puertas. “**Mira que ya estoy a la puerta y llamo**” (Ap 3, 20). ¡Oh sorpresa! Todos somos invitados a la mesa, incluidos los que no tenían esperanza, ni los que estaban ni se les esperaba. Dios es así: ofrece esperanza contra toda “**des-esperanza**”. Peregrinar es saber esperar.

¿Pero hay razones para la esperanza? Humanamente hablando es difícil afirmarlo, pues no lo tengo tan claro, en un mundo que se nos cae a pedazos. Y, sin embargo, esperanza **haberla hayla**, a nivel existencial, a nivel personal, a nivel social, a nivel político, a nivel teológico. Martín Descalzo, así lo afirmaba: “**Hay razones para la esperanza**”.

A) Lo que no es un Año Jubilar:

- El Jubileo no es una franquicia, no es un adelanto, no es una rebaja, no es una oportunidad en “**rebajas**” para llegar antes al Reino de los cielos; no es un descuento o inversión a fondo perdido para acortar estadios intermedios antes de...
- No es un mero cumplimiento de ritos, rezos, visitas a templos “**marcados**” por Roma para acudir a uno de esos lugares privilegiados
- El jubileo no es un privilegio sino una oportunidad, un nacer de nuevo. “**Si no querías caldo, toma dos tazas**”. “**No por mucho trigo será mal año o mala cosecha**”. “**No conviene colocar albarda sobre albarda**”. “**No por mucho**

insistir tienes más razón”. No por “**ganar muchos jubileos vas a ganar el cielo**”. Ni eres más espiritual ni vas a entrar antes en el Reino de Dios. El Reino de Dios prometido es un don, una gracia, que se nos da; ni se gana ni se merece. Ni siquiera es un premio por ser bueno.

- El jubileo no consiste en jubilarse, sino en alegrarse y ser agradecido.

B) Lo que sí es el Jubileo:

- El Jubileo Sí es un camino, un proceso de conversión, una vuelta a los orígenes de la fe...
- Es una gracia, un don, un regalo, que podemos aceptar, pero no estamos obligados. Es una oportunidad...
- El jubileo, lo primero y, ante todo, es un Misterio: “**a vueltas con el misterio**”, que diría Mircea Eliade.
- El jubileo es la experiencia de la vulnerabilidad, fragilidad, enfermedad, y de la toma de conciencia de nuestras necesidades y pobreza, tanto propias como de nuestra humanidad entera.
- El jubileo es algo **santo y profano**, a la vez, en palabras **Rudolf Otto**: descázate que pisas terreno sagrado, pero mundano también. El jubileo o huele a humanidad, a zarza a fuego, a monte, a oveja, o no será. Solo lo profano es o será sagrado.
- El jubileo es alabanza en el mismo monte del Calvario, sacrificio y sufrimiento redentor de Aquél que nos amó tanto, que tanto nos “**complicó**” la existencia por salvarnos de nuestra miseria. El jubileo es la experiencia del camino desde Belén a Nazaret y al Tabor, pasando por Egipto, camino del Gólgota, hasta el sepulcro y el huerto en la mañana de Resurrección.
- Jubileo es experimentar la alegría del encuentro y de la cercanía de Dios que llega

hacia la tienda del encuentro, como Abraham, que otea desde la puerta de la tienda, encima de Mambré, al que se acerca, sea uno o sean tres, pues donde comen dos, comen tres. Hospitalidad en estado puro. Es la respuesta de nuestro Padre en la fe, y Sara su mujer, de dar hospitalidad a unos desconocidos, y preparar la mesa a unos extranjeros, ilegales o no, que llegan sin avisar, para comer, previa lavada de pies. Y la acogida de lo extraño y diferente se transformó en fecundidad: **“tendrás un hijo”**.

- Jubileo es recordarnos, unos a otros, que Dios habla a su pueblo, Palabra viva encarnada en su Hijo, y escandalizado por los escándalos de alta y baja política, los enfrentamientos por ideologías, las legislaciones abortista, las muertes anticipadas y la ley de morir con dignidad, por el hambre y los miles de niños muertos por el hambre y las balas (Ucrania, Siria, Israelo Gaza. ¡Qué vergüenza! Y sellaman guerras defensivas, guerras justas, guerras proporcionadas, guerras **civilizadas** del siglo XXI ¡Anda ya! Y las naciones Unidas y los pueblos europeos de raíces cristianas, como las sociedades llamadas avanzadas, **“a verlas venir”**).
- Jubileo es escuchar el nuevo grito de los pobres de Yahveh y sus profetas, (**“¿seré yo, Señor?”**), o del **“golpe de Dios sobre la mesa del planeta”**, diciendo **“¡Basta, detente Abraham!”**. Y dijo Dios: **“que paren este mundo de guerras o me bajo en la próxima y ahí os dejo, con vuestras luchas guerras, injusticias, pobreza y miserias”**.
- Jubileo es la nueva voz del Sinaí, que retumba entre llamaradas de fuego, que no dejaban ver su rostro, clamando contra la fatalidad: falta de natalidad, ecología interesada, animalismo extremista, feminismo un tanto partidista y ramplón, poderío y gobiernos de las naciones **“por el mejor interés del pueblo o del suyo propio”** de una Agenda 2030 contaminada, escorada e interesada, corrupción sistémica de dictaduras

democráticas, democracias dictatoriales o democracias orgánicas o autocracias..., que no dejan espacio a la dignidad ni a la libertad ni a la diversidad.

- Pensamiento único imperante o no comes. Y entonces, que no me digan: **“Y vio Dios que todo era bueno”** cuando lo diverso y el derecho a discrepar es malo. Que se jubile o jubilemos este mundo y venga otro nuevo, otro horizonte, otro espacio de esperanza y libertad antes de que éste se resquebraje del todo.
- Jubileo es creer en el **“Dios desconocido”**. Pero, Pablo, ¿en qué quedamos? Si a Dios nadie lo ha visto, ¿por qué lo tenemos que ver en imágenes y hechuras humanas? ¿Y por qué celebrar su Presencia en fechas, ciclos o años más o menos santos o mundanos? ¿Y para qué necesitamos un Año Jubilar? Aquí en la tierra todo es representación de ese Dios desconocido, transcendente e inmanente, a la vez, de ese Dios que nos invade sin darnos cuenta para hacernos a su imagen: **“A imagen de Dios los creó”**. ¿Es Él, en suma, una mera representación, una pregustación, un anticipo de lo que un día será, o es algo o Alguien, más íntimo que nuestra propia intimidad, como diría San Agustín?
- El hombre creyente, dicen los expertos en el más allá, necesita de un mundo universo simbólico que nos represente ya, aquí y ahora, lo que Él nos tiene preparado, y prefigure la realidad de lo que un día será, pero todavía no: Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni la mente humana será capaz de entender lo que nos espera a los que esperamos. Vamos todavía a tientas, pero vamos y caminando entre sombras y penumbras hacia la luz maravillosa del que nos ha llamado a salir de las tinieblas de la existencia. Y mientras tanto esperamos y caminamos en esperanza.
- **Jubileo es esperar un nuevo amanecer**: ¡Oh, jubileo de la esperanza, nuevo amanecer! Y mientras amanece, tengamos paciencia. Tengamos la paciencia de un santo, si es

que los santos todos la tuvieron como Dios manda. Tengamos esperanza con quienes no piensan como nosotros, porque “santos haberlo haylos muy impacientes”. Y hay de todo en la viña del Señor: los que creen sin haber visto y los que creen mejor viendo para que cuando no vean, puedan seguir creyendo y esperando. Pero también los hay que piensan que ya no se necesitan muletas para la fe, ni jubileos, ni santos, ni templos ni altares, ni ritos ni liturgias, ni imágenes de barro, bronce o madera, por muy bellas tallas que sean, obras de manos humanas y que nos invaden por doquier, pues llenas estás nuestras iglesias en la península, en Europa y en Hispanoamérica, también ya en África y en Asia, convertidas todas ellas en un gran museo de Dios y de lo de Dios. Y los museos se visitan, se valoran, se admiran y hasta se adoran. Monumentos al “Dios desconocido”, antes revelado, creído, y ahora por muchos ignorado.

- **Jubileo es tiempo de soportar paradojas:** es, ante todo, tiempo de amar, tiempo de sufrir, tiempo de esperar, “**tiempo de silencio**”, o en palabras del sabio Sidartha: “**Saber sufrir, saber amar, saber esperar, saber callar**”. Pero también es, paradójicamente, sentirse alegre y agradado, saberse amado y reconocerse fiable y de fiar y, sobre todo necesitado de comunicación, con Dios y con los demás.
- **Jubileo es tiempo de oración para esperar a tiempo y a destiempo:** Orad en todo momento, a tiempo y a destiempo; sed pesados no con los hombres, sino con Dios: insistid en la oración, aunque parezca que Dios no os escucha, pero sí. Y dijo Jesús: “**cuando oréis hacello de esta manera: Padre que estás en los cielos, santificado se a tu nombre, venga tu reino, perdónanos como nosotros perdonamos, danos el pan de cada día, no nos dejes caer en el mal**”. Esto es el año Jubilar: buscar, llamar, pedir. Buscar su voluntad y no la nuestra, encontrar su rostro y su belleza, pedir lo que casi nadie pide: que nos dé su Espíritu.

- **Jubileo es tiempo de hospitalidad inoportuna:** Y añadió Jesús: “**Si una noche, vas a pedir pan a tu amigo y no te escucha ni te abre la puerta, no te quiere escuchar porque ya es muy tarde, es mala hora y molestas, tú insiste, sigue golpeando a la puerta, una y otra vez, que si no se levanta porque es tu amigo y necesitas de su ayuda, se levantará por lo pesado que eres, para que le dejes en paz y pueda seguir durmiendo, él y su familia**”. Luego, no tiréis la toalla, no os deis por vencidos en esto de la oración, sea de alabanza, acción de gracias, petición o adoración. Orad y Orad. Eso es el año Jubilar.
- **Jubileo es aprender a dar en abundancia, desvencijarse, pero nunca jubilarse:** quien pide recibe, al que llama se le abre, el que busca encuentra. Hay mayor júbilo en dar que en recibir. El año Jubilar es aprender a dar, a entregarse, no jubilarse nunca en la hospitalidad. San Juan de Dios muere **desvencijado**, más no jubilado.

Y, sobre todo, este Año Jubilar es, para nosotros, familia Hospitalaria, tiempo de “**doblete**”: En cualquier ámbito de la vida, pero, sobre todo, en cuestiones de fe, liturgia y homilias “**no conviene cansar al personal**”. Y si no eras partidario del Jubileo 2025 de la Esperanza, pues toma dos en un solo año: El Jubileo de la Iglesia universal de la Esperanza y el Jubileo de la Orden Hospitalaria en el 475 aniversario de la muerte de San Juan de Dios (+1550).

Pero ¡oh paradoja!, dice Pablo: “Hay que predicar a tiempo y a destiempo”. “Ay de mí si no evangelizara”. Luego, qué verdad hay en la sabiduría popular, pues “nunca llueve a gusto de todos”.

5. La Comisión del Jubileo está compuesta por las siguientes personas: Hno. José M^o. Bermejo de Frutos, Consejero Provincial, Presidente de la Comisión del Jubileo; D. Francisco Benavides Vázquez, Director del Archivo-Museo San Juan de Dios, “Casa de los Pisa”; D. José Luis Ramírez Domenech, Presidente de la hermandad del Santo Escapulario de San Juan de Dios; Dña. Ángeles C. López Tarida, miembro de la Comisión Provincial de Bioética; Hno. Juan José Hernández Torres, Rector de la Basílica de San Juan de Dios; Hno. Julián Sapiña Marín, Superior de la Comunidad del Hospital San Rafael de Granada; D. Adrián Contreras Guerrero, Profesor del departamento de Historia del Arte de la Facultad de Granada.

6.

11/

El Jubileo del 475 Aniversario de la muerte de San Juan de Dios: ¿Qué hacer en la Orden a lo largo este doble Año Jubilar?

Con motivo del Año Jubilar de San Juan de Dios, la Provincia de España ha nombrado una comisión para invitarnos a la preparación y celebración de este acontecimiento, la cual ha organizado una serie de actos que ofrece a todos los centros y comunidades para que sean difundidos instando a su participación⁵.

11/1

Una carta para animar: A inicios del año 2025 se envía una carta anunciando el Jubileo Hospitalario de la Esperanza Con motivo del 475 aniversario de la muerte de San Juan de Dios (1550-2025).

Estimados Hermanos y familia hospitalaria de la Orden de San Juan de Dios:

Como ya sabréis, este año 2025 conmemoramos el 475 aniversario de la muerte de San Juan de Dios (1495-1550) y por este motivo la Santa Sede nos ha concedido la celebración de Año Jubilar como anunció el Superior Provincial, **Hno. Amador Fernández**, el pasado 2 de diciembre, siendo la Basílica de San Juan de Dios de Granada, lugar donde descansan sus restos, sitio de culto. Dicho Año Jubilar, conforme a la comunicación de la Penitenciaría Apostólica de la Santa Sede, se iniciará el 1 marzo

de 2025, coincidiendo con la novena de San Juan de Dios, y concluirá el 8 de marzo de 2026,

Asimismo, coincide que la Iglesia Universal celebra el Año Jubilar de la Esperanza, y por esta razón, la Basílica de San Juan de Dios de Granada también será templo de peregrinación por este hecho. La Basílica de San Juan de Dios ha sido designada por la diócesis de Granada como uno de los Templos para ganar el jubileo. El mes de junio, la diócesis dedica el Año Santo a la misericordia y será celebrado de manera especial en nuestra Basílica.

11/2

Sentido del Jubileo de la muerte de San Juan de Dios.

Unidos al significado del jubileo “peregrinos de la esperanza”⁶ que establece la Iglesia para el 2025, la Orden Hospitalaria se une a este acontecimiento salvífico con un significado propio: Jubileo Hospitalario de la Esperanza, con motivo del 475 Aniversario de la muerte de San Juan de Dios: “Esperanza en la Hospitalidad al estilo de San Juan de Dios”, “esperanza que nunca se extingue”.

El año Jubilar para toda la familia hospitalaria quiere tener una doble finalidad:

- Animar a nuestras comunidades, centros, personas atendidas, colaboradores y sociedad, a vivir un “año de gracia y celebración”, invitando a visitar la basílica de San Juan de Dios de Granada y los lugares de la vida y obra de nuestro Fundador.
- Animar a la familia hospitalaria y a la sociedad en general, a profundizar en el conocimiento de la espiritualidad de San Juan de Dios y de la cultura de la hospitalidad, a través de las biografías y estudios del santo, el arte, la historia y la evangelización desde nuestro carisma.

La Orden invita a vivir un “Jubileo Hospitalario de la Esperanza”, centrado en la espiritualidad y la cultura de la hospitalidad

Con el fin de coordinar dicho jubileo el Definitorio Provincial ha constituido una comisión que se encargará de la organización de los diversos actos y celebraciones que tendrán lugar. El 23 de diciembre de 2024, la comisión constituida se reunió por primera vez en el Hospital de San Rafael de Granada. Así, pues, con la presente se invita a participar a toda la familia Hospitalaria de San Juan de Dios a los actos y ceremonias que se especifican conforme al calendario elaborado.

A) Calendario de celebraciones a nivel diocesano en coordinación con la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios en Granada:

- **Comienzo del Jubileo del 475 Aniversario de la muerte de San Juan de Dios:** 1 de marzo de 2025 en la Basílica de San Juan de Dios, primer día de una novena.
- **Cierre del Jubileo:** el 8 de marzo de 2026, festividad de San Juan de Dios.
- **Apertura oficial del Jubileo Muerte de San Juan de Dios.** Día 8 de marzo, 2025, a las 20.00 h.) Eucaristía en la Basílica de San Juan de Dios de Granada (presidida por D. José María Gil Tamayo, Arzobispo de Granada).
- **Triduo en la Catedral de Granada:** Días 5, 6 y 7 de marzo de 2025.
- **Procesión con las reliquias de San Juan de Dios a la Catedral:** Día 5 de marzo.
- **Procesión de las reliquias desde la Catedral a la Basílica de San Juan de Dios:** día 7 de marzo.
- **Elaboración de materiales didácticos hagiográficos e iconográficos en torno a la muerte de San Juan de Dios** a ofrecer a los centros y comunidades.
- **Conferencia “Vida y Muerte”** en San Juan de Dios desde el arte. (Lugar Hospital San Juan de Dios Granada).
- **Conferencia Itinerario espiritual de San Juan de Dios:** Cuesta de Gomérez, Casa de los Pisa, Hospital San Juan de Dios (De la “**Kenosis a la gloria**”), en Granada.
- **Celebración de una jornada de espiritualidad de San Juan de Dios:** primera quincena de junio, coordinada por el equipo de espiritualidad de la Provincia, dirigida principalmente a toda la familia Hospitalaria, en Granada.
- **Reunión de superiores de España,** segunda quincena de junio, 2025, en Granada.
- **Celebración del Jubileo en cada uno de los Centros de San Juan de Dios de España** a cargo y en coordinación con los equipos de Atención Espiritual y Religiosa, Voluntariado y Misión Compartida de cada uno de los centros de la Provincia, organizando actos litúrgicos o culturales puntuales: **1)** conferencias a nivel local, **2)** encuentros de oración a lo largo del año: los días ocho de cada mes, **3)** Posible representación de la muerte de San Juan de Dios, recreando un espacio concreto o compartiendo tiempo de reflexión y oración con textos y otros materiales específicos; **4)** invitación a toda la familia hospitalaria, centros y comunidades, a organizar peregrinaciones a Granada, si así lo consideran oportuno.

12/

Conclusión y aterrizaje: Un Jubileo que Transforma.

Y ahora nos toca aterrizar: ¿qué debemos seguir haciendo la Orden en este Año Jubilar de la muerte de San Juan de Dios, nuestro referente y Fundador?

7. A lo largo del año 2025, se han editado ya cinco fascículos sobre la muerte de san Juan de Dios, basados en obras de reconocidos escritores, artistas, escultores y pintores, los cuales han tenido una gran aceptación entre nuestro público. Destacamos los siguientes nombres: Navas Parejo Y Martín Simón, Juan de Sevilla, Dionisio Celi, Un Anónimo Granadino, Francisco Díaz Roncero.

Pues sencillamente, seguir su camino: cumplir con su misión, vocación o “**propósito**” mediante el cumplimiento y realización de lo que entre todos hemos decidido hacer y hemos ofrecido a los demás: Llevando a cabo las Declaraciones del último y reciente Capítulo General de la Orden, (Polonia, 2025):

- Profundizando en los ricos materiales que la Comisión del Jubileo de la Orden se nos ha ofrecido: lecturas y recreación de la vida y muerte de San Juan de Dios, tal como nos la presentan sus biógrafos, pintores, escultores o relatores de reconocido prestigio⁷
- Acercándonos a Granada con otra mirada, a lo largo del año jubilar
- Compromisos concretos y celebraciones en nuestros centros y comunidades: encuentros de oración y de fiesta
- Conversión personal, con o sin confesión, con o sin indulgencia, con o sin peregrinación, como decía un conocido hermano “**muy espiritual él**”, ya fallecido: “**Si Dios es Amor, ¿para qué quiero unción, confesión e indulgencia?**”
- Ayudando y dejándonos ayudar en el umbral de la IA, (“inteligencia artificial), sin perder la inteligencia natural y espiritual
- Volver a empezar y escuchar las llamadas del Jubel del siglo XXI que son muchas para iniciar una vida nueva, olvidando el pasado, por miseria o por excesiva acumulación, abusos o injusticias cometidas contra las personas, el pueblo o la comunidad
- Cancelar deudas, perdonar ofensas, volverlo a intentar, huyendo de grandes tentaciones derrotistas como: “**ya no se puede más**”, “**no hay nada que hacer**”, “**a punto de tirar la toalla**”, “**que hagan lo que quieran**”, “**que conmigo no cuenten**”, “**ya no estamos para inventos, ni cuentas ni cuentos**” ...

- Caminar hacia una sociedad del júbilo y del jubileo, del ocio y tiempo libre. Sí, pero sin perdernos en el “**no hacer nada**”, dedicando el tiempo y las fuerzas al solo “**criticar y holgar**”, sin nada que aportar

- Preguntarnos una y otra vez: ¿cuándo y cuánto he colaborado cada día en la felicidad y bienestar de mi hermano, comunidad, familia, compañero o profesional que, aunque no sea de los míos, si es de los nuestros?

- Vivir y morir como San Juan de Dios: “**desvencijados**” sí, más no jubilados y aburridos. El amor y la misericordia en forma de hospitalidad nunca jubilan ni se jubilan.

La noche está cayendo, el día ya está encima, pero todavía estamos a tiempo de la gracia, del jubilo, del agradecimiento, del perdón y del permiso para poder peregrinar, solos o en compañía de otros, que de todo nos hace falta un poco.

El jubileo no es para jubilarse, es para vivir con júbilo la vida y la fiesta del encuentro. Aburridos, no, por favor.

Vivirel Jubileo es viviren “**modo agradecimiento**” y celebrar la vida con intensidad, serenidad y oportunidad.

El **Papa León XIV**, tras la muerte de su predecesor Francisco, que convocó y abrió las puertas del Jubileo, será ahora el hombre, el creyente y el Pastor que ha generado tantas esperanzas en la Iglesia y fuera de ella, para llevar a término este evento. ¡Ojalá que el nuevo Papa no cierre las puertas a nadie, a nadie a nadie!

El Jubileo de la Esperanza, tanto en su dimensión universal como en la celebración propia de la Orden de San Juan de Dios, es una invitación a creer que otro mundo mejor es posible.

Un mundo donde la esperanza vence al desaliento, la solidaridad rompe el aislamiento y la hospitalidad acerca a Dios a los más abandonados.

Como escribió el Papa Francisco en la bula de convocatoria: “Que la luz de la esperanza cristiana pueda llegar a todas las personas, como mensaje del amor de Dios que se dirige a todos”. Que este tiempo de gracia renueve nuestros corazones y nos impulse a ser, como Juan de Dios, sembradores de esperanza donde más se necesita.

- A los colaboradores de la Orden os digo:

Sois herederos de una tradición de entrega y misericordia. En medio de las dificultades y el cansancio, recordad que vuestra labor es signo tangible de la esperanza que no defrauda. El Papa Francisco nos invita a no quedarnos quietos, porque “el agua estancada es la primera en corromperse”. La esperanza cristiana es dinámica: os impulsa a innovar, a acompañar, a consolar y a construir puentes de fraternidad. El Jubileo es una oportunidad para renovar vuestra vocación de servicio, desde la alegría del encuentro con el Señor en el rostro de los hermanos.

- A los enfermos y personas en situación de especial vulnerabilidad os recuerdo que:

La Iglesia os abraza con especial cariño en este Año Santo. Sabed que vuestro sufrimiento, lejos de ser ignorado, es valorado como camino de santidad y solidaridad. Juan de Dios os mira con ojos de esperanza y compasión. Hoy, la Orden que lleva su nombre y toda la comunidad cristiana os acompañan en el dolor y os ofrecen no solo asistencia, sino cercanía, respeto y dignidad. El Jubileo es también para vosotros una puerta que se abre a la esperanza, a la reconciliación y al amor de Dios que nunca os abandona.

Orando con la Bula de convocación del Jubileo ordinario del año 2025 “Spes non confundit”

1. “Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir

sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda”.

2. “Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos, ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar sus razones. Dejémosnos conducir por lo que el apóstol Pablo escribió precisamente a los cristianos de Roma”.

3. «Justificados, entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. [...] Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,1-2.5).

4. San Pablo es muy realista. Sabe que la vida está hecha de alegrías y dolores, que el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento.

5. Con todo, escribe: «Más aún, nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza» (Rm 5,3-4). Pero en tales situaciones, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene la evangelización es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo.

6. Y eso lleva a desarrollar una virtud estrechamente relacionada con la esperanza: la paciencia. Estamos acostumbrados a quererlo todo y de inmediato, en un mundo donde la prisa se ha convertido en una constante. Ya no se tiene tiempo para encontrarse, y

a menudo incluso en las familias se vuelve difícil reunirse y conversar con tranquilidad. La paciencia ha sido relegada por la prisa, ocasionando un daño grave a las personas. De hecho, ocupan su lugar la intolerancia, el nerviosismo y a veces la violencia gratuita, que provocan insatisfacción y cerrazón.

7. “Asimismo, en la era del internet, donde el espacio y el tiempo son suplantados por el “aquí y ahora”, la paciencia resulta extraña. Si aún fuésemos capaces de contemplar la creación con asombro, comprenderíamos cuán esencial es la paciencia. Aguardar el alternarse de las estaciones con sus frutos; observar la vida de los animales y los ciclos de su desarrollo”.
8. “Redescubrir la paciencia hace mucho bien a uno mismo y a los demás. San Pablo recurre frecuentemente a la paciencia para subrayar la importancia de la perseverancia y de la confianza en aquello que Dios nos ha prometido, pero sobre todo testimonia que Dios es paciente con nosotros, porque es «el Dios de la constancia y del consuelo» (Rm 15,5)”.
9. “Este entretejido de esperanza y paciencia muestra claramente cómo la vida cristiana es un camino, que también necesita momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús”.
10. “Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: «Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor» (Sal 27,14).

Oración de Francisco para el Jubileo 2025:

“Padre que estás en el cielo, la fe que nos has donado en tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano, y la llama de caridad infundida en nuestros

corazones por el Espíritu Santo, despierten en nosotros la bienaventurada esperanza en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio que fermenten la humanidad y el cosmos, en espera confiada de los cielos nuevos y de la tierra nueva, cuando vencidas las fuerzas del mal, se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza, el anhelo de los bienes celestiales y derrame en el mundo entero la alegría y la paz de nuestro Redentor.

A ti, Dios bendito eternamente, sea la alabanza y la gloria por los siglos”. Amén.

Oración a San Juan de Dios por su jubileo 2025:

San Juan de Dios, como tú decías cuando vivías, a ti me dirijo, en este Año jubilar de tu partida, hace ahora 475 años:

“Tan pobres y enfermos los viste, que te quebraron el corazón”

“Eran tantos los pobres, necesitados, débiles y frágiles, que como no los podías socorrer, estabas muy triste”,

Son tantos los centros, obras, personas y valores, colaboradores y nóminas y deudas que pagar, conflictos y problemas por doquier, que cualquiera hoy las afronta. Tú no sé. Son tantas las tensiones con las administraciones, gobiernos y entidades, que como no nos hagan caso, y no nos financien como debiera ser, no sabemos de nosotros, de tu Orden, que va a ser.

Son tantos los centros, dispositivos, servicios y proyectos, ámbitos o territorios, ¡que venga tu Dios a saber...!

Y como son tantas y tan complejas las muchas situaciones de la Orden Hospitalaria en el mundo,

en cualquiera de los países o regiones, dentro o fuera de nuestras fronteras, que necesitamos mucho ánimo, esperanza y comprensión de unos con otros, de dentro y de fuera.

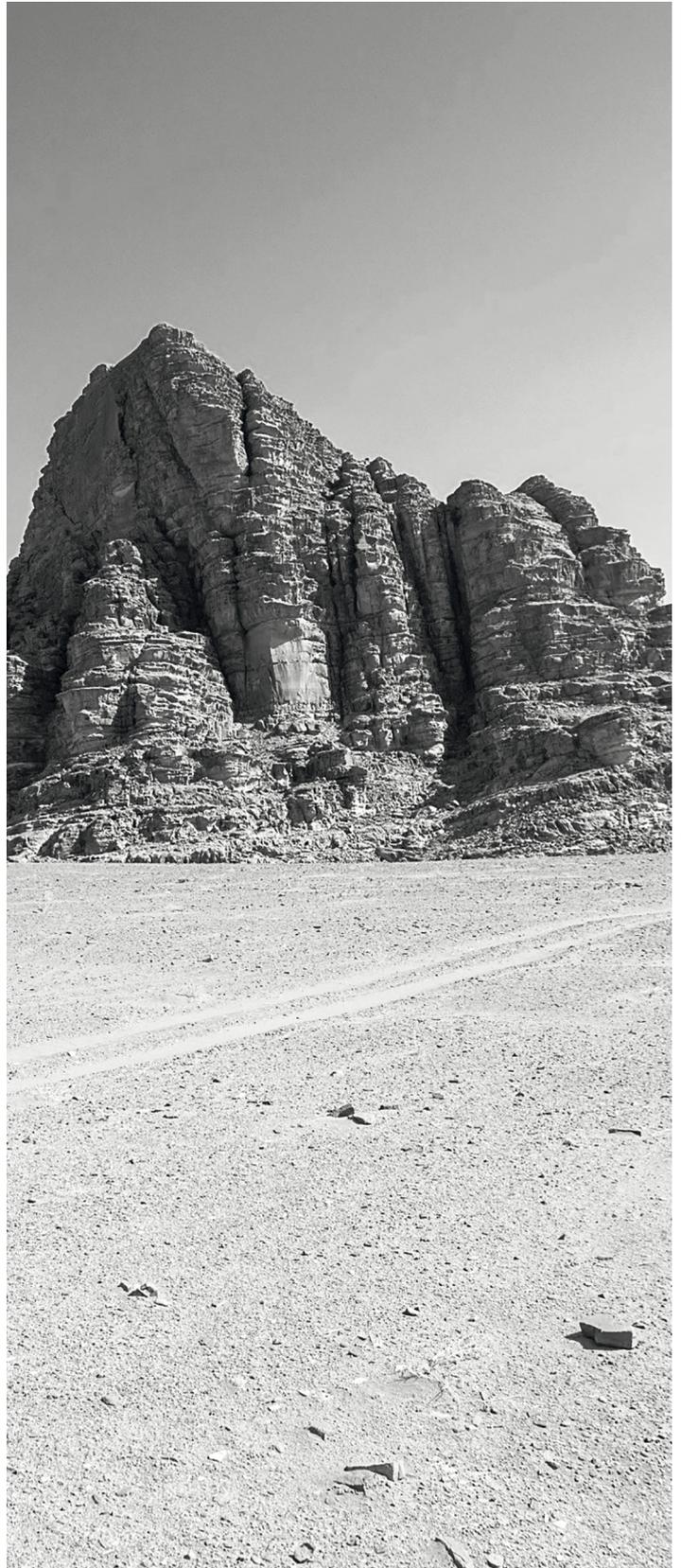
Y como somos tan pocos Hermanos, y mayores, y no hay vocaciones, y como disponemos de tantas estructuras de calado, centros tan complejos de gestionar, ¿tú quieres que hagamos Fundaciones? ¿O mejor que sigamos cómo estamos?

Juan de Dios: ayúdanos a encontrar luz ante esta paradoja del destino: a menos Hermanos, cada vez más Centros; a más centros, menos Hermanos y más conflictos, más estructuras y dispositivos en la Orden, más complejidad en la gestión, gobernanza y transmisión de tu Misión.

Juan de Dios: ¿Cómo debemos y podemos transmitir tus valores y tu fe a los más de los 40.000 colaboradores (trabajadores, voluntarios, bienhechores) de tu Orden en el mundo, de los cuales, más de 17.000 están en España, y **“que aquí han venido y han de venir”**, seleccionados o no, y comunicarles, que **“si aquí han de venir”** deben trabajar mucho y duro por el bien de los enfermos y pobres de tus centros en el siglo veintiuno?

Con otras palabras: ¿cómo evangelizar desde la hospitalidad, la humanización, la bioética, la espiritualidad y la calidad, cuando ya está a las puertas llamando, ya está aquí la IA (Inteligencia Artificial) que nos cuestiona y hace pensar todo lo dicho, organizado y celebrado en ese AJ (Año Jubilar)?

Y como no tenemos la solución, y no todo lo podemos socorrer ni solucionar, seguro que tú también lo estás, como nosotros estamos, muy preocupados y ocupados y un tanto tristes, ayúdanos a confiar en solo Jesucristo, que lo prevé todo. Y todo es todo. Amén.







03/

La esperanza en las Audiencias del Papa Francisco.

José Luis Méndez Jiménez,

Director del Departamento para la Pastoral de la Salud.
Subcomisión Episcopal para la Acción Caritativa y Social.
Conferencia Episcopal Española

El autor profundiza en la dimensión cristiana de la esperanza, especialmente en el contexto del Jubileo de la Esperanza 2025, inaugurado por el Papa Francisco. A través de sus catequesis y discursos, el Papa invita a redescubrir la esperanza como certeza activa, enraizada en la misericordia de Dios y en la persona de Cristo. La esperanza cristiana no es mero deseo u optimismo, sino la confianza firme en un destino de salvación que transforma la vida presente.

Aborda temas como la alegría en medio del sufrimiento, la oración como lugar privilegiado de esperanza, el testimonio de vida como instrumento de evangelización y la dimensión comunitaria de la esperanza. Asimismo, resalta el papel consolador de la Virgen María como Madre de esperanza.

El mensaje central es una exhortación a acoger este tiempo de gracia, sembrando esperanza en un mundo marcado por el dolor, la fragilidad y la incertidumbre.

Palabras clave: Esperanza cristiana, Jubileo 2025, Papa Francisco, Misericordia, Consuelo.

The author delves into the Christian dimension of hope, particularly in the context of the Jubilee 2025, "Pilgrims of Hope", inaugurated by Pope Francis. Through his catecheses and discourses, the Pope invites us to rediscover hope as an active certainty, rooted in the mercy of God and in the person of Christ. Christian hope is not mere desire or optimism; rather, it is the firm confidence in a destiny of salvation that transforms the present life.

He addresses topics such as joy amidst suffering, prayer as the privileged place of hope, the testimony of life as an instrument of evangelisation and the communal dimension of hope. Likewise, he highlights the consoling role of the Virgin Mary as Mother of Hope.

The core message is an exhortation to embrace this time of grace, sowing hope in a world marked by pain, fragility and uncertainty.

Key words: Christian hope, Jubilee 2025, Pope Francis, Mercy, Consolation

LH n.342

En este año jubilar, que el **Papa Francisco** nos ha regalado antes de irse a la casa del Padre, nos lleva a considerar que somos “**peregrinos de esperanza**”. En la Nochebuena de 2024, en vísperas de la Navidad, el **Papa Francisco** abrió la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, iniciando oficialmente el Jubileo de la Esperanza 2025. En la ceremonia, el Santo Padre aseguró que al comenzar este año jubilar

“Entramos en el tiempo de la misericordia y del perdón, para que se revele a todo hombre y a toda mujer el camino de la esperanza que no defrauda [...]”

Con la apertura de la Puerta Santa damos inicio a un nuevo Jubileo. Cada uno de nosotros puede entrar en el misterio de este anuncio de gracia [...] Para acoger este regalo, estamos llamados a ponernos en camino con el asombro de los pastores de Belén. El Evangelio dice que ellos, habiendo recibido el anuncio del ángel, ‘fueron rápidamente’. Esta es la señal para recuperar la esperanza perdida: renovar la dentro de nosotros, sembrarla en las desolaciones de nuestro tiempo y de nuestro mundo rápidamente”.

Y queremos hacer este camino de adentrarnos en el misterio de la misericordia de la mano del Papa Francisco.

Se trata de una invitación a adentrarnos en el misterio de gracia, de crecer en la intimidad con el Señor en la oración. Sólo así

“Cuanto más enraizados estamos en Cristo, cuanto más cercanos estamos a Jesús, más encontramos la serenidad interior”¹

y podremos ser instrumentos de esperanza, de alegría y consuelo para nuestros enfermos. Para ayudarles a ellos, y a cuantos les cuidan, a vivir este tiempo especial de gracia tendremos que dejarnos inundar de la Misericordia del

“Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros seamos capaces de consolar a los que se encuentran en cualquier tribulación, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios. Porque, así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así abunda también nuestra consolación por medio de Cristo. Pues, si somos atribulados, es para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, es para vuestro consuelo, que muestra su eficacia en la paciencia con que soportáis los mismos sufrimientos que nosotros. Y es firme nuestra esperanza acerca de vosotros, porque sabemos que, así como sois solidarios en los padecimientos, también lo seréis en la consolación”².

1. Papa Francisco, Homilía del III Domingo de Adviento de 2017.

2. II Cor 1, 3-7.

1/

De qué esperanza hablamos.

Cuando se habla de esperanza ¿de qué estamos hablando?

“Podemos ser llevados a entenderla según la acepción común del término, es decir en referencia a algo bonito que deseamos, pero que puede realizarse o no. Esperamos que suceda, es como un deseo. Se dice, por ejemplo: “¡Espero que mañana haga buen tiempo!”, pero sabemos que al día siguiente sin embargo puede hacer malo (...)

La esperanza cristiana no es así. La esperanza cristiana es la espera de algo que ya se ha cumplido; está la puerta allí, y yo espero llegar a la puerta. ¿Qué tengo que hacer? ¿Caminar hacia la puerta! Estoy seguro de que llegaré a la puerta. Así es la esperanza cristiana: tener la certeza de que yo estoy en camino hacia algo que es, no que yo quiero que sea” (Audiencia, 1-II-2017).

Esperanza la referimos muchas veces a lo que no está en el poder del hombre y que no es visible.

“De hecho, lo que esperamos va más allá de nuestras fuerzas y nuestra mirada. Pero el Nacimiento de Cristo, inaugurando la redención, nos habla de una esperanza distinta, una esperanza segura, visible y comprensible, porque está fundada en Dios. Él entra en el

mundo y nos dona la fuerza para caminar con Él: Dios camina con nosotros en Jesús, y caminar con Él hacia la plenitud de la vida, nos da la fuerza para estar de una manera nueva en el presente, a pesar de exigir esfuerzo. Esperar para el cristiano significa la certeza de estar en camino con Cristo hacia el Padre que nos espera. La esperanza jamás está detenida, la esperanza siempre está en camino y nos hace caminar. Esta esperanza, que el Niño de Belén nos dona, ofrece una meta, un destino bueno en el presente, la salvación para la humanidad, la bienaventuranza para quien se encomienda a Dios misericordioso.

San Pablo resume todo esto con la expresión: “En la esperanza hemos sido salvados” (Rom 8,24). Es decir, caminando de este modo, con esperanza, somos salvados. Y aquí podemos hacernos una pregunta, cada uno de nosotros: ¿yo camino con esperanza o mi vida interior está detenida, cerrada? ¿Mi corazón es un cajón cerrado o es un cajón abierto a la esperanza que me hace caminar, no solo, sino con Jesús?” (Audiencia, 21-XII-2016).

Una esperanza que me permite superar las dificultades, aunque no las hace desaparecer.

“Los cristianos, en el combatir el mal, no se desesperan. El cristianismo cultiva una incurable confianza: no cree que las fuerzas negativas y disgregantes puedan prevalecer. La última palabra sobre la historia del hombre no es el odio, no es la muerte, no es la guerra. En todo momento de la vida nos ayuda la mano de Dios, y también la discreta presencia de todos los creyentes que «nos han precedido con el signo de la fe» (Canon Romano)” (Audiencia, 21-VI-2017).

LH n.342

2/

Alegría y esperanza.

“Sabemos bien que el gran mandamiento que nos ha dejado el Señor Jesús es el de amar: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente y amar al prójimo como a ti mismo (cf. Mateo 22,37-39), es decir estamos llamados al amor, a la caridad: y esta es nuestra vocación más alta, nuestra vocación por excelencia; y a esta está unida también la alegría de la esperanza cristiana. Quien ama tiene la alegría de la esperanza, de llegar a encontrar el gran amor que es el Señor” (Audiencia, 15-III-2017).

El Apóstol San Pablo no dejaba de exhortar a la alegría: “Estad alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación; constantes en la oración” (Rm 12,12) y nos daba el motivo: la cercanía del Señor. “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres” (Flp 4, 4).

“En una vida tan atormentada como era la suya, una vida llena de persecuciones, de hambre, de sufrimientos de todo tipo, sin embargo, una palabra clave queda siempre presente: «gaudete». Nace aquí la pregunta: ¿es posible ordenar la alegría? La alegría, quisiéramos decir, llega o no llega, pero no puede ser impuesta como un deber. (...) El motivo del por qué Pablo con todos sus sufrimientos, con todas sus tribulaciones sólo podía decir a los demás «gaudete»: lo podía decir porque en él mismo la alegría era presente «gaudete, Dominus enim prope est».

Si el amado, el amor, el más grande don de mi vida, me es cercano, si puedo estar convencido que quien me ama está cerca de mí, aunque esté afligido, queda en el fondo del corazón la alegría que es más grande que todos los sufrimientos. El apóstol puede decir «gaudete» porque el Señor está cerca a cada uno de nosotros. Y así este imperativo, en realidad, es una invitación a darse cuenta de la presencia del Señor en nosotros. Es la conciencia de la presencia del Señor. El apóstol busca hacernos conscientes de esta presencia de Cristo - escondida pero bastante real - en cada uno de nosotros”³.

“Esto que el apóstol Pablo nos ha recordado es el secreto -uso sus palabras- para estar «con la alegría de la esperanza», porque sabemos que, en toda circunstancia, también en la más adversa, y también a través de nuestros mismos fracasos, el amor de Dios nunca falla. Y entonces, con el corazón visitado y habitado por su gracia y su fidelidad, vivimos en la alegre esperanza de corresponder a los hermanos” (Audiencia, 15-III-2017).

Una esperanza marcada por una alegría que hemos de pedir y Él nos concederá, como nos ha prometido:

“Os volveré a ver y se os alegrará el corazón, y nadie os quitará vuestra alegría” (Jn 16, 22).

Nuestra alegría se sostiene sobre esta certeza. Si en cada momento se esconde algo propio y valioso, la alegría anticipada de algo aún mayor que está por venir hace aún más valioso el presente y nos impulsa como con una

1. Benedicto XVI, Meditación improvisada después del rezo de la Hora Tercia 4 octubre 2005.

4. Benedicto XVI, Encíclica *Spe salvi*, 38.

5. Benedicto XVI, Discurso a participantes de las XXVII Conferencia Internacional del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud, 17-XI-2012.

fuerza invisible más allá de los momentos. Es la forma propiamente cristiana de esperar y tener esperanza. Una esperanza marcada por el consuelo de su presencia.

“Solamente mirando el amor de Dios que da a su Hijo el cual ofrece su vida por nosotros, puede indicar algún camino de consolación. Y por esto decimos que el Hijo de Dios ha entrado en el dolor de los hombres; ha compartido y ha acogido la muerte; su Palabra es definitivamente palabra de consolación, porque nace del llanto. Y sobre la cruz será Él, el Hijo moribundo, quien done una nueva fecundidad a su madre, dejándola en manos del discípulo Juan y haciéndola madre del pueblo de los creyentes. La muerte ha sido vencida, y así llega al cumplimiento de la profecía de Jeremías. También las lágrimas de María, como las de Raquel, han generado esperanza y nueva vida” (Audiencia, 4-I-2017).

Por tanto,

“Dejemos que la esperanza venza a nuestros temores. Fiarse de Dios quiere decir entrar en sus diseños sin pretender nada, también aceptando que su salvación y su ayuda lleguen a nosotros de forma diferente de nuestras expectativas. Nosotros pedimos al Señor vida, salud, afectos, felicidad; y es justo hacerlo, pero en la conciencia de que Dios sabe sacar vida incluso de la muerte, que se puede experimentar la paz también en la enfermedad, y que puede haber serenidad también en la soledad y felicidad también en el llanto. No somos nosotros los que podemos enseñar a Dios lo que debe hacer, es decir lo que necesitamos. Él lo sabe mejor que nosotros, y tenemos

que fiarnos, porque sus caminos y sus pensamientos son muy diferentes a los nuestros [...]. Sin resignaciones fáciles, haciendo todo lo que está en nuestras posibilidades, pero siempre permaneciendo en el camino de la voluntad del Señor” (Audiencia, 25-I-2017).

El mal no triunfará para siempre, hay un fin al dolor, al sufrimiento y la desesperanza será vencida.

“También el sufrimiento forma parte de la existencia humana [...]. Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que -lo vemos- es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella”⁴.

La enfermedad es también camino de esperanza. Los enfermos son fuente de una gran esperanza para el mundo.

“Una última palabra deseo reservaros a vosotros, queridos enfermos. Vuestro silencioso testimonio es un signo eficaz e instrumento de evangelización para las personas que os atienden y para vuestras familias, en la certeza de que ninguna lágrima, ni de quien sufre ni de quien está a su lado, se pierde delante de Dios. Vosotros sois los hermanos de Cristo paciente, y con El, si queréis, salváis al mundo”⁵.

LH n.342

No estáis solos ni abandonados ni sois inútiles, sois los llamados por Cristo, su viva y transparente imagen⁶.

3/

La oración, lugar de esperanza.

“Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme -cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar-, Él puede ayudarme. Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo. De sus trece años de prisión, nueve de los cuales, en aislamiento, el inolvidable Cardenal Nguyen Van Thuan nos ha dejado un precioso opúsculo: Oraciones de esperanza. Durante trece años en la cárcel, en una situación de desesperación aparentemente total, la escucha de Dios, el poder hablarle, fue para él una fuerza creciente de esperanza, que después de su liberación le permitió ser para los hombres de todo el mundo un testigo de la esperanza, esa gran esperanza que no se apaga ni siquiera en las noches de la soledad”⁷.

En la huida de **Jonás**,

“Durante la travesía en el mar, se desencadena

una gran tormenta, y Jonás baja a la bodega del barco y se duerme. Los marineros, sin embargo, viéndose perdidos, «se pusieron a invocar cada uno a su dios»: eran paganos (Jonás 1, 5). El capitán del barco despierta a Jonás diciéndole: «¿Qué haces aquí dormido? ¡Levántate e invoca a tu dios! Quizás Dios se preocupe de nosotros y no perezcamos» (Jonás 1, 6) [...]

Las reacciones de estos “paganos” es la justa reacción ante la muerte, ante el peligro; porque es entonces que el hombre hace experiencia completa de la propia fragilidad y de la propia necesidad de salvación. El horror instintivo de morir desvela la necesidad de esperar en el Dios de la vida.

«Quizás Dios se preocupe de nosotros y no perezcamos»: son las palabras de la esperanza que se convierten en oración, esa súplica llena de angustia que sale de los labios del hombre ante un inminente peligro de muerte”
(Audiencia, 18-I-2017).

Acudir a la oración de petición a Dios, nuestro Padre y superar las resistencias a

“Dirigirnos a Dios ante la necesidad como si fuera sólo una oración interesada, y por eso imperfecta. Pero Dios conoce nuestra debilidad, sabe que nos acordamos de Él para pedir ayuda, y con la sonrisa indulgente de un padre responde benévolamente [...]

La esperanza, que les había llevado a rezar para no morir, se revela aún más poderosa y obra una realidad que va incluso más allá de lo que ellos esperaban: no solo no perecen durante

6. Cf. Concilio Vaticano II, Mensaje a los pobres, a los enfermos y a todos los que sufren, 8 de diciembre de 1965.

7. Benedicto XVI, Encíclica Spe salvi, 32.

La oración es escuela de esperanza: en la soledad o la dificultad, quien reza nunca está solo y descubre en Dios fuerza y consuelo

la tempestad, sino que se abren al reconocimiento del verdadero y único Señor del cielo y de la tierra. [...]

Sucesivamente, también los habitantes de Nínive, ante la perspectiva de ser destruidos, rezarán, impulsados por la esperanza en el perdón de Dios. Harán penitencia, invocarán al Señor y se convertirán a Él, empezando por el rey, que, como el capitán de la nave, da voz a la esperanza diciendo: «¡Quizás vuelva Dios y se arrepienta, [...] y no perezcamos!» (Jonás 3, 9). [...]

Que el Señor nos haga entender esta unión entre oración y esperanza. La oración te lleva adelante en la esperanza y cuando las cosas se vuelven oscuras, ¡se necesita más oración! Y habrá más esperanza” (Audiencia, 18-I-2017).

4/

Testigos de esperanza.

“La esperanza cristiana no tiene solo una respiración personal, individual, sino comunitaria, eclesial. Todos nosotros esperamos; todos nosotros tenemos esperanza, incluso comunitariamente. Por esto, la mirada se extiende enseguida desde Pablo a todas las realidades que componen la comunidad cristiana, pidiéndolas que recen las unas por las otras y que se apoyen mutuamente (cf. 1Ts 5, 12-22). Ayudarnos mutuamente. Pero no solo ayudarnos ante las necesidades, en las muchas necesidades de la vida cotidiana,

sino en la esperanza, ayudarnos en la esperanza [...] Llamados a alimentar la esperanza” (Audiencia, 8-II-2017).

Ayudarnos a llevar los unos las cargas de los otros son camino de esperanza.

“El mismo Apóstol de las gentes, en la Carta a los Romanos, afirma con el corazón en la mano: «Nosotros, los fuertes -que tenemos la fe, la esperanza, o no tenemos muchas dificultades- debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, y no buscar nuestro propio agrado» (15, 1)

Llevar, llevar las debilidades de otros. Este testimonio después no permanecerá cerrado dentro de los confines de la comunidad cristiana: resuena con todo su vigor incluso fuera, en el contexto social y civil, como un llamamiento a no crear muros sino puentes, a no recambiar el mal con el mal, a vencer al mal con el bien, la ofensa con el perdón -el cristiano nunca puede decir: ¡me la pagarás!, nunca; esto no es un gesto cristiano; la ofensa se vence con el perdón-, a vivir en paz con todos. ¡Esta es la Iglesia!

Y esto es lo que obra la esperanza cristiana, cuando asume las líneas fuertes y al mismo tiempo tiernas del amor (...)

Se comprende entonces que no se aprenda a esperar solos. Nadie aprende a esperar solo. No es posible.

La esperanza, para alimentarse, necesita un “cuerpo”, en el cual los varios miembros se sostienen y se dan vida mutuamente.

Esto entonces quiere decir que, si esperamos, es porque muchos de nuestros hermanos y hermanas nos han enseñado a esperar y han mantenido viva nuestra esperanza” (Audiencia, 8-II-2017).

LH n.342

Dar esperanza con el testimonio de nuestra propia vida.

“He aquí entonces por qué el apóstol nos aconseja dar razón de la esperanza que hay en nosotros (cf 1 P 3, 16): nuestra esperanza no es un concepto, no es un sentimiento, no es un móvil, ¡una montaña de riquezas! Nuestra esperanza es una Persona, es el Señor Jesús que reconocemos vivo y presente en nosotros y en nuestros hermanos, porque Cristo ha resucitado [...]. De esta esperanza no se debe tanto dar razón a nivel teórico, de palabra, sino sobre todo con el testimonio de la vida, y que esto sea tanto dentro de la comunidad cristiana, como fuera de ella” (Audiencia, 5-IV-2017).

Los pequeños, los sometidos a diversas pruebas, como los enfermos, son testigos privilegiados de esperanza.

No conoce la esperanza quien se cierra en la propia gratificación, quien se siente siempre bien...; quienes esperan son en cambio los que experimentan cada día la prueba, la precariedad y el propio límite. Estos son nuestros hermanos que nos dan el testimonio más bonito, más fuerte, porque permanecen firmes en su confianza en el Señor, sabiendo que, más allá de la tristeza, de la opresión y de la ineluctabilidad de la muerte, la última palabra será suya, y será una palabra de misericordia, de vida y de paz. Quien espera, espera sentir un día esta palabra:

“Ven, ven a mí, hermano; ven, ven a mí, hermana, para toda la eternidad” (Audiencia, 8-II-2017).

“Quien experimenta en su propia vida el amor fiel de Dios y su consolación es capaz, es más, tiene el deber de estar

cerca de los hermanos más débiles y hacerse cargo de su fragilidad.

Si nosotros estamos cerca del Señor tendremos esa fortaleza para estar cerca de los más débiles, de los más necesitados y consolarles y darles fuerza. Esto es lo que significa. Esto nosotros lo podemos hacer sin autocomplacencia, sintiéndose simplemente como un “canal” que transmite los dones del Señor; y así se convierte concretamente en un sembrador de esperanza.

Esto es lo que el Señor nos pide, con esa fuerza y esa capacidad de consolar y ser sembradores de esperanza. Y hoy es necesario sembrar esperanza, pero no es fácil...” (Audiencia, 22-III-2017).

5/

Un llamamiento a la esperanza.

La esperanza no es mero optimismo voluntarista.

“¡El optimismo defrauda, la esperanza no! La necesitamos mucho, en estos tiempos que aparecen oscuros, donde a veces nos sentimos perdidos frente al mal y la violencia que nos rodea, frente al dolor de tantos hermanos nuestros. ¡Necesitamos esperanza! Nos sentimos perdidos y también un poco desanimados, porque nos sentimos impotentes y nos parece que esta oscuridad no se acabe nunca” (Audiencia, 7-XII-2016).

“Pero no hay que dejar que la esperanza nos abandone porque Dios con su amor camina con nosotros. «Yo espero porque Dios camina conmigo»: esto podemos decirlo todos. Cada uno de nosotros puede decir: «Yo espero, tengo esperanza, porque Dios camina conmigo». Camina y me lleva de la mano. Dios no nos deja solos y el Señor Jesús ha vencido al mal y nos ha abierto el camino de la vida” (Audiencia, 7-XII-2016).

Para vivir anclados en la esperanza hemos de poner el corazón en la gran esperanza.

“A la esperanza en un Señor de la vida que con su Palabra ha creado el mundo y conduce nuestras existencias, se contraponen la confianza en ídolos mudos. Las ideologías con sus afirmaciones de absoluto, las riquezas -y esto es un gran ídolo-, el poder y el éxito, la vanidad, con su ilusión de eternidad y de omnipotencias, valores como la belleza física y la salud, cuando se convierten en ídolos a los que sacrificar cualquier cosa, son todo realidades que confunden la mente y el corazón, y en vez de favorecer la vida conducen a la muerte” (Audiencia, 11-I-2017).

6/

María, Estrella de la esperanza.

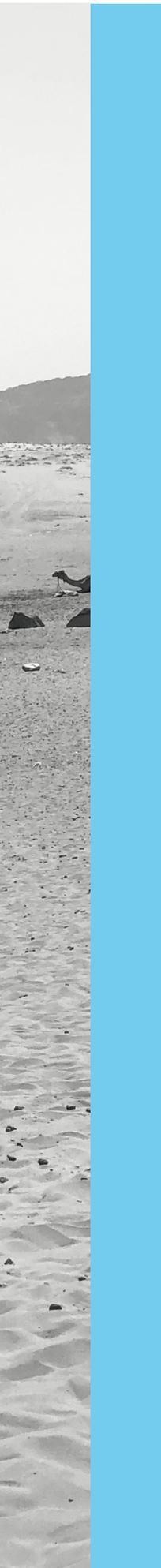
“María aparece en los Evangelios como una mujer silenciosa, que a menudo no comprende todo lo que le ocurre alrededor, pero que medita cada palabra y

acontecimiento en su corazón. En esta disposición hay un rasgo bellissimo de la psicología de María: no es una mujer que se deprime ante las incertidumbres de la vida, especialmente cuando nada parece ir en la dirección correcta. [...]

Es una mujer que escucha: no os olvidéis de que siempre hay una gran relación entre la esperanza y la escucha, y María es una mujer que escucha. María acoge la existencia tal y como se nos entrega, con sus días felices, pero también con sus tragedias con las que nunca querríamos habernos cruzados. Hasta la noche suprema de María, cuando su Hijo está clavado en el madero de la cruz. [...]

La volveremos a encontrar en el primer día de la Iglesia, Ella, madre de esperanza, en medio de esa comunidad de discípulos tan frágiles: uno había renegado, muchos habían huido, todos habían tenido miedo (cf. **Hechos de los Apóstoles 1, 14**). Pero Ella simplemente estaba allí, en el más normal de los modos, como si fuera una cosa completamente normal: en la primera Iglesia envuelta por la luz de la Resurrección, pero también de los temblores de los primeros pasos que debía dar en el mundo. Por esto todos nosotros la amamos como Madre. No somos huérfanos: tenemos una Madre en el cielo, que es la Santa Madre de Dios. Porque nos enseña la virtud de la espera, incluso cuando todo parece sin sentido: Ella siempre confiada en el misterio de Dios, también cuando Él parece eclipsarse por culpa del mal del mundo. Que, en los momentos de dificultad, María, la Madre que Jesús nos ha regalado a todos nosotros, pueda siempre sostener nuestros pasos, pueda siempre decir a nuestro corazón: “¡levántate!, mira adelante, mira el horizonte”, porque Ella es Madre de esperanza” (Audiencia, 10-V-2017).





04/

La esperanza

que somos, recibimos y damos.

Nurya Martínez-Gayol Fernández, ACI,

Profesora adjunta Facultad de Teología.
Universidad Pontificia Comillas. Madrid

En este artículo, la autora dirige nuestra atención, en primer lugar, a la dimensión antropológica de la esperanza. Una esperanza contemplada como un elemento constitutivo de nuestra naturaleza, como algo innato, esperanza natural, pero que aguarda nuestra decisión y acción para convertirse en una gran posibilidad en nuestra existencia: la virtud de la esperanza.

Posteriormente, analiza cómo la gracia actúa en nuestra naturaleza y cómo, al abrirnos a ella y acogerla, puede transformar nuestros deseos más profundos y llevarnos más allá de nuestras propias posibilidades: la esperanza teológica.

Para terminar, muestra por qué esta esperanza, a pesar de las apariencias, cuando se abre a los otros, no defrauda; y cómo los lugares de sufrimiento y dolor, ruptura y disminución se convierten en los espacios más propios de la emergencia de esta esperanza.

Palabras clave: Espera, Virtud, Esperanza teológica.

In this article, the author initially directs our attention to the anthropological dimension of hope. Hope is contemplated as a component forming part of our nature, as something inborn – natural hope – which, nevertheless, awaits our decision and action in order to become a great possibility in our existence: the virtue of hope.

She then analyses how grace acts upon our nature and how, when we open ourselves to it and embrace it, it can transform our deepest desires and lead us beyond our own possibilities: theological hope.

To conclude, she shows why – despite appearances – when it opens itself to others, this hope does not disappoint; and how places of suffering and pain, of rupture and diminishment, become the most fitting spaces for the emergence of this hope.

Key words: Expectation, Virtue, Theological hope

LH n.342

Spes non confundit es el título que el **Papa Francisco** dio a la Bula de convocación de este año Jubilar, con el deseo de avivar la esperanza en un mundo tan desesperanzado como el nuestro y donde parece todo, menos evidente, que nuestra esperanza no quede defraudada.

Así lo afirmaba también Pablo escribiendo a la comunidad de Roma y esgrimiendo sus razones:

“La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (Rm 5,5).

Es el amor de Dios que nos ha sido dado en Cristo Jesús, el que fundamenta esta certeza; ese amor del que también afirma que “**nada podrá separarnos**” (Rm 8, 39).

No se trata de ingenuidad. Pablo sabe que el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento. Pero paradójicamente la pequeña esperanza encuentra en medio de estas situaciones su humus. Allí donde todo parece más oscuro, más lleno de sinsentido, comienza a parpadear tenue, pero persistentemente, la luz de la esperanza.

Por esta razón, en el marco de este monográfico sobre la esperanza en una revista cuyos destinatarios se mueven en el mundo de la salud, creo

que tiene sentido preguntarnos por esa esperanza que resiste “**contra toda esperanza**”, aún en medio del dolor, de la incertidumbre, de la pérdida de sentido y del desespero.

01/

La esperanza nos constituye.

Somos seres expectantes, esperantes. Antropológicamente el ser humano es **apertura**, y por ello hay una tendencia a la alteridad que nos caracteriza. **Bloch (1975,16)** definió insuperablemente al hombre al afirmar que es un ser que aspira, que se proyecta hacia el futuro, y es capaz también de anticiparlo. La esperanza en este sentido es un **existencial antropológico que particulariza nuestra humanidad**.

La vulnerabilidad es otra de las notas características del ser humano. Esta, más allá de hacerlo susceptible de herir y de ser herido, nos habla también de su flexibilidad, de su condición **inacabada**. El ser humano está siempre en camino, en construcción.

No es, sino va siendo. Pero tanto para realizarse en su **apertura** constitutiva, como en la condición relacional que se sigue de esta, precisa de la **libertad**. No sólo la libertad electiva, sino la libertad entitativa, entendida como la capacidad de autodeterminarse hacia un fin, aquel que daría sentido y significado a su existencia (**K. Rahner**).

Porque puede dirigirse hacia esa meta, porque está capacitado para ir construyendo su mismidad en la dirección de este fin, y porque puede proyectarse y anticiparlo, el ser humano es un ser expectante. Ahora bien, esa meta, o ese futuro al que aspira y hacia el que se proyecta,

puede estar simplemente dentro de la historia o puede trascenderla. Hacerlo, es una cuestión que compete a su libertad.

Pero hay situaciones límite en su vida (véase la enfermedad, o la muerte) que lo ponen en la disyuntiva de asumir su finitud, y conformarse con lo que dan de sí sus capacidades naturales y el tiempo histórico que dura su existencia (finitud, pero autonomía), o puede decidir, con su libertad, apostar por lo que le puede ser dado, regalado: un futuro más allá de la muerte y, entonces, abrirse a recibir este don por el que parece clamar todo su ser.

De ahí que la esperanza se revele como algo constitutivo (espera), pero al mismo tiempo como algo que exige un compromiso personal y, como tal, implica nuestro querer y libertad (**virtud humana**). La esperanza es algo natural, una dimensión que todos compartimos, pero también un reto en el que hemos de elegir participar, y por último un don, que es preciso acoger (**esperanza teologal**).

Admitir que al hablar de esperanza estamos ante una **estructura antropológica** quiere decir que no se trata de una emoción pasajera o una actitud opcional, sino de algo sin lo que nuestra humanidad no estaría plena, y que forma parte de nuestro **modo de ser-en-el-mundo** en tanto humanos, como lo son la temporalidad o la corporalidad, con las que está íntimamente relacionada.

Y si el ser humano es un ser **proyectivo**, esto es, orientado hacia el futuro, hacia lo que aún no es, pero puede llegar a ser, entonces habrá que admitir que esta orientación no es accidental, sino esencial, y que la esperanza es también una **estructura ontológica**, una **forma de ser** en el mundo y de relacionarse con él y que es dinámica, pues impulsa a actuar y a transformar la realidad.

1/1

La esperanza natural

El ingrediente más básico y esencial de la esperanza humana es la **espera**, comprendida como una capacidad innata para anticipar y desear un futuro mejor (**hábito entitativo**). En ella se actualiza y manifiesta nuestra condición temporal. Se trata de una necesidad vital, cuya forma primaria es el proyecto. **La espera humana es en esencia la explícita o implícita elaboración de un proyecto** y la respuesta a la pregunta que lleva en sí ese proyecto (**Lain Entralgo, 2025: 220**).

Así pues, la espera nos habla del modo en el que el hombre se dirige hacia el futuro. Pero en tanto el ser humano es un fragmento del cosmos, su espera está referida al futuro de este.

Somos parte del todo del universo y el futuro de ese todo necesariamente nos afecta. Sin alguna previsión de ese futuro no hay vida humana posible, pero un futuro totalmente previsto, sería un contrasentido, por lo tanto, la vida humana discurre en una necesaria **tensión entre la seguridad de la perduración del universo y el temor y sus creencias acerca de un fin del mundo más o menos próximo**.

1/2

Dimensión corporal de la espera humana

La espera humana se sitúa en este marco. El hombre es el único animal que no se resigna con lo dado o con lo que puede tocar, medir y pesar. Cuando la realidad impone sus condiciones limitadoras, se alza en el ser humano la protesta, la negación de lo negativo y el sueño de un lugar donde serían posibles sus más añorados proyectos. La espera se torna indignada.

Se trata de la espera real y física de un individuo psicosomático, por esta razón la **esperanza humana tiene una biología e implica a nuestro cuerpo**, y no precisamente como prisión, sino

LH n.342

como **cauce y condición** de posibilidad de nuestra esperanza. A diferencia de la espera animal, la humana es capaz desde sí misma, de renunciar a las satisfacciones instintivas que el medio le brinda y su cuerpo apetece (**suprainstintiva**); de esperar eventualidades absolutamente ajenas a lo que sería propio en la situación en la que se encuentra (**suprasituacional**) y de optar en medio de una situación determinada entre un indefinido número de posibilidades diversas (**indefinida**).

Esto último se debe a su capacidad de **hacerse cargo de la situación**, para lo cual precisa de la inteligencia, con la que ordena las infinitas posibilidades que le ofrecen. Pero, al hacerlo, rompe la cerrada relación que mantiene el animal con su medio, y ha de vivir esa situación desde fuera de ella, convirtiéndose en un **animal descentrado por su inteligencia y biológicamente inseguro**, pues, si la espera del animal se ajusta siempre al medio, la del ser humano ha de elegir una sola posibilidad, bien proceda de las que le brinda la situación, o bien inventada, y proyectarla hacia el futuro. De ahí que **la forma propia de la espera humana sea el proyecto (Ibid., 94)**.

Si nos preguntamos qué rol juega el cuerpo en la espera, nos vamos a encontrar con un complejo **sistema neuroendocrino** que hace biológicamente posible y ordenada la actividad de proyectar, y regula las **actividades biológicas** que sostienen el ejercicio de la espera humana: apetito vital de futuro, tono vital, tensión entre expectación y memoria, inhibición de la ansiedad y la angustia, etc. (**Ibid. 95-99**).

El hecho de que **la espera humana tenga una fisiología** se observa cotidianamente en la relación entre el estado del cuerpo y la capacidad de esperar. Los momentos de bienestar somático y en los que el medio es favorable mueven a vivir más esperanzadamente que otros, en los que la esperanza parece palidecer. Incluso podríamos hablar de una cierta patología de la esperanza. El momento del ciclo vital en el que se esté viviendo también provoca más o menos facilidad en el ejercicio de la espera (juventud, ancianidad), y

la personal disposición para esperar parece estar en clara relación con el estado de salud. Incluso parece darse una relación psicológica entre la peculiar temporalidad del flujo de ideas y el modo de esperar el cumplimiento de los deseos propios. El propio Nietzsche, en el prólogo de la 2ª ed. de *La gaya ciencia (1886)* afirmaba

“¿Qué otra cosa es la salud, sino la posibilidad orgánica de esperar en la tierra con cierta seguridad?”.

De ahí la gran importancia de la esperanza cuando el ser humano transita situaciones en las que su cuerpo sufre, experimenta dolor, necesidad, impotencia, fragilidad... Estamos dotados de la capacidad de esperar, y esta capacidad se siente afectada por nuestra corporeidad y por nuestras circunstancias, pero nuestra razón y nuestra capacidad de decisión, en tanto seres libres y conscientes, nos permiten sobreponernos a cada situación y elegir cómo queremos vivirla.

2/

La esperanza como virtud: un reto en el que hemos de elegir participar.

La **esperanza natural** es, como hemos visto, una fuerza motriz que impulsa a las personas a actuar y a enfrentar los desafíos de la vida con optimismo y determinación. Una disposición innata que se muestra como un modo de estar en el mundo proyectados hacia el futuro. Por esta razón, cuando se cultiva y se refina la

esperanza natural se convierte en un **hábito de la segunda naturaleza** (una virtud, una disposición adquirida que perfecciona nuestra espera en una dirección, la hace más fácil, más perfecta, más espontánea pero también más estable).

El paso de la esperanza natural a la esperanza como **hábito operativo bueno** se da a través de un proceso de maduración personal que atraviesa por la reflexión sobre las propias experiencias y expectativas, desarrollando una mayor comprensión de ellas, así como de nuestros deseos y aspiraciones.

Esta esperanza se cultiva a través de la práctica constante y la perseverancia en la búsqueda de objetivos y metas, incluso frente a situaciones difíciles. Por lo tanto, ya no estamos solo ante una estructura, sino ante una **disposición adquirida y estable del carácter** que orienta nuestras acciones hacia el bien futuro y que nos emplaza en un nivel ético-existencial pues implica la **responsabilidad**, el **compromiso** y la **fidelidad** con nuestras metas de futuro.

Si la **espera** puede ser pasiva o activa, la esperanza auténtica es siempre una forma de **espera comprometida, amorosa y confiada**, que transforma el presente, convirtiéndolo en el lugar de la decisión y la acción, motivado por lo que se espera; que reinterpreta el pasado y lo resignifica, al orientar el deseo y el proyecto de vida hacia un horizonte abierto.

La esperanza no es evasión del presente, sino **un modo de habitarlo con sentido**, porque el **futuro** aguardado lo ilumina y lo orienta. Lo esperado guía de este modo nuestras decisiones, emociones y relaciones, y la esperanza se convierte en una fuerza configuradora del **“yo”**. Y puesto que en sí mismo todo ser humano posee esa estructura inicial de la **espera**, el curso de una vida verdaderamente humana debería ir convirtiéndose en esperanza la espera.

La filosofía destaca el elemento de futuro, junto a la capacidad de novedad y de resistencia a la

adversidad de esta esperanza humana, haciendo un guiño a la cuestión del sentido de la vida. De una forma muy general, el pensamiento actual habla de esperanza para referirse a la capacidad humana para imaginar y trabajar hacia un futuro mejor, a pesar de los desafíos y las adversidades. La esperanza aparece entonces como una fuerza tangible que impulsa el progreso y la resiliencia; como la chispa que enciende la creatividad y la determinación, y que nos inspira a superar los obstáculos con valentía y optimismo. La esperanza tiene que ver con la convicción de que, a pesar de las dificultades, el futuro siempre puede ser más brillante.

Pero nuestras tradiciones filosóficas, habitualmente han saltado presurosas sobre el reconocimiento de la condición de fragilidad y de dependencia que todos los seres humanos vivimos en nuestra temprana infancia y a la que estamos abocados también en la vejez y, en algunos casos, por distintas circunstancias, a lo largo de toda la vida. Cuando se piensa en la virtud, el acento se pone en aquellas que favorecen la independencia y la autonomía.

La consideración de la vulnerabilidad o el sufrimiento, si se hace presente, es para tratar de atenuarlo o hacerlo desaparecer, pero sin darle carta de ciudadanía en nosotros, y mucho menos un espacio real en la búsqueda de la virtud.

Este desprecio del dolor propio y, especialmente, de la dependencia que nos permite mirarnos como una existencia necesitada e incompleta coincide con la negación de nuestra animalidad constitutiva y, en el fondo, con el olvido de nuestra condición **creatural**.

Con ello abandonamos el mayor recurso que poseemos para dar forma a una comunidad humana en la que las discapacidades, las deformidades, el abandono y, en fin, toda la gama de fragilidades y contingencias que nos constituyen pueden ser asumidas como responsabilidad común de grupos humanos cohesionados alrededor de ciertas concepciones compartidas del bien (McIntyre, 2001).

LH n.342

La muerte y el sufrimiento han sido marginados de la vida, como “lo otro” que no cabe en nuestra concepción de nosotros mismos. El efecto en nuestra vivencia de la esperanza es inmediato. Sólo lo que nosotros podemos, realizamos con autonomía y decidimos con libertad, puede posibilitar el ejercicio de una esperanza que, tiene que ver fundamentalmente, con un ser-más-nosotros-mismos, pero sin dependencias, y encaminarnos hacia una vida feliz, para lo cual es preciso superar y expulsar toda fragilidad, dependencia, sufrimiento o dolor.

hasta casi desaparecer? ¿Se puede seguir esperando cuando la muerte es el único horizonte, el único futuro, la única posibilidad?

Para responder será preciso aproximarse con valentía a la esquiva naturaleza de la esperanza, hacer memoria de la tensión que lleva en sí misma toda espera, y abrazar, junto con la incertidumbre, la disponibilidad a recibir, para poder transitar esperanzadamente los espacios de la desesperanza. Así lo ha hecho **Václav Havel** al afirmar que la esperanza es:

3/

La esperanza que recibimos: la esperanza teologal.

Sin embargo, el hombre de hoy se ve retado a vivir esta esperanza en un contexto que, más bien, se caracteriza por la desesperanza. Un mundo, marcado por guerras, injusticias, degradación de las instituciones, depredación de las fuentes naturales, populismos agresivos y pérdida de las raíces espirituales de muchos pueblos..., apaga los colores de la esperanza. Aún más, se nos hace difícil, incluso determinar en qué esperamos o qué queríamos esperar. Tan desesperanzados, que apenas sabemos de la esperanza.

Hay, sobre todo, una pregunta que sigue sobrevolando al discurso de la esperanza hoy, porque la desesperanza nos alcanza cuando hacemos todo lo posible, intentamos todos los caminos, nos desgastamos con todos los esfuerzos e, incluso así, nada cambia, seguimos sufriendo, y también seguimos viendo con impotencia sufrir a nuestro alrededor. ¿Se puede tener esperanza cuando todo va mal, cuando las dificultades se multiplican, cuando los horizontes se oscurecen

“Una orientación del corazón: trasciende el mundo que se experimenta inmediatamente y se encuentra anclada en algún lugar más allá del horizonte [...] No es la convicción de que algo terminará bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, sin importar cómo acabe”.

La esperanza no es una posesión, es una orientación, una disposición desde lo más íntimo, más propio, más verdadero de uno mismo: el corazón. Como una flecha busca su anclaje “**más allá del horizonte**”, más allá de lo inmediato, trascendiendo lo que experimentamos aquí y ahora, y ahí, en ese horizonte último, confía el sentido de su existencia por encima de las vicisitudes de la propia historia, de las circunstancias, de las desesperanzas.

No solo esperando que “**esto acabará bien**”, sino con la certeza de que acabe como acabe, sea como sea este tránsito, es posible saber que tiene sentido, que merece la pena seguir intentando. Esta es la esperanza que no defrauda, pero esta esperanza se recibe, reclama su dimensión trascendente, teologal, porque el sentido de nuestra existencia lo recibimos de Aquel que la alumbró con un propósito, con una finalidad. No se trata de un añadido, de algo externo que se sobrepone sobre nuestra naturaleza. La esperanza teologal toma realidad al entretenerse con esa esperanza antropológica que hemos reconocido

La esperanza es un don recibido, encarnado en la vida,
crucificado en el sufrimiento y plenificado en la resurrección,
abrazando cuerpo, historia y creación entera

como dimensión constitutiva del ser humano y su gran posibilidad.

3/1

Una esperanza encarnada, crucificada y resucitada

La esperanza teologal refiere nuestra existencia a Alguien, con mayúsculas, sabiendo que de Él podemos aguardarlo todo, y en Él abandonarnos con absoluta confianza. Por esta razón, el creyente sabe que la esperanza es un don, que se nos oferta y se nos regala cada día, que aguarda que lo acojamos y le permitamos ser uno de los dinamismos fundamentales de nuestra existencia no solo humana, sino cristiana, pero que no hay que confundir simplemente con el optimismo, la creatividad o incluso la resiliencia, aunque arrastre un poco de todo ello consigo.

La esperanza, como la vida misma, se despliega dialécticamente en procesos de vida, muerte y resurrección. Nuestra **esperanza encarnada**, llamada a ser configurada con **“Cristo, nuestra esperanza”**, la vivimos tantas veces como **esperanza crucificada** y, al mismo tiempo, destinada ser transfigurada y plenificada por la resurrección.

En este tiempo se hace más fuerte, más necesaria, más radical la invitación a abrazar la paradoja de la esperanza cristiana, a **“esperar”** más allá de la expectación de ser liberados finalmente de esta u otra situación: esperar para la vida, pero esperar también para la muerte; esperar **“para aquí y ahora”**, pero también esperar **“con largo alcance”**; esperar para nosotros, pero -y sobre todo- esperar para otros.

También apuntaba en esta dirección Pablo al dirigirse a los cristianos de Corinto, que dudaban de la posibilidad de la resurrección de los muertos: **Si los muertos no resucitan** -dirá el apóstol- **comamos y bebamos, que mañana moriremos (1Cor 15,32)**. Si no hay futuro para los muertos, queda totalmente descalificada la esperanza cristiana y somos dignos de lástima.

Porque entonces, no hay respuesta para la injusticia, no hay una palabra definitiva para el injustamente ajusticiado, para las vidas arrebatadas por la violencia, la enfermedad o la arbitrariedad. Sin la victoria de la resurrección todos los intentos por la justicia quedan expuestos al cinismo de los poderosos, de los más fuertes.

No basta que la esperanza nos impulse hacia el futuro con el deseo de **“ser siempre”**, porque ese deseo no lo podemos colmar por nosotros mismos. Tal vez la pregunta que nos surja ahora sea acerca de nuestra fe en esa esperanza que mira a la vida eterna. Esperamos la Resurrección, esperamos la vida eterna, pero no sabemos cómo es concretamente esa vida. Además, muchas veces la pensamos como algo estático, algo que está ya hecho y preparado aguardándonos.

Cuando lo imaginamos así, el futuro que esperamos queda desenganchado de la historia, de nuestro hoy, y se aleja de nosotros. Lo que la tradición ha llamado **“los novísimos”** son en realidad: **“últimas formas de ser de algo que ya tuvo antes su comienzo y ahora es historia”**. Es decir, lo que esperamos tendrá en el **“más allá”** su forma última, pero ya tiene en nuestro hoy una **“forma”** imperfecta, pasajera, pero real. Si separamos las realidades últimas de nuestro **“ahora”** dejan de ser lo que son:

▼

“La configuración última que tomará lo que ya hoy estamos viviendo como relación entre Dios, el cosmos y nosotros” (Armendáriz, 2003).

El más allá, la vida eterna, no es otra vida que nada tiene que ver con lo que aquí vivimos. Es verdad que pondrá fin al sufrimiento, a la debilidad, al mal. Es verdad que será consumación de nuestras existencias y plenitud de nuestras relaciones. Pero lo que se consuma, es lo que somos, lo que hemos ido construyendo a lo largo de nuestra vida, lo que con las decisiones de

LH n.342

nuestra libertad hemos ido haciendo de nosotros mismos. Consumará una realidad que tiene una historia, y que hoy tiene un presente. Es el “ya, pero todavía no” de la esperanza cristiana.

Así recuperamos esa dimensión corporal de la esperanza que nos invita a sabernos cuerpo, a no considerarlo como un revestimiento llamado a ser abandonado con la muerte, sino como esa realidad que posibilita expresar la interioridad que somos, y relacionarnos con los otros, con el mundo y con Dios; que vivimos con tantos límites pero que está llamada a ser plenificada.

El olvido de que nuestra fe en la resurrección, lo es de ese “compósito” que somos (materia y espíritu, interioridad y exterioridad) supone renunciar a una dimensión esencial de nuestra esperanza.

Félix de Azúa publicaba en el País (21 junio 2000) unas palabras que se referían a esta dejación de los cristianos fe que, incluso quienes se confiesan agnósticos, nos reclaman.

“Católicos, no os dejéis arre-batar la Gloria de la carne, no os hagáis hegelianos. Que, sobre todo, el cuerpo sea eterno es la mayor esperanza que se puede concebir y sólo cabe en una religión cuyo Dios se deja matar para que también la muerte se salvara. Quienes no tenemos la fortuna de creer, os envidiamos ese milagro, a saber, que para Dios (ya que no para los hombres) nuestra carne tenga la misma dignidad que nuestro espíritu, si no más, porque también sufre más el dolor. Rezamos para que estéis en la verdad y nosotros en la más negra de las ignorancias. Porque todos queríamos, tras la muerte, volver a ver los ojos de las buenas personas. E incluso los ojos de las malas personas. En fin, ver ojos y no únicamente luz”.

Hay en este texto una afirmación de gran hondura. La referencia a la **dignidad de la carne**, de nuestro cuerpo, de esa materialidad que compartimos con el resto del mundo creado y que nos constituye. Somos cuerpo. Nuestra dignidad no descansa solo en nuestra razón, en nuestra consciencia o en nuestra libertad. Somos espíritu encarnado. Sin nuestro cuerpo, no podríamos pensar, ni sentir, ni hacernos conscientes, ni compadecer, ni entablar amistades, ni crear símbolos, ni comunicarnos...

Sin cuerpo, no seríamos. El cuerpo nos recuerda cada día nuestra condición frágil y vulnerable, pero también nuestras posibilidades relacionales, que crecen en la medida que nos sabemos interconectados, que nos aceptamos dependientes, y que comprendemos al otro como parte de nosotros mismos. Por esta razón afirmamos, como contenido de nuestra esperanza, “**la resurrección de la carne**”, que pone de relieve también, la importancia de **la vinculación de nuestra esperanza con el cosmos y con el cuerpo**.

Resucita todo aquello que somos, en el marco de la Nueva Creación, que abraza nuestro mundo, el cosmos y todo lo creado llevándolo a plenitud. Nuestra esperanza no es una abstracción, un algo lejano y escatológico que nada tiene que ver con un presente colmado de finitud y limitaciones.

La esperanza es escatológica, porque su cumplimiento definitivo está anclado en el futuro, pero ese futuro ya habita nuestro presente y nuestro mundo, ya se ha adentrado en nuestra realidad en la Resurrección de Cristo.

Ella fundamenta y sostiene nuestra esperanza hodierna. Y, al mismo tiempo, las esperanzas últimas alimentan nuestras opciones del presente y se tornan fuentes que inspiran creativamente nuestros compromisos de cada día. Las esperanzas últimas ejercen una **fuerza de atracción sobre nuestro hoy**, que tiende hacia ellas, pero también intenta anticiparlas. Por esta razón, la esperanza escatológica no nos distrae de nuestra responsabilidad en el mundo, sino la potencia y la sostiene.

3/2

El lugar de la esperanza

Pero las esperanzas **necesitan de condiciones**. Las experiencias de vida a las que se está expuesto, hacen posibles distintos marcos escatológicos. No se puede esperar todo desde cualquier vida. Lo cierto es que los desposeídos son los que más pueden esperar porque viven volcados a la espera. Quien está satisfecho, quien nada tiene que anhelar por har-tura, está incapacitado para esperar más allá de sí mismo.

Lo esencial es que nuestras existencias ya están ancladas en un futuro -que sin embargo no poseemos, que tantas veces sentimos lejano y del que incluso podemos llegar a dudar-, pero que está ya dado. Con una imagen impactante, lo afirmaba la joven **Etty Hillesum** en una de las cartas escritas desde los barracones de un campo de concentración nazi para judíos holandeses en espera de ser deportados y exterminados:

“Cuando la araña teje su red, ¿no traza primero los hilos principales por los que luego asciende ella misma? La arteria principal de mi vida ya va por delante de mí y ha ingresado en otro mundo. Es como si todo lo que está sucediendo y por suceder ya se hubiera fundido en mi ser; lo asimilé, lo sobreviví y ya construyo la sociedad nueva que habrá de venir después de esta”.

“La arteria principal de mi vida ya va por delante de mí y ha ingresado en otro mundo”. Eso es lo que implica haber puesto la esperanza plenamente en Dios, haber abandonado en sus manos la propia vida, porque entonces, todo está ya a buen recaudo. Y esa ancla que nos arraiga es “**la esperanza**” que ya ganó para nosotros: Jesús, nuestra esperanza. Esperanza crucificada porque la adquirió para nosotros “**abrazando y asumiendo**” nuestros dolores,

nuestras carencias y dependencias, nuestras muertes..., para acompañarnos desde dentro de nuestros sufrimientos y penalidades, y para transformarlas y redimirlas con su amor otorgándonos un sentido, pues carecer de él es la vivencia más dura del que sufre. **La esperanza teologal** es el “**hilo de lo alto**” que sostiene desde el centro todas las esperanzas humanas. Sólo ésta puede “**anclar**” las esperanzas humanas a la esperanza “**que no falla**”.

El propio dinamismo de la esperanza natural reclamaba la confianza. Y una esperanza absoluta, reclama una confianza absoluta, lo que apunta necesariamente a Dios. ¿Quién podría ser ese «¿**Alguien**» de quien nos fiamos totalmente, de quien podemos «pender» como única referencia, sin temor de ser absorbidos o disueltos, sino con la seguridad de ser afirmados en el amor? La verdadera, la gran esperanza del que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando “**hasta el extremo**”. Quien ha sido tocado por Su amor empieza a intuir lo que sería propiamente la esperanza (**cf. SS, 27**).

3/3

La esperanza que damos: “esperar por otros”

Para dejar que esta gran esperanza se abra paso, será preciso pasar de interrogarnos acerca de “**lo que yo puedo esperar**” al “**nosotros**”, pues la esperanza no existe sino cuando se espera “**con otros**”; trasladar la inquietud por conocer lo que debo o puedo esperar a la de **interrogarme por lo que se espera de mí**; y deslizarse desde una esperanza que busca soluciones y seguridades como respuesta al sufrimiento, la duda, la incertidumbre, para asumir el riesgo de preguntarnos si es posible “**esperar para otros y esperar por otros**”.

Al invitar a cambiar nuestros interrogantes, reclamamos la apoyatura de la fe, pues -como nos recordaba la primera encíclica del **Papa Francisco**,

LH n.342

Lumen Fidei-, “el «yo» del creyente se ensancha para ser habitado por Otro” (LF 21), por otros. Emerge así “el deber de no desesperar” como una exigencia improrrogable que nos alcanza desde las víctimas, desde los desesperados de la historia, permitiendo que la “esperanza” se abra paso entre el oscuro bosque del nihilismo, la incertidumbre, el individualismo, la injusticia y el desespere.

Una vez que “los otros” adquieren el lugar que les corresponde en nuestra vida, estaremos en condiciones de descubrir cómo la esperanza se despierta, se aviva, se fortalece al encontrarnos ocupados y preocupados, no tanto de nuestras expectativas, sino en **esperar para otros, esperar por otros, y esperar juntos, con otros.**

Lo que quisiera transmitir es que atrevemos a arriesgar nuestras esperanzas, a renunciar a ellas para sostener y alentar las vidas heridas de aquellos hombres y mujeres a los que les ha sido sustraído el futuro, iluminará sin duda nuestra espera con **la luz de la esperanza.** Y es que

“**Tiene que haber mucha esperanza en aquellos y aquellas que hacen del sufrimiento del otro su razón de ser y estar; en aquellos que cada mañana se disponen a abrir los labios y cantar una alabanza más allá de los acontecimientos; en tantos hombres y mujeres que, sin ruido, van haciendo posible lo imposible, sólo porque creen, sólo porque aman. Hay mucha esperanza en los que todos los días empiezan de nuevo, lo intentan una vez más, se alegran con la alegría del otro desplazando el propio sentimiento**” (Gonzalo Díaz, 2010).

“**Esperar por otros...**” nos habla de un deseo, pero también de una realidad. Nos refiere a una meta, pero no menos a muchas realizaciones que lleva a cabo la “pequeña esperanza” siempre activa, siempre frágil, siempre potente en medio

de la debilidad, siempre capaz de atravesar los muros de la desesperanza, siempre viva, siempre en compañía de la fe y de del amor. Ella nos muestra que la esperanza no defrauda, aunque para comprenderlo tengamos que dejar a un lado nuestras expectativas victoriosas y nuestras esperanzas “canijas”.

Somos llamados a esperar con los otros, en ese espacio común, donde cada uno es responsable de los demás y, de alguna manera, rehén de su destino. De ahí que podamos decir que la esperanza sólo es posible radicalmente en comunidad, en grupo. La esperanza que no defrauda siempre es **co-esperanza.** No podríamos “**estar alegres en la esperanza**” (Rm 12,12) si ésta no incluyera a los otros, si lo que espero para mí no lo esperara también para aquellos a quienes amo y para toda la humanidad.

Esto supondrá que en algunos momentos el rol de uno será fundamentalmente “**soportar**”, sostener, mantener a otros en la esperanza; y en otros momentos: “**ser llevado**”, ser sostenido en la esperanza. En ocasiones nos corresponderá alumbrar el camino con la luz de nuestra esperanza, y en otras confiar nuestra oscuridad y nuestra ceguera a la guía de nuestros hermanos.

Pero no basta “**esperar con otros**” es preciso “**dar un paso más**” y ser capaz de “**esperar para otros**”, incluso “**esperar por otros**”. Porque, en verdad, no es posible amar sin esperar para el otro, y no es posible esperar para el otro, si no es amando. La esperanza cristiana es siempre “**esperanza para los demás**”.

Y si nuestra esperanza es para otros, entonces, no hay lugar para una pasiva resignación, ni para un plácido ocuparse de sí mismo. Y si la esperanza cristiana sólo es tal cuando se actúa en la dirección de lo esperado, esto implica el compromiso decidido para que también “**el otro pueda esperar**”.

Pero incluso aquí hay que dar un paso más y hablar “**de esperar por otros**”, es decir, de ser capaces de despojarnos de nuestras esperanzas

para que éstas sostengan a otros, den sentido a otros, alegren a otros y cumpla los anhelos y expectativas de otros. Y es que el don de **“la esperanza nos ha sido dado para servir a los desesperados”**. Paradójicamente, la certeza de que la esperanza no defrauda, se instala más profunda, cuanto más capaces somos de abrazar el riesgo de permitir que la esperanza del otro, su futuro, pase por delante del propio.

Capaces de gastar las fuerzas y las energías en que los desesperanzados consigan su esperanza y esto, a costa de renunciar a las satisfacciones de las nuestras.

Poner todo nuestro empeño en que sean los sueños de los desesperanzados los que ocupen nuestro tiempo, nuestro corazón, permitir que nuestra esperanza esté llena de okupas: las esperanzas de los desesperanzados. Hospedar sus esperanzas en mi esperanza hasta el punto de que sean ellas las dueñas de mis desvelos. Así la esperanza de los crucificados, encuentra un sentido, a pesar de su cruz. Así nuestro mundo camina silenciosamente, con formas tantas veces imperceptibles, hacia la transfiguración a la que nos conduce la resurrección.

3/4

El lugar de la esperanza

El carácter paradójico de la esperanza se pone de relieve en su capacidad de nacer **“en el lugar de la pérdida”** (John Berger). Por esta razón son lugares privilegiados de emergencia de la esperanza: desde los excluidos socialmente, los marginados religiosamente, los oprimidos culturalmente, los desplazados de sus tierras, los perseguidos, los refugiados, los que padecen el terror y la guerra, a los dependientes socialmente, los minusválidos físicamente, los atormentados psicológicamente, y los humildes espiritualmente (García Roca, 2003). Lo afirmaba el Papa Francisco en la Cuaresma del 2024: **“el destello de la nueva esperanza”** nace de **“un estremecimiento”** de la humanidad extraviada.

A pesar de las apariencias, de la exaltación del poder y del éxito en nuestra cultura, es preciso reconocer que **“los creadores de esperanza hoy”** son, paradójicamente, las víctimas y los perdedores; y que la esperanza producida en sus escenarios genera praxis liberadoras para todos.

La esperanza que interesa a las víctimas se ha edificado sobre las venas abiertas de las catástrofes. No ha pasado de puntillas por encima de la destrucción para llegar pronto a la confianza, sino que ha bebido del propio desgarramiento y, por eso, pretende destinarse a todos como un antídoto frente a los climas actuales de impotencia (García Roca, 2002).

Es la esperanza que se desvela por contraste, **“la esperanza contra toda esperanza”** (Rm 4,18). Es la esperanza encarnada y crucificada que acampa donde no se le busca, donde menos se le espera (García Roca, 2003): en las periferias y en los rumores de las víctimas, en los suspiros de aquellas vidas atormentadas y sufrientes que se van apagando.

Todos hemos sido testigos en algún momento de nuestra vida. Enfermos, personas rotas, desahuciadas, transitando el último tramo del camino de su vida en esta tierra, capaces de irradiar una luz que es difícil de olvidar, capaces también de infundir una esperanza que no parece de este mundo, y que sin duda envidiamos: la esperanza teológica.

Es en estos espacios donde se vislumbra la realidad como esperanza; lo que se oculta a los satisfechos se desvela a los humildes; en ellos se experimenta la existencia de una esperanza que no defrauda.

LH n.342





Referencias bibliográficas

- ▶ **Armendáriz, L. (2003).**
“El nuevo rostro de la escatología cristiana”,
 Cuadernos Teología Deusto 27, 35-66
-
- ▶ **Bloch, E. (1975).**
El principio esperanza I,
 Trotta, Aguilar, Madrid
-
- ▶ **García Roca, J. (2002),**
“Actualidad y destino de la esperanza desde las víctimas”,
 RLT 19/57 (2002) 197-237, aquí 212
-
- ▶ **García Roca, J. (2003),**
“Voces y susurros de la esperanza”,
 Polis 6|2003, consultado 01/02/235 URL:
<http://polis.revues.org/6428>
-
- ▶ **Gonzalo Díaz, L.A. (2020).**
“¿Dónde está tu Dios?”:
 VR, 17/04/2010. <http://www.vidareligiosa.es/>
-
- ▶ **MacIntyre, A. (2001),**
Animales racionales y dependientes,
 Grupo Planeta (GBS)
-
- ▶ **Laín Entralgo, P (2025).**
Antropología de la esperanza,
 Encuentro, Madrid
-
- ▶ **Heaney, S. (1995).**
“El desagravio de la poesía”:
 Culturas 504
 (Diario 16, 7 de octubre de 1995)
-



05/

La esperanza de san Juan de Dios en sus cartas.

Calixto Plumed Moreno, O.H.,

Doctor en Psicología. Psicólogo Clínico.

Escuela de Enfermería y Fisioterapia San Juan de Dios.

Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

El presente trabajo profundiza en la vivencia y expresión de la esperanza cristiana en las cartas de San Juan de Dios, destacando su coherencia entre palabra y acción, y su plena adhesión a las enseñanzas de la Iglesia. A través del análisis de fragmentos epistolares y apoyado por fuentes doctrinales como el Catecismo de la Iglesia Católica, el autor explora cómo San Juan de Dios encarna de forma heroica las virtudes teológicas -fe, esperanza y caridad- así como las virtudes cardinales.

La esperanza aparece, especialmente, como un eje transversal que sostiene su misión entre los más pobres, enfermos, marginados y necesitados, y lo impulsa a actuar con caridad heroica y confianza absoluta en la Providencia divina. Esta virtud se manifiesta tanto en su confianza escatológica como en su fortaleza para afrontar las dificultades cotidianas.

El hermano Calixto resalta también su devoción a la Virgen María y su papel de guía para los jóvenes, los enfermos y los excluidos, invitando a actualizar su legado como signo concreto de esperanza para el presente.

Palabras clave: Esperanza cristiana, Caridad, Providencia divina, san Juan de Dios.

This work delves into the lived experience and expression of Christian hope in the letters of Saint John of God, highlighting his coherence between word and action, and his full adherence to the teachings of the Church.

Through the analysis of epistolary fragments and supported by doctrinal sources such as the Catechism of the Catholic Church, the author explores how Saint John of God heroically embodies the theological virtues – faith, hope and charity – as well as the cardinal virtues.

In particular, hope appears as a cross-disciplinary axis that sustains his mission among the poorest, the sick, the marginalised and the needy, impelling him to act with heroic charity and absolute trust in Divine Providence. This virtue is manifested both in his eschatological confidence and in his fortitude to face up to the difficulties of daily life.

Brother Calixto also emphasises his devotion to the Virgin Mary and her role as a guide for the young, the sick and the excluded, inviting us to update his legacy as a real, tangible sign of hope for our present time.

Key words: Christian hope, Charity, Divine Providence, Saint John of God

1. Seguimos la edición De Mina y Salvador, M. (2006) Cartas de san Juan de Dios. Madrid: Fundación Juan Ciudad. Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Las siglas utilizadas: LB (Luis Bautista), GL (Gutierre Laso), DS (Duquesa de Sesa). Los números de las líneas hacen referencia a la versión paleográfica y diplomática que coinciden con la disposición en los renglones originales.

2. Cf. *Ibidem*, pp. 131ss.

Los fragmentos que se aportan de las cartas de San Juan de Dios¹ están esencialmente relacionados con las tres virtudes teologales del cristianismo: fe, esperanza y caridad.

Pero Juan de Dios tiene muy presentes las otras virtudes cardinales que enmarcan su vida ya que son las enseñanzas de la Iglesia, “y echo mi sello y cierro con mi llave”, como él mismo dice, pues resulta ser cuanto se le transmite, está convencido de ello y obedece con humildad.

Por tanto, hermano mío en Jesucristo muy amado, no dejéis de rogar a Jesucristo por mí, que me dé gracia y esfuerzo para que pueda resistir y vencer al mundo y al diablo y a la carne, y me dé humildad y paciencia y caridad con mis prójimos, y me deje confesar con verdad todos mis pecados, y obedecer a mi confesor, y despreciarme a mí mismo, y amar a sólo Jesucristo, y tener y creer todo lo que tiene y cree la Madre Santa Iglesia, lo cual tengo y creo bien y verdaderamente, como lo tiene y cree la Santa Madre Iglesia, así lo tengo yo y creo, y de aquí no salgo, y echo mi sello y cierro con mi llave (2ª GL. líneas 49-60).

No solo resulta que él lo cumple, sino que lo recomienda a los que le rodean como un bien conveniente de practicar.

Cuando os fuereis a acostar, buena Duquesa, signaros y santiguaros y refirmaros en la fe, diciendo el Credo y Pater Noster y Avemaría y Salve Regina, que son las cuatro oraciones que manda decir la Santa Madre Iglesia, y mandad que las digan todas vuestras doncellas y criadas, como yo creo que siempre lo mandáis que las digan, que ya les vi decir la Doctrina Cristiana cuando estuve allá (1ª DS. líneas 38-43).

De las Anotaciones que **Matías de Mina**² hace a propósito de las **Cartas de san Juan de Dios**, destacamos algunos aspectos que nos ilustran en este momento:

Estas cartas lo personalizan de modo impeccedero como hombre de Dios que trae a la humanidad indefensa y dolorida en nombre de Jesucristo ejercitando con ella heroicamente las obras de misericordia promulgadas por su evangelio misericordioso.

La unción emotiva que consiguen en la sinceridad del estilo directo, las palabras de que se sirve para precisar sus deseos, sus súplicas son más para la meditación de sus alcances espirituales que necesariamente han de mezclar hasta en las vicisitudes suplicantes de su llamar al socorro material, agobiado por las necesidades de sus pobres que le angustian. La ejemplaridad de sus hechos como signos caritativos de la doctrina misericordiosa de Jesucristo, ya bien percibidos y adoptados por algunas generosas llamadas al servicio de los que sufren marginación y enfermedad, insta, persuade al corazón humano a que decididamente se abra en favor de sus hermanos, prometiéndole las recompensas infinitas y eternas tan claramente puntualizadas en las palabras del mismo Jesucristo.

Para aproximarse al conocimiento de la personalidad y figura histórica de Juan de Dios, intentando conocerlo, ampliar, profundizar ese

conocimiento en propio provecho y con mayor razón si se busca transmitírsele a los demás, hoy, puede disponerse de respetuosa amplitud testifical que permite meditar y analizar sus hechos, ventaja que sobre todo no alcanzó su primer biógrafo, el privilegiado maestro Francisco de Castro. Casi con certeza histórica, puede admitirse que difícilmente logró alcanzar el conocimiento de su palabra escrita, de sus cartas, las que podrían haberle abierto caminos secretos de su espiritualidad, que, por su parte, aun sin tan esencial auxilio, pudo intuir, valorar acertadamente a la hora de ejercitar su privilegiado cometido, altamente responsabilizado, dando giros nuevos de distintos signos al hacer hagiográfico de la época.

Son cartas de expresión tan nítidas, sin redundancias ni rodeos, profundamente piadosas, plenamente acordes de intención, pensamiento que pedían respeto absoluto a cuantas equivalencias intentaran sustituirlas en palabras, en expresiones. Sin embargo, no dejan de ser el medio más auténtico y eficaz para gozar privilegiadas intimidades que, aun intentando ocultarlas, rezuman esencias de su proceso espiritual más acendrado, finezas de su corazón caritativo inagotable. Asimismo, no han podido impedir que, a través de su llano razonamiento y preciso vocabulario, por lo menos, lleguemos a conjeturar, deducir atisbos de lo que podía confiar a los que abría su espíritu sin restricciones, para confiarles los secretos de su alma, totalmente entregada a Jesucristo, sirviéndole en sus pobres y enfermos.

Sin temor a equivocación, si se intenta conocer al santo cual merece, sus hechos admirables depararán siempre sus intenciones, sus palabras advertirán las mociones internas del espíritu que los impulsa, la unión de ambos medios lleva a detectar, tal vez veladamente, los secretos íntimos que anidan en él como presencia permanente, singularmente cristocéntrica. Los hechos darán siempre la grandeza de su acción misericordiosa, de su celo evangélico y sus palabras advertirán, delatándolos, los privilegios del espíritu que los anima.

La publicidad de su inaudito apostolado, él mismo lo vocea por las calles. A estilo de pregón, llama a la misericordia con el que sufre enfermedad y marginación. Abre insospechados horizontes al amor humano ¡Todos hermanos! Posos de razas, de culturas, de vencedores y vencidos, todo queda borrado ante el que sufre ¡Haceos bien a vosotros mismos!

No solamente él se entrega por entero a su servicio, sino que les aporta toda clase de alivios que puede alcanzarles para curarlos y así busca sus médicos y boticarios a quienes les pide si quieren curárselos por amor de nuestro Señor Jesucristo. Pero como también las almas enferman por el pecado, con toda solicitud ruega a los sacerdotes, suplicándoles quieran curarles para que se salven.

La denominación, el título que ha preferido como frontispicio para su hospital fue: “**Casa de Dios**”, bajo la protección de la **Virgen María**, siempre entera, a la que invocan en el rezo común de todo el hospital, encabezado por él mismo y hecho con toda sumisión a lo mandado por la Santa Madre Iglesia, cuya doctrina enseña para invocar el perdón de los pecados y conseguir su aceptación y la de cuantos le ayudan con su bendita limosna.

La plena realización de su vida consagrada en el hospital, por fin, va a dejar una herencia a la Iglesia y a la humanidad unidas, una forma de acoger, de valorar la porción más desventurada: los pobres que sufren enfermedad y pobreza. Él por su parte les ha advertido las abnegadas exigencias de su entrega total, pero les ha alentado con sus seguridades que tiene en Jesucristo, al que han de amar sobre todas las cosas del mundo porque Él es la perfecta certidumbre, que, aunque todos los abandonen, Él no los olvidará jamás que, ayudados por la Virgen María, siempre entera, alcanzarán los beneficios de la Santa Madre Iglesia, que los cobijará constantemente.

En las cartas, agazapados entre sus renglones, con los ardientes latidos de su corazón, los fulgores de su fe luminosa, su inquebrantable es-

LH n.342

peranza, quedan ocultos secretos insondables de su unión con Jesucristo. De igual manera son testimonio fidedigno de las pruebas que hubo de afrontar al entregarse totalmente a esa causa santa.

Como última y definitiva consecuencia de su paso por la tierra, en estas cartas puede comprobarse la plena realización de su personalidad total, no solamente en su interpretación del mensaje evangélico, cumbre de su llamada, sino en lo humano y social que con tantos atractivos y vacilaciones hubo de acometer, que le salieron al paso en sus ilusionantes aspiraciones.

La bien patente presencia en su conducta de las virtudes cristianas afianzadas en su proceso ascético, singularmente manifestado en su fe luminosa, en su ardiente caridad, su generosa penitencia, filial devoción a la Virgen María, ciega obediencia a la Iglesia, representada cerca de él en los tres privilegiados pastores: **Juan de Ávila**, **Miguel Muñoz** y **Pedro Guerrero** lo muestran plenamente realizado en sus facultades y condiciones humanas en el cumplimiento de su carisma misericordioso con los más necesitados y marginados.

La infinita caridad del Cristo crucificado, cuya imagen, aún muerto, estrechaba entre sus manos yertas, su actitud de **“un tanto inclinada la cabeza a los pies del Cristo, como que los iba a besar”** les señalaba muy claro el ideal evangélico que habían de seguir puesto que habían decidido acompañarle en su camino hospitalario. De hecho, se lo había resumido en sus inmortales palabras: **“Darlo todo por el Todo que es Jesucristo”**.

Estas cartas ratifican y magnifican el gran compromiso que su autor contrae con la sociedad si ella acepta la necesidad de generoso desprendimiento del poseer para dar la **“bendita limosna”** en socorro de los pobres y descartados. Sus desvelos para acogerlos a todos, sin exclusiones, manifestaban la sinceridad de su entrega incondicional. **“¡Quién hace bien para sí mismo!”** pregona en alta voz por las calles.

Su fe, su esperanza gozan de la plena seguridad en las promesas evangélicas, confesión que ninguno podía poner en duda al oírle sus distintas fórmulas de invitación: **“¿Hacéis bien, por amor de Dios, hermanos en Jesucristo?”**

Las intensas vivencias y comunicaciones, esencialmente cristocéntricas, que su espíritu ha ido descubriendo en los secretos misericordiosos de la limosna, despiertan en su alma y en todo su ser una imperiosa necesidad de participar, de explicar a los demás, despertando toda su valoración, motivos para hacerla, ocasión de conseguir los grandes destinos y provechos eternos que ella encierra.

¿Qué pretende dar a entender por esa consolación y don supremo de Jesucristo? Es difícil entender lo que para él abarca, encierra esa consolación de Jesucristo, conseguida la cual no quiere ni desea para otros en esta vida otra consolación.

En estas sus cartas, de una u otra manera, bajo mil formas que pueden considerarse tantos y tantos indicios de sus comunicaciones con Jesucristo, impresiones, resultados de sus viajes a pedir limosna para sus pobres que nunca se sabrán explicar pero que verdaderamente pueden evocarse porque en esos periodos de su vida se realizaron y bajo unos u otros aspectos pueden llegar a nuestras almas sus rescoldos vivos, siguiendo su lectura y meditación.

En ellas se nos confirma de manera óptima lo que podemos advertir en sus hechos, en sus decisiones. Son una predilección de su espíritu que nos la ofrece para nuestro provecho.

La compenetración entre sus hechos y sus palabras queda autenticada, de tal manera que toda su personalidad, en unos y en otros, adquiere un relieve inconfundible histórico admirable de su humanidad y entrega misericordiosa en nombre de Jesucristo, mostrando sendas evangélicas con ideales de entrega al servicio caritativo de los que sufren enfermedad, pobreza y marginación.

La Fe nos hace creer y testimoniar,
la Esperanza nos ancla en la vida eterna y la
Caridad guía nuestro amor a Dios y al prójimo

1/

El camino de las virtudes.

Si nos detenemos en las virtudes, resulta interesante el orden de su enumeración por **san Juan de Dios: la primera es la Fe, la segunda es Caridad y la tercera es Esperanza en sólo Jesucristo**. Y la explicación-aplicación de cada una de ellas de manera sintética y muy sustanciosa, desde el punto de vista teórico y con su aplicación práctica:

Si Jesucristo fuese servido de llevarme de esta presente vida, aquí dejo mandado que cuando viniere mi compañero Angulo, que es ido a la Corte, el cual os encomiendo porque queda muy pobre él y su mujer, mándole que os lleve mis armas, que son tres letras de hilo de oro, las cuales están en raso colorado (3ª DS. líneas 27-30).

Tres son las letras, porque tres son las virtudes que nos encaminan al cielo: la primera es la Fe, creyendo todo lo que cree y tiene la Santa Madre Iglesia y guardando sus Mandamientos y poniéndolos por obra; la segunda es Caridad, tener caridad primero de nuestras almas, limpiándolas con la confesión y con penitencia, y luego caridad con nuestros prójimos y hermanos queriendo para ellos lo que queremos para nosotros; la tercera es Esperanza en sólo Jesucristo, que por los trabajos y enfermedades que por su amor pasaremos en esta vida miserable, nos dará la gloria eterna por los méritos de su sagrada Pasión y por su gran misericordia (3ª DS. líneas 36-42).

En el Catecismo actual de la Iglesia Católica (CIC), las virtudes teologales que se mencionan

son tres y se enumeran en el número 1813. Estas virtudes son infundidas por Dios en el alma del creyente para hacerlo capaz de actuar como hijo suyo y merecer la vida eterna. Las virtudes teologales fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y vivifican todas las virtudes morales. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano.

Tres son las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad (cf. 1 Co 13, 13):

- **Fe:** Es la virtud por la que creemos en Dios y en todo lo que Él ha dicho y revelado, y que la Iglesia nos propone para creer (CIC 1814-1816). El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación.
- **Esperanza:** Es la virtud por la que deseamos y esperamos de Dios la vida eterna y las gracias necesarias para alcanzarla, confiando en sus promesas y en la ayuda del Espíritu Santo (CIC 1817-1821). Las bienaventuranzas elevan nuestra esperanza hacia el cielo como hacia la nueva tierra prometida; trazan el camino hacia ella a través de las pruebas que esperan a los discípulos de Jesús. La esperanza es “el ancla del alma”, segura y firme, que penetra... “a donde entró por nosotros como precursor Jesús” (Hb 6, 19-20). En la esperanza, la Iglesia implora que “todos los hombres [...] se salven” (1Tm 2, 4). Espera estar en la gloria del cielo unida a Cristo, su esposo: Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora.
- **Caridad (o Amor):** Es la virtud por la que amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo, y al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios. Es la mayor de las virtudes (CIC 1822-1829). Si no tengo caridad -dice san Pablo- “nada soy...”. Y todo lo que es privilegio, servicio, virtud misma... si no tengo caridad, “nada me aprovecha” (1 Co 13, 1-4). «La culminación de todas nuestras obras es

LH n.342

el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos» (San Agustín, *In epistulam Iohannis tractatus*, 10, 4).

Como san Juan de Dios se declara seguidor de la doctrina de la Iglesia en su momento histórico, así lo hace y aplica los aspectos que va trabajar. En su coherencia de planteamientos teológicos también sitúa las virtudes cardinales. Así las enumera en este orden para vivirlas diariamente: la Prudencia y Justicia y Templanza (Temperancia) y Fortaleza.

Cuatro esquinas tiene este paño que son las otras cuatro virtudes que acompañan a las tres que hemos dicho primero, y son estas: la Prudencia y Justicia y Templanza y Fortaleza. La Prudencia nos muestra qué prudente y sabiamente nos hayamos en todas las cosas que hubiéremos de hacer y pensar, tomando consejo con los más viejos y que saben más. La Justicia quiere decir ser justo y dar a cada uno lo que es suyo; lo que es de Dios darlo a Dios y lo que es del mundo darlo al mundo. La Templanza nos enseña que templadamente y con regla tomemos el comer y el beber y el vestir y todas las otras cosas que son menester para servicio de los cuerpos humanos. Fortaleza nos dice que seamos fuertes y constantes en el servicio de Dios, mostrando alegre rostro a los trabajos y fatigas y enfermedades como a la prosperidad y consuelo; y por lo uno y por lo otro dar gracias a Jesucristo (3ª DS. líneas 48-57).

En el Catecismo de la Iglesia Católica, las virtudes cardinales se citan en el número 1805. Estas virtudes son fundamentales para la vida moral y constituyen los pilares sobre los que se apoyan las demás virtudes humanas. Son adquiridas por la educación, actos deliberados y perseverancia en el esfuerzo. Proporcionan facilidad, dominio

y gozo para llevar una vida moralmente buena.

Estas cuatro virtudes cardinales son:

- **Prudencia:** Es la virtud que dispone la razón práctica a discernir nuestro verdadero bien y a elegir los medios adecuados para realizarlo (CIC 1806). “El hombre cauto medita sus pasos” (Pr 14, 15). “Sed sensatos y sobrios para daros a la oración” (1 P 4, 7). La prudencia es la “regla recta de la acción”, escribe santo Tomás (*Summa theologiae*, 2-2, q. 47, a. 2, sed contra), siguiendo a Aristóteles. No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la disimulación.
- **Justicia:** Es la virtud que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido (CIC 1807). La justicia para con Dios es llamada “la virtud de la religión”. Para con los hombres, la justicia dispone a respetar los derechos de cada uno y a establecer en las relaciones humanas la armonía que promueve la equidad respecto a las personas y al bien común.
- **Fortaleza:** Es la virtud que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien (CIC 1808). La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa.
- **Templanza:** Es la virtud que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados (CIC 1809). La persona moderada orienta hacia el bien sus apetitos sensibles, guarda una sana discreción y no se deja arrastrar “para seguir la pasión de su corazón” (cf. Si 5,2; 37, 27-31).

Las virtudes teologales y las virtudes cardinales se relacionan en la vida cristiana como dos dimensiones complementarias de la virtud: Las virtudes teologales orientan al cristiano hacia su fin último (Dios), mientras que las cardinales

regulan su comportamiento en el mundo. Integran la unidad moral en la persona, ya que todas las virtudes deben integrarse en una vida coherente. Y así, la caridad (amor) da forma a todas las demás virtudes, incluyendo las cardinales; la fe ilumina la prudencia, ayudando a discernir el bien verdadero; la esperanza fortalece la fortaleza, dando sentido al sufrimiento y al esfuerzo. Se fusiona la gracia y la naturaleza.

Después de enmarcar las virtudes y, sabiendo que en su momento se constató en los procesos de beatificación y canonización, el grado de cada una de las virtudes en san Juan de Dios, nos centramos de manera especial en la esperanza y cómo la vive y transmite Juan de Dios en sus cartas a sus bienhechores y amigos intentando desglosar esta vivencia con algunos matices.

2/

Virtud de la esperanza en Juan de Dios.

La esperanza es la virtud más evidente en las cartas conservadas de Juan de Dios. Rezuma esperanza por todos sus ángulos y renglones escritos y queda muy patente en la biografía del santo escrita por Francisco de Castro a los pocos años de su muerte.

San Juan de Dios expresa una confianza firme en la misericordia de Dios, en la vida eterna y en la Providencia divina. Y así hace referencias continuas: “**La gloria y bienaventuranza del paraíso**”. Es su esperanza escatológica: la certeza de que, tras la vida terrenal, hay una promesa de salvación para quienes aman a Dios. Es muy posible tenga en cuenta la [carta a los Romanos 8:24](#): En este versículo, se establece que fuimos salvados en esperanza, pero la esperanza que se ve, ya no es esperanza, porque ¿quién espera lo

que ya tiene? La esperanza se vislumbra como presente más que como futuro. En otras palabras, la salvación es algo que esperamos con anhelo, pero aún no la poseemos plenamente. Es una esperanza futura que nos motiva y nos da fuerzas para perseverar en la fe, pero es algo que ya estamos experimentando, aunque no en su totalidad, en este momento.

El versículo continúa en [Romanos 8:25](#), diciendo que, si esperamos algo que no vemos, debemos esperarlo con paciencia. Esto implica que la vida cristiana está marcada por la perseverancia y la confianza en que Dios cumple sus promesas, aunque no veamos resultados inmediatos. Pero sí sospechamos y vislumbramos. El contexto de Romanos 8 es el de la esperanza y la liberación de la creación, incluyendo a los creyentes, de la corrupción y la muerte. Se habla de la gloria futura que será revelada en los hijos de Dios y de cómo el Espíritu Santo intercede por nosotros. En resumen, Romanos 8:24 nos recuerda que la salvación es una esperanza que nos impulsa a vivir en fe y paciencia, confiando en que Dios cumple sus promesas. Este versículo muestra que la esperanza cristiana se orienta hacia lo invisible, hacia la vida eterna. Juan de Dios se mueve en una esperanza que mira al Cielo. En una de sus cartas más conocidas, el santo exhorta:

▼

Hermana mía muy amada y muy querida, por amor de Jesucristo os ruego que tengáis tres cosas en la memoria, y son estas: la primera la hora de la muerte, de la cual ninguno puede escapar, y las penas del infierno, y de la gloria y bienaventuranza del paraíso.

En la primera, pensar cómo la muerte consume y acaba todo lo que este miserable mundo nos da, y no nos deja llevar con nosotros sino un pedazo de lienzo roto y mal cosido. Y lo segundo, pensar cómo por tan breves deleites y pasatiempos, que presto se pasan, hemos

LH n.342

de ir a pagarlos, si en pecado mortal morimos, al fuego del infierno que siempre dura. La tercera, considerar la gloria y bienaventuranza que Jesucristo tiene guardada para los que le sirven, las cuales nunca ojo vio ni oreja oyó ni corazón pudo pensar. Pues luego, hermana mía en Jesucristo, esforcémonos todos por amor de Jesucristo y no nos dejemos vencer de nuestros enemigos el mundo y el diablo y la carne. Sobre todo, hermana mía, tened siempre caridad, que esta es madre de todas las virtudes (3ª DS. líneas 77-90).

Esta llamada no es una evasión del sufrimiento, sino una invitación a vivir con los ojos puestos en la eternidad. La esperanza cristiana no niega el dolor, pero lo transfigura. Para san Juan de Dios, el paraíso no es un consuelo ilusorio, sino una meta real que da sentido a cada sacrificio. La fe aparece como fundamento de su esperanza. Él cree firmemente en las promesas de Cristo, en la redención y en la eficacia de la oración cuando dice:

Muy bien lo habéis hecho siempre, como buenos mantenedores y caballeros de Jesucristo, y esto me hace escribiros, buena Duquesa, esta carta, porque no sé si os veré ni hablaré más: Jesucristo os vea y hable con vos.

Es tan grande el dolor que me da este mi mal, que no puedo echar la habla del cuerpo; no sé si podré acabar de escribiros esta carta. Mucho quisiera veros, por tanto, rogad a Jesucristo que, si Él es servido, me dé la salud que Él sabe que yo he de menester para salvarme y para que haga penitencia de mis pecados; que, si Él fuere servido de darme salud, luego, en estando bueno, me quiero ir allá con vos, y llevaros las niñas que me habéis enviado a pedir (3ª DS. líneas 7-14).

Está mostrando una fe activa: cree que Dios escucha y actúa, aunque siempre según su voluntad. Encontramos un pasaje bíblico relacionado: **Hebreos 11:1** dice: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. En otras palabras, la fe es la confianza en que lo que esperamos se hará realidad, incluso si no podemos verlo con nuestros ojos. En más detalle, la fe según este versículo implica: **1. Certeza de lo que se espera: 2. Tener la seguridad de que las promesas de Dios se cumplirán, aunque no veamos evidencia inmediata de ello; 3. Convicción de lo que no se ve: 4. Creer en la realidad de cosas que no son visibles a nuestros sentidos físicos.**

San Juan de Dios confía en que Dios sabe lo que necesita, aunque no lo vea ni lo entienda completamente, lo cual es una expresión clara de fe. San Juan de Dios no se aferra a sus propios planes, sino que se abandona a la voluntad de Dios, sabiendo que Él provee lo necesario para la salvación.

Que todos rueguen a nuestro Señor Jesucristo me dé gracia y favor para vencer al mundo y al diablo y la carne, y para guardar sus santos Mandamientos; y me deje tener y creer todo lo que tiene y cree la Santa Madre Iglesia, y confesar con verdad y contrición todos mis pecados y cumplir la penitencia que me fuere mandada hacer por mi confesor, y amar y servir a solo Jesucristo, que así haré yo por ellos; y a doña Isabel, la música, daréis mis encomiendas y le diréis que nuestro Señor Jesucristo la deje crecer de bien en mejor en virtudes (2ª DS. líneas 171-178).

Y así, si bien queremos mirar, buena Duquesa, esta vida no es otra cosa sino una muy continua guerra en que siempre vivimos, mientras estamos en este destierro y valle de lágrimas, combatidos siempre de tres enemigos mortales, que son el mundo y el diablo y la carne (2ª DS. líneas 66-69).

San Juan de Dios vive la esperanza como virtud cristiana, arraigada en la fe en Dios y en la caridad hacia el prójimo

La caridad es el motor de su vida. Su entrega a los pobres y enfermos no es solo filantropía, sino expresión del amor cristiano.

Aunque no lo dice explícitamente en los fragmentos que vamos citando, su vida y sus cartas están impregnadas de exhortaciones a amar a Dios y al prójimo: “**Por amor a Jesucristo os ruego...**” Este tipo de expresiones muestran cómo todo lo que hace y dice está motivado por el amor a Cristo y a los demás.

Contemplamos este pasaje bíblico relacionado: El **versículo 1 Corintios 13:13** dice: “**Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor; pero el mayor de ellos es el amor.**” Este versículo enfatiza que la fe, la esperanza y el amor son virtudes permanentes, pero el amor es la más importante.

En este pasaje, el apóstol Pablo destaca la importancia del amor en la vida cristiana, incluso por encima de la fe y la esperanza. Aunque la fe y la esperanza son esenciales, el amor es la virtud que perdura y es la manifestación más completa del carácter de Dios.

El **versículo 1 Corintios 13:13** se encuentra en un pasaje más amplio (**1 Corintios 13:1-13**) donde Pablo describe las características del amor, destacando que es paciente, amable, no envidioso, no jactancioso, no orgulloso, no grosero, no egoísta, no se irrita fácilmente, no guarda rencor, no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad.

La caridad, como amor cristiano, es el centro de la vida de San Juan de Dios. Su servicio a los pobres y enfermos es una manifestación concreta de este amor.

San Juan de Dios, en sus cartas, interpreta y vive la esperanza como una virtud profundamente cristiana, enraizada en el amor a Dios y en la confianza en su misericordia. Aunque sólo se conservan seis cartas de su autoría, los escritos y testimonios posteriores a él, muestran cómo su esperanza se manifiesta en otros muchos aspectos.

3/

Esperanza como confianza en la Providencia.

San Juan de Dios vivía una entrega total a la voluntad de Dios. En sus cartas, se percibe una confianza absoluta en que Dios proveerá lo necesario, especialmente para los pobres y enfermos que él cuidaba. Esta esperanza no es pasiva, sino activa: lo impulsa a actuar con caridad, incluso en medio de la pobreza y la adversidad.

La presente será para haceros saber cómo yo estoy muy apasionado y con mucha necesidad, gracias a nuestro Señor Jesucristo por todo ello. Porque habéis de saber, hermano mío muy amado y muy querido en Cristo Jesús, que son tantos los pobres que aquí se allegan, que yo mismo muchas veces estoy espantado cómo se pueden sustentar; mas Jesucristo lo provee todo y les da de comer, porque solamente de leña es menester siete y ocho reales cada día, porque como la ciudad es grande y muy fría, especialmente ahora de invierno, son muchos los pobres que se llegan a esta casa de Dios; porque entre todos, enfermos y sanos y gente de servicio y peregrinos hay más de ciento y diez (2ª GL. líneas 4-15).

[...] y para todo esto no hay renta, mas Jesucristo lo provee todo, porque no hay día ninguno que no son menester, para provisión de la casa, cuatro ducados y medio, y a las veces cinco; esto para pan y carne y gallinas y leña, sin las medicinas y vestidos, que es otro gasto por sí. Y el día que no se halla tanta limosna que baste a proveer lo que dicho tengo, tómolos fiado y otras veces ayunan (2ª GL. líneas 20-26).

LH n.342

La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino. En este sentido, el **Papa Francisco** en *Spes non confundit* señala que san Pablo es muy realista. Sabe que la vida está hecha de alegrías y dolores, que el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento. Y eso lleva a desarrollar una virtud **“estrechamente relacionada con la esperanza: la paciencia”**.

La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, **‘la vida no termina, sino que se transforma’** para siempre. ¿Qué será de nosotros, entonces, después de la muerte? Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. El juicio de nuestra existencia, se refiere a la salvación que esperamos y que Jesús nos ha obtenido con su muerte y resurrección. Por lo tanto, está dirigido a abrirnos al encuentro definitivo con Él. Y dado que no es posible pensar en ese contexto que el mal realizado quede escondido, este necesita ser purificado por los avatares de la vida, para permitirnos el paso definitivo al amor de Dios.

4/

Esperanza como motor de caridad. Caridad que nace de la esperanza.

La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de

todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad.

La esperanza de san Juan de Dios no es individualista. Lo lleva a entregarse por completo al servicio de los demás, especialmente de los más necesitados. En sus cartas, exhorta a otros a vivir con generosidad, confiando en que Dios recompensa incluso el más pequeño acto de amor.

▼

Así que, hermano mío mucho amado y querido en Cristo Jesús, viéndome tan empeñado, que muchas veces no salgo de casa por las deudas que debo, y viendo padecer tantos pobres, mis hermanos y prójimos, y con tantas necesidades, así al cuerpo como al alma, como no los puedo socorrer, estoy muy triste; mas empero confío en solo Jesucristo, que Él me desempeñará, pues Él sabe mi corazón. Y así digo que maldito el hombre que confía de los hombres, sino de sólo Jesucristo.

De los hombres has de ser desamparado, que quieras o no, mas Jesucristo es fiel y durable; y pues que Jesucristo lo provee todo, a Él sean dadas las gracias por siempre jamás, amén Jesús (2ª GL. líneas 31-42).

“Por amor a Jesucristo os ruego...” Toda la vida de Juan de Dios fue un acto de amor: hacia los pobres, los enfermos, los marginados. Su esperanza no lo encerró en sí mismo, sino que lo impulsó a salir al encuentro del otro. La esperanza de san Juan de Dios es fecunda porque está unida a la caridad. La esperanza se encarna en la caridad. No espera solo para sí, sino que se convierte en instrumento de esperanza para los demás.

▼

Dios delante sobre todas las cosas del mundo, confiando sólo en Jesucristo, que es la perfecta certidumbre (1ª DS. líneas 26-27).

Confía sólo en Jesucristo: ¡Maldito el hombre que confía del hombre! De los hombres has de ser desamparado, que quieras o no, mas de Jesucristo no, que es fiel y durable. Todo parece sino las buenas obras (1ª DS. líneas 32-33).

Hermana mía, siempre os doy importunación y enojo, mas yo espero en Dios que algún día os será descanso para vuestra alma (1ª DS. líneas 88-89).

Vuestro menor y desobediente hermano, Juan de Dios, si Dios quisiere, muriendo, mas empero callando y en Dios esperando, el que desea la salvación de todos como la suya misma, amén Jesús (1ª DS. líneas 118-120).

Dios os salve, hermana mía muy amada en Jesucristo, la muy noble y virtuosa y generosa y humilde Duquesa de César; a vos y a vuestra compañía toda Jesucristo os salve y guarde, y a todos cuantos Dios quisiere y mandare, amen Jesús (2ª DS. líneas 2-5).

miento tiene sentido cuando se une al de Cristo. Su esperanza está anclada en la vida eterna y en la redención, lo que le permite afrontar el dolor con serenidad y fe. La cruz es necesaria en cualquier estado. La esperanza no es evasión del sufrimiento, sino que se vive a través de la aceptación de la cruz como camino hacia la salvación. En la persona de san Juan de Dios, la esperanza no es una idea abstracta ni una emoción pasajera, sino una virtud encarnada en la acción, en la entrega y en la fe profunda. Sus cartas, aunque breves, son testimonio de una vida transformada por el amor de Dios y sostenida por la certeza de su promesa.

▼

No estéis desconsolada; consolaos con solo Jesucristo. No queráis consuelo en esta vida, sino en el cielo; y lo que Dios os quisiere acá dar, dadle siempre gracias por ello. Cuando os sintiéreis apasionada, recurrid a la Pasión de Jesucristo, nuestro Señor, y a sus preciosas llagas, y sentiréis gran consolación (1ª DS. líneas 47-51).

Por su propia experiencia sabe acompañar el dolor de los demás y sabe ayudar en la elaboración de la pérdida sea de la índole que se presente:

▼

Pues nuestro Señor Jesucristo quiso llevarse a una hija suya que tanto quería y amaba, doña Francisca, hija de don Bernardino, sobrino del Marqués de Mondéjar, pues nuestro Señor Jesucristo le dio tal gracia que, mientras vivió acá en la tierra, hizo mucho bien siempre a los pobres, y a todas las personas que por amor de Dios le pedían nunca le faltaba bendita limosna que darles, que ninguno se iba desconsolado de su posada, más allá de solas buenas palabras y buen ejemplo que daba, y buena doctrina esta bienaventurada doncella, que son tantas las cosas que hacía que para escribirlas

5/

La esperanza viva de san Juan de Dios: una luz en medio del dolor.

En sus escritos, anima a otros a no desanimarse ante las dificultades, recordando que el sufri-

LH n.342

era menester un gran libro, mas algún tiempo lo escribiré más largo las cosas que de esta bienaventurada doncella, doña Francisca, que nuestro Señor Jesucristo la quiso llevar ahora para sí, donde está viva y sana y con mucho placer y descanso, cuanto a nuestra fe, y a lo que hemos visto todas las personas que la conocíamos.

Mediante la voluntad de Dios y las buenas obras que Jesucristo obraba en ella y la gracia que le daba, con que a todos hacía bien, así consejo como limosna, para todo; para todos le daba Jesucristo gracia y, por tanto, cuanto a nuestra fe y a lo que acá en la tierra le hemos visto hacer todos los que la conocíamos, no podemos sino juzgar que está ahora descansando con nuestro Señor Jesucristo y con todos los ángeles de la corte del cielo (2ª DS. líneas 13-30).

Hermana mía en Jesucristo, yo pensé de irme allá con vos la Pascua de Navidad, mas Jesucristo lo ordenó mucho mejor que yo merecía. ¡O buena Duquesa!, Jesucristo os pague en el cielo la limosna y santa caridad que siempre me hicisteis y os traiga con bien al buen Duque, vuestro muy generoso y humilde marido, y os dé hijos de bendición, yo espero en Jesucristo que sí dará. Y acordaos viendo lo que yo os dije un día en Cabra: tened esperanza en solo Jesucristo que de Él seréis consolada, aunque ahora paséis trabajos, porque al fin han de ser para más consolación y gloria vuestra, si por Jesucristo los padecéis (3ª DS. líneas 14-21).

6/

Esperanza para los que no la tienen, para los enfermos, para los migrantes, para los ancianos, para los pobres.

No acabaríamos de hacer apartados en los que se fija la esperanza, sea en los momentos actuales, sea en los momentos de Juan de Dios. Y este sería el panorama aproximado y su enfoque existencial, tanto para la actualidad como para Juan Ciudad-Juan de Dios. Estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria. Por ejemplo, para los presos, para los pobres que, privados de la libertad, o con sus limitaciones, experimentan cada día el vacío afectivo, las restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto.

No quiero pedirlos ahora aguinaldo porque sé que hay allá hartos pobres a quien hacer bien, sino que nuestro Señor os dé salvación para el alma, que en esta vida cuitada el buen vivir es la llave de aquél que salvarse sabe, que lo otro todo es nada. Vuestro desobediente y menor hermano, Juan de Dios, si Dios quisiere, muriendo, mas empero callando y en Dios esperando, el que desea la salvación de todos como la suya misma, amén Jesús (2ª GL. líneas 91-98).

Que se ofrezcan signos de esperanza a los enfermos que están en sus casas o en los hospitales. Que sus sufrimientos puedan ser aliviados con la cercanía de las personas que los visitan y el afecto que reciben. Las obras de misericordia

San Juan de Dios nos enseña que la esperanza se encarna en la acción: servir a los enfermos, pobres, migrantes y ancianos es ofrecer signos tangibles de vida y dignidad

son igualmente obras de esperanza, que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud.

Que no falte una atención inclusiva hacia cuantos hallándose en condiciones de vida particularmente difíciles experimentan la propia debilidad, especialmente a los afectados por patologías o discapacidades que limitan notablemente la autonomía personal. Y es que cuidar de ellos es un himno a la dignidad humana, un canto de esperanza que requiere acciones concertadas por toda la sociedad. No pueden faltar signos de esperanza hacia los migrantes, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias, señala el papa Francisco. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le niegue el derecho a construir un futuro mejor. Que, a los numerosos exiliados, desplazados y refugiados, a quienes los conflictivos sucesos internacionales obligan a huir para evitar guerras, violencia y discriminaciones, se les garantice la seguridad, el acceso al trabajo y a la instrucción, instrumentos necesarios para su inserción en el nuevo contexto social.

La presente será para haceros saber cómo yo estoy muy apasionado y con mucha necesidad, gracias a nuestro Señor Jesucristo por todo ello. Porque habéis de saber, hermano mío muy amado y muy querido en Cristo Jesús, que son tantos los pobres que aquí se allegan, que yo mismo muchas veces estoy espantado cómo se pueden sustentar; mas Jesucristo lo provee todo y les da de comer, porque solamente de leña es menester siete y ocho reales cada día, porque como la ciudad es grande y muy fría, especialmente ahora de invierno, son muchos los pobres que se llegan a esta casa de Dios; porque entre todos, enfermos y sanos y gente de servicio y peregrinos hay más de ciento y diez. Porque así como esta casa es general,

así reciben en ella generalmente de todas enfermedades y suerte de gentes, así que aquí hay tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, paralíticos, tiñosos y otros muy viejos y muchos niños; y sin éstos, otros muchos peregrinos y viandantes que aquí se llegan y les dan fuego y agua y sal y vasijas para guisar de comer, y para todo esto no hay renta, mas Jesucristo lo provee todo, porque no hay día ninguno que no son menester, para provisión de la casa, cuatro ducados y medio, y a las veces cinco; esto para pan y carne y gallinas y leña, sin las medicinas y vestidos, que es otro gasto por sí (2ª GL. líneas 4-25).

Es preciso añadir el deseo de que la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor. Y así también Juan de Dios:

Hermana mía muy amada la buena duquesa de César, envíame otro anillo o cualquier cosa que sea de vuestra mano porque tenga que empeñar; que el otro bien empleado está, que ya lo tenéis en el cielo. Al ama, la muy humilde, y a todas las dueñas y doncellas, si tienen alguna cosita de oro o de plata que me envíen para los pobres y para enviar al cielo que me lo envíen porque me acuerde de ellas. Nuestro Señor Jesucristo os salve y guarde, buena duquesa. A vos y a toda vuestra compañía y a cuantos Dios quisiere y mandare, amén Jesús. Y sin ello, y con ello, estoy en gran obligación de rogar a Dios por todos y por todas las de vuestra casa y noble posada (2ª DS. líneas 180-189).

Es imperante apremiante transmitir esperanza para los millares de pobres, que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir.

LH n.342

Frente a la sucesión de oleadas de pobreza siempre nuevas, existe el riesgo de acostumbrarse y resignarse. Pero no podemos apartar la mirada de situaciones tan dramáticas, que hoy se constatan en todas partes y no sólo en determinadas zonas del mundo. Encontramos cada día personas pobres o empobrecidas que a veces pueden ser nuestros vecinos. A menudo no tienen una vivienda, ni la comida suficiente para cada jornada y no lo olvidemos: los pobres, casi siempre, son víctimas, no culpables.

La presente es para haceros saber cómo yo llegué muy bueno, a Dios gracias, y traje más de cincuenta ducados. Con lo que tenéis allá y lo que yo traje, pienso que allegarán a cien ducados; y después que vine, me he empeñado en treinta ducados, o más, que ni basta eso ni esotro, que tengo más de ciento y cincuenta personas que mantener y todo lo mantiene Dios cada día (1ª GL. líneas 4-10).

Si mirásemos cuán grande es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer bien mientras pudiésemos; pues que dando nosotros, por su amor, a los pobres lo que Él propio nos da y nos promete ciento por uno en la bienaventuranza ¡O bienaventurado logro y usura! ¿Quién no da lo que tiene a este bendito mercader, pues hace con nosotros tan buena mercancía, y nos ruega, los brazos abiertos que nos convirtamos y lloremos nuestros pecados y hagamos caridad primero a nuestras almas y después a los prójimos? Porque así como el agua mata al fuego, así la caridad al pecado (1ª DS. líneas 73-81).

Pues ahora, hermana mía, perdóname que siempre soy prolijo en escribir, más aún no os escribo todo lo que yo quisiera, porque estoy muy apasionado y aun malo de los ojos y con mucha necesidad,

lo cual nuestro Señor Jesucristo os aclare; que con esta obra que he comenzado no puedo valerme, porque estoy renovando todo el hospital, y son muchos los pobres y grande el gasto que aquí se hace, y se provee todo sin renta; mas Jesucristo lo provee todo, que yo no hago nada (2ª DS. líneas 132-139).

Hermana mía en Jesucristo, Jesucristo os pague en el cielo la limosna que disteis Angulo para aquellas pobres y para su camino que fue cuatro ducados (2ª DS. líneas 158-160).

7/

Esperanza escatológica.

Como muchos santos de su tiempo, san Juan de Dios tenía una fuerte conciencia del fin último del ser humano: la unión con Dios. Esta visión escatológica le daba una perspectiva de eternidad que impregnaba su vida diaria y sus decisiones.

¡Hermana mía en Jesucristo, la buena Duquesa! La limosna que me hicistéis ya los ángeles la tienen asentada en el cielo en el libro de la vida. El anillo está bien empleado, que dos pobres llagados hice vestir y compré una manta con lo que me dieron por él. Esta limosna está delante de Jesucristo rogando por vos. El alba y los candeleros puse luego en el altar en vuestro nombre, porque alcancéis parte en todas las misas y oraciones que aquí se dijeren. Plega a nuestro Señor Jesucristo de daros por todo ello el galardón en el cielo. Dios os lo pague, que tan buen

recibimiento me hicisteis vos y todos los de vuestra casa. Dios reciba vuestra alma en el cielo y de todos cuantos hay en esa casa (1ª DS. líneas 11-20).

“Hermana mía muy amada y muy querida, por amor a Jesucristo os ruego que tengáis tres cosas en la memoria, que son: la hora de la muerte, de la cual ninguno puede escaparse; las penas del infierno; la gloria y bienaventuranza del Paraíso.”

Este fragmento muestra cómo San Juan de Dios vivía la esperanza escatológica: recordando la muerte, pero también la gloria del Paraíso como destino final para quienes aman y sirven a Dios.

Nuestro Señor los reciba en el cielo sus almas y los lleve con bien a ojos de vuestra muy humilde madre doña María de Mendoza, la muy noble y virtuosa y generosa, la que siempre desea agradar y servir a nuestro Señor Jesucristo (2ª DS. líneas 105-108).

Envíame luego los veinticinco ducados, porque esos y muchos más debo, y los están esperando. Por señas que os los di en un talegoncillo de lienzo una noche en vuestra huerta de los naranjos, paseándonos entramos en el huerto.

Yo espero en nuestro Señor Jesucristo que algún tiempo os pasearéis en el huerto celestial (1ª GL. líneas 13-18).

Nuestro Señor Jesucristo os pague en el cielo la buena obra que por Jesucristo hicisteis y por los pobres y por mí. Jesucristo os lo pague, amén Jesús (2ª GL. líneas 64-66).

Y perdóname que os doy tanto trabajo, que algún día os será descanso en el cielo (2ª GL. líneas 84-85).

8/

Esperanza en el futuro.

Mirar el futuro con esperanza también equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás, apunta el papa Francisco. Sin embargo, debemos constatar con tristeza que en muchas situaciones falta esta perspectiva. La primera consecuencia de ello es la pérdida del deseo de transmitir la vida. Sin embargo,

“A causa de los ritmos frenéticos de la vida, de los temores ante el futuro, de la falta de garantías laborales y tuteladas sociales adecuadas, de modelos sociales cuya agenda está dictada por la búsqueda de beneficios más que por el cuidado de las relaciones, se asiste en varios países a una preocupante disminución de la natalidad”.

Y Juan de Dios con su sensibilidad a raudales, empatiza con quien contacta:

Nuestro Señor Jesucristo os lo pague en el cielo y os traiga con bien al buen Duque de César, vuestro muy humilde marido, y os dé hijos de bendición para con que le sirváis y le amáis sobre todas las cosas del mundo. Confía sólo en Jesucristo, que vendrá muy presto y con salud del cuerpo y del alma, y no estéis apasionada ni desconsolada, que de aquí adelante os sentiréis más alegre que hasta aquí habéis estado; y vos hallaréis por verdad lo que os dije, confiando sólo en Jesucristo, Dios delante sobre todas las cosas del mundo; que yo no sé nada. Jesucristo

LH n.342

lo sabe todo, y con su ayuda habéis de ser consolada muy presto con la vista de vuestro muy humilde marido, al cual yo tanto quiero y amo y tanto soy en cargo a él y a todas sus cosas. ¡Y cuántas veces me ha sacado de cautivo y desempeñado y me ha consolado con su bendita limosna, la cual tienen los ángeles en el cielo asentada en el libro de la vida, donde tiene hecho un gran tesoro para cuando vayáis allá, buena Duquesa!

¡Que gocéis de él para siempre, vos y él, vuestro humilde marido, el buen Duque de César! (2ª DS. líneas 41-55).

La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor. Por este motivo, es “urgente que, además del compromiso legislativo de los estados, haya un apoyo convencido por parte de las comunidades creyentes y de la comunidad civil tanto en su conjunto como en cada uno de sus miembros, porque el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda sociedad y es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza. Juan de Dios insiste confiado y deseando lo mejor para los demás:

Dios se lo pague: ¡cuántas veces me ha sacado de cautivo y desempeñado! ¡Plega a nuestro Señor Jesucristo de traerle con bien y le dé hijos de bendición! (1ª DS. líneas 23-25).

En este sentido, Francisco señala que la comunidad cristiana, por tanto, no se puede quedar atrás en su apoyo a la necesidad de una alianza social para la esperanza, que sea inclusiva y no ideoló-

gica, y que trabaje por un porvenir que se caracterice por la sonrisa de muchos niños y niñas que vendrán a llenar las tantas cunas vacías que ya hay en numerosas partes del mundo. Pero todos **necesitamos** recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes.

9/

Esperanza para los jóvenes.

También necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: los jóvenes. Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir, dice el papa Francisco.

Es hermoso verlos liberar energías, por ejemplo, cuando se entregan con tesón y se comprometen voluntariamente en las situaciones de catástrofe o de inestabilidad social. Sin embargo, resulta triste ver jóvenes sin esperanza. Por otra parte, cuando el futuro se vuelve incierto e impermeable a los sueños; cuando los estudios no ofrecen oportunidades y la falta de trabajo o de una ocupación suficientemente estable amenazan con destruir los deseos, entonces es inevitable que el presente se viva en la melancolía y el aburrimiento.

Así, advierte que la ilusión de las drogas, el riesgo de caer en la delincuencia y la búsqueda de lo efímero crean en ellos, más que en otros,

Acompañar a los jóvenes con fe, guía y amor es sembrar esperanza en su presente y en su futuro

confusión y oscurecen la belleza y el sentido de la vida, abatiéndolos en abismos oscuros e induciéndolos a cometer gestos autodestructivos.

Juan de Dios gran conocedor del corazón humano, da muestras de ser un buen profesional para diagnosticar, formar y acompañar a los más jóvenes. Es realista y exigente para quien desea acompañarle en su misión de caridad:

Yo no sé cosa que os diga. Es tanto de rebato esta carta para que luego os envíe, dándome tanta prisa que casi no tengo lugar de encomendarlo a Dios, que es menester encomendarlo mucho a nuestro Señor Jesucristo y de más espacio que estoy yo. Y viendo como vos sois tan flaco muchas veces, ende más con esto de las mujeres, que no sé yo qué os diga para traerlos acá porque Pedro no es ido ni sé cuándo se irá, mas él dice que se quiere ir, mas yo no sé de cierto cuándo será su ida **(LB. líneas 9-16)**.

Si yo supiese de cierto que acá aprovecharíais para vuestra alma y para la de todos, luego os mandaría que os viniéseis, mas he miedo no sea otra cosa; mas paréceme que sería mejor correr ahora la crujía algunos días, hasta que viniéseis muy bien hecho, sujeto a trabajos y días de muy mucha mala ventura y de mucho bien a vueltas, mas por otro cabo me parece que si os habéis de ir a perder, que sería muy mejor volveros, mas en esto Dios sabe lo mejor y la verdad **(LB. líneas 16-23)**.

Ya se va allegando el tiempo que habéis de tomar estado. Si habéis de venir acá habéis de hacer algún fruto a Dios y habéis de dejar el cuero y las correas. Acordaos de san Bartolomé, que lo desollaron y llevó el pellejo a cuestras, que, si acá venís, no habéis de venir sino para trabajar y no holgar, que al hijo más querido se le dan mayores trabajos **(LB. líneas 50-58)**.

Así en ahora, mas ahora, nunca acabamos de salir de los embaucamientos del demonio hasta que viene la hora de la muerte, y queda todo falso lo que el mundo y el diablo prometen; pues que cual nos hallare el Señor, tal nos juzgará,

bueno será enmendarnos con tiempo y no hacer como aquellos que dicen mañana, mas mañana y nunca comienzan **(2ª DS. líneas 76-81)**.

Aquí no hay más que deciros, sino que Dios os salve y os guarde y os encamine en su santo servicio a vos y a todo el mundo **(LB. líneas 77-79)**.

El menor hermano de todos, Juan de Dios, si Dios quisiere muriendo, mas empero callando y en Dios esperando, esclavo de nuestro Señor Jesucristo, deseoso de servirle, amén Jesús **(LB. líneas 85-88)**.

Y, sin abandonar la esperanza que nos preocupa, así lo hace Juan de Dios a uno de sus bienhechores de confianza, brindando orientaciones para sus hijos:



Vuestro hijo, el buen caballero, que me parece que es el mayorazgo, será como Dios quisiere, y nuestro Señor Jesucristo haga sus cosas y obras y hechos.

Paréceme a mí que, si Dios quisiere, que será mejor casarlo lo más presto que pudiéreis, si él dice que quiere ser casado; y aunque os digo lo más presto, por eso no os habéis de matar, que la matanza que habéis de tomar ha de ser en rogar a Dios que le dé buena mujer, porque él ahora me parece que es harto mancebo **(1ª GL. líneas 41-49).**

Plega a nuestro Señor Jesucristo que haga vuestros hechos como vos deseáis y como nuestro Señor Jesucristo sea más servido. Nuestro Señor Jesucristo sabe mejor lo que ha de hacer con vuestros hijos e hijas, y todo lo que nuestro Señor Jesucristo hiciera, lo habéis vos de dar por hecho y lo habéis de tener por bueno **(1ª GL. líneas 57-62).**

El vuestro menor hermano, Juan de Dios, si Dios quisiere, muriendo, mas

LH n.342

empero callando y en Dios esperando, el que desea la salvación de todos como la suya misma, amén Jesús. Plega a nuestro Señor Jesucristo que lo que vos hicieris y vuestros hijos e hijas, todo sea para servicio de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Virgen María.

Que nuestro Señor Jesucristo no permita que hagáis cosa que a Él no sea agradable. Amén Jesús (1ª GL. líneas 66-73).

10/

Esperanza como la de María.

María, la Madre de Dios, está presente en la vida de Juan de Dios podríamos decir casi de manera obsesiva. De hecho, sus cartas siempre las empieza así:

En nombre de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Virgen María, siempre entera. Dios delante sobre todas las cosas del mundo (1ª GL. líneas 1-2).

“La esperanza encuentra en la Madre de Dios su testimonio más alto”, sentencia el papa Francisco. “En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida. Como toda madre, cada vez que María miraba a su Hijo pensaba en el futuro, y ciertamente en su corazón permanecían grabadas esas palabras que Simeón le había dirigido en el templo: ‘Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espa-

da te atravesará el corazón’. Por eso, al pie de la cruz, mientras veía a Jesús inocente sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su ‘sí’, sin perder la esperanza y la confianza en el Señor”.

Para Juan de Dios María es un ejemplo sencillo y claro a seguir:

¡O hermana mía muy amada, la buena y humilde Duquesa! ¡Como estáis sola y apartada en ese castillo de Baena, cercada de vuestras muy virtuosas doncellas y dueñas muy honradas y honestas, trabajando y labrando de noche y día por no estar ociosa ni gastar el tiempo en vano! Queréis tomar ejemplo de nuestra Señora la Virgen María, siempre entera, que, siendo madre de Dios y Reina de los ángeles y Señora del mundo, tejía y labraba todo el día para su sustento, y de noche, y parte del día, oraba en su retrainamiento, para darnos a entender que, después del trabajo, hemos de dar gracias a nuestro Señor Jesucristo porque usa con nosotros de tanta misericordia en darnos de comer y beber y vestir, y todas las cosas sin merecerlo, que si Él no lo supliese, ¿qué valdría nuestro trabajo y astucia y diligencia? (2ª DS. líneas 113-124).

La devoción a María es una de las fortalezas que tuvo Juan de Dios. Por donde peregrinaba siempre se refugiaba en algún santuario mariano. Y, por descontado, practica y recomienda las devociones del momento a las personas a quienes dirige sus cartas, siempre con el trasfondo de la esperanza por la intercesión de la Virgen María.

Seos decir que me ha ido muy bien con el Rosario, que espero en Dios rezarlo cuantas veces pudiere y Dios quisiere. Ya os tengo dicho que, si viereis que os habéis de perder en esta ida, haced lo que mejor viereis.

Primero que os mudéis de esa ciudad, decid algunas misas al Espíritu Santo y a los Reyes, si tuviereis con qué, y si no la voluntad buena basta; si esto no bastare, baste la gracia de Dios (LB. líneas 80-85).

Por amor de nuestro Señor Jesucristo, que me encomendéis a la muy noble y virtuosa y generosa esclava de nuestro Señor Jesucristo, vuestra mujer, la que tanto deseo servir, y agradar a nuestro Señor Jesucristo y a nuestra Señora la Virgen María, siempre entera; y, por amor de Dios, obedecer y servir a su marido Gutierre Laso, esclavo de nuestro Señor Jesucristo, deseoso de servirle, amén Jesús (1ª GL. líneas 22-29).

También daréis mis encomiendas a vuestro hijo, el arcediano, que anduvo a pedir conmigo la bendita limosna, que es el menor esclavo de los esclavos de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Virgen María, siempre entera, el que desea siempre servir y agradar a nuestro Señor Jesucristo y a su bendita madre nuestra Señora la Virgen María (1ª GL. líneas 30-34).

traducen en el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, y requieren ser transformados en signos de esperanza. Además, supo disfrutar los momentos agradables que se le presentaron:

Vuestro desobediente y menor hermano Juan de Dios, si Dios quisiere, muriendo, mas empero callando y en Dios esperando, el que desea la salvación de todos como la suya misma, amen Jesús. Buena duquesa, muchas veces me acuerdo de los regalos que me hacíais en Cabra y en Baena y de aquellos migajones de mollete que me dábais. Dios os dé el cielo y Dios os dé de sus bienes, amén Jesús (2ª DS. líneas 190-195).

Y en cada momento, Juan rebosa esperanza en su biografía y en sus cartas, para la tierra y para todo ser humano, abogando por la justicia que devuelva la dignidad a las personas con las que trató sin hacer distinción de clases sociales. Vivió las virtudes de manera heroica y de manera integral, pero, sabiéndose hombre de fe, vive en continua esperanza traduciendo su obra bajo el prisma de la caridad.

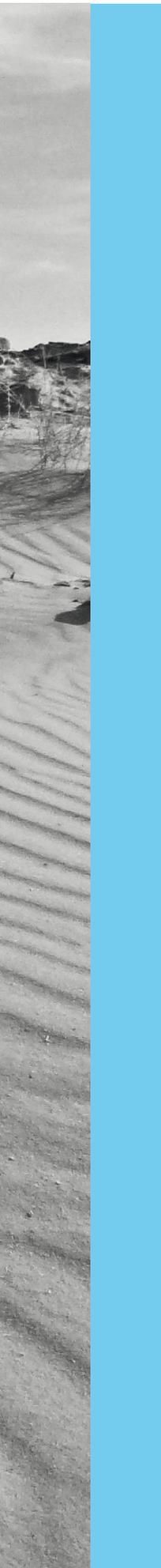
11/

A modo de epílogo.

San Juan de Dios nos enseña que la esperanza cristiana no es ingenuidad ni resignación, sino una fuerza transformadora. Es la certeza de que Dios camina con nosotros, incluso en la noche del dolor. En un mundo marcado por la incertidumbre, su testimonio sigue siendo actual: vivir con los ojos puestos en el cielo, los pies firmes en la tierra, y el corazón abierto al amor. Juan de Dios supo leer los signos de su tiempo. En este sentido, los signos de sus tiempos, se

De esta manera podremos vencer a estos enemigos que dicho tengo; y no confiar en sí mismo porque caerá mil veces al día en pecado, sino confiando sólo en Jesucristo, y por solo su amor y bondad no pecar, ni murmurar, ni hacer mal ni daño al prójimo, sino querer para el prójimo aquello que querriamos que nos hiciesen a nosotros, y desear que todos se salven; y amar y servir a solo Jesucristo, por quien Él es, y no por temor al infierno (2ª DS. líneas 90-96).





06/

Caminando con los asistidos:

esbozos de una pastoral de la esperanza.

Susana Queiroga,

Socióloga (PhD, D, Sc). Instituto S. João de Deus.
Lisboa (Portugal)

Este artículo propone una reflexión sobre la pastoral como espacio de mediación de la esperanza, especialmente en contextos de vulnerabilidad existencial, ya sea en el ámbito de la pastoral de la salud o de la pastoral social. Se enfatiza la idea de que la verdadera eficacia de la presencia pastoral no reside en la resolución externa de los problemas, sino en la capacidad de caminar junto a la persona asistida, participando en su proceso de reconstrucción y resignificación. Se argumenta que la pastoral, en este sentido, puede ofrecerse como motor de transformación, propiciando un espacio para convertir las experiencias de derrota en caminos de superación, mediante la confianza y la esperanza activa.

Palabras clave: Esperanza, Pastoral, Agente de pastoral.

This article proposes a reflection on pastoral care as a space for mediating hope, especially in contexts of existential vulnerability, whether in the field of health ministry or social ministry. It emphasises the idea that the true effectiveness of pastoral presence does not lie in the external resolution of problems, but in the ability to walk alongside the person being assisted, participating in their process of reconstruction and re-signification. It argues that pastoral care, in this sense, can offer itself as an impetus for transformation, providing a space for converting experiences of defeat into paths of overcoming, through trust and active hope.

Key words: Hope, Pastoral care, Pastoral workers.

LH n.342

"La esperanza es como echar el ancla a la otra orilla y agarrarse a la cuerda".

Este pensamiento del **Papa Francisco** se expresa a través de una imagen muy impactante, sobre todo si tenemos en cuenta lo que está sucediendo en el mundo actual. El pensamiento nos ofrece una definición de la esperanza como una fuerza activa que nos impulsa hacia la promesa de alcanzar una situación mejor y, desde el punto de vista religioso, una esperanza que se alimenta de la asunción de la fe en la resurrección de Jesucristo, que a su vez nos da la idea de la transformación de la muerte (derrota) en victoria y nos da la confianza para afrontar los desafíos de la vida.

En un momento en que la Iglesia católica ha elegido el tema de la Esperanza para marcar este año jubilar, como respuesta a los desafíos que el pasado reciente ha planteado a la sociedad (la última pandemia, por ejemplo) y en un intento de restablecer confianza y renacimiento capaces de recuperar el sentido de la fraternidad, el mundo parece más dividido que nunca, sin saber cómo afrontar los problemas del cambio climático o de las migraciones, acosado por una multiplicación de conflictos a todos los niveles y bajo todas las formas.

Recuerda a una irracionalidad bélica que mi generación conoció a través de libros y testimonios, y a un oscurantismo flanqueado por muros

como los que cayeron en Berlín en los años ochenta (me guió por mi propia memoria).

Más allá del marco más global, centrado en el tema de la salud y la pastoral social, la metáfora del ancla también servirá de base, fundamentalmente porque el acercamiento y la atención a las personas en situación de mayor vulnerabilidad no puede dejar de ser un momento impulsor, transformador y de apoyo.

Por lo tanto, será importante analizar las diferentes dimensiones de la esperanza y comprender las distintas formas que adopta en función de las diferentes realidades que se presentan. Por último, el artículo destacará aspectos esenciales para quienes trabajan como asistentes espirituales y religiosos y capellanes, en adelante agentes de pastoral, en el contexto de la atención pastoral al estilo de San Juan de Dios.

1/

Esperanza, sanación y salvación.

Como señala **Freire (1997)**, no debemos ser tan ingenuos como para creer que la esperanza por sí sola puede cambiar el mundo o nuestras circunstancias, pero prescindir de la esperanza como cualidad ética de luchar por algo mejor es negar un apoyo fundamental, o un ancla, por utilizar la metáfora inicial.

Para **Ernst Bloch (1954-1959)**, el acto de esperar es atemporal, pero los objetos de la esperanza están delimitados en el tiempo. La esperanza trasciende el presente, pero se basa en toda la historia del individuo o de la comunidad. En el pensamiento de este filósofo, la esperanza es una potencia activa, presente en el ser

humano, que le hace proyectarse en el futuro de tal modo que puede anticipar lo que aún no es, pero podría llegar a ser.

Por otra parte, los objetos de la esperanza están delimitados en el tiempo porque se basan en tres tipos de posibilidad: posibilidad fáctica, que relaciona el estado actual de lo conocido y las condiciones existentes; posibilidad objetiva, que muestra lo que el objeto puede llegar a ser; posibilidad real, que implica el potencial de un objeto en proceso de transformación. De este modo, la esperanza deja de ser una abstracción vacía porque se basa en condiciones materiales y sociales concretas.

Tanto la esperanza como sus objetos pueden variar en función de la época, el lugar, el grupo social y el individuo: diferentes personas esperarán necesariamente cosas distintas. La perspectiva de Bloch contrasta con el concepto de angustia, que expresa la ausencia de posibilidades concretas. La angustia representará un colapso del sentido y significado de la vida ante la desesperanza por el futuro (Querido, 2005).

Cuando el contexto de la esperanza se sitúa entre la sanación y la salvación, el camino será necesariamente espiritual, ya que el individuo comienza a experimentar una realidad más allá de lo que realmente era la realidad hasta ese momento.

Cuando el foco está en la búsqueda de la cura, toda la esperanza está puesta en la cura y menos en los cambios estructurales que la enfermedad puede traer, ya que la enfermedad puede hacer que la vida, como potencial creativo, termine, aunque la vida, en su sentido biofísico, continúe. El individuo asumirá, por tanto, una nueva circunstancia. Y asumir la nueva circunstancia conduce a dos comportamientos: receptividad y actividad.

En el primer comportamiento, **la receptividad**, la vida comienza a considerarse desde nuevas perspectivas, encontrando ayuda para conectar con los aspectos unitarios y relacionales de

la realidad. Comienza a manifestar una visión completamente distinta del mundo, de los demás seres humanos y de la fuente última de la que surge la existencia.

En el segundo comportamiento, el de **la actividad**, el individuo parte de su nueva forma de ver el mundo, construyendo caminos creativos que reflejan mejor su conexión con el mundo. Establece nuevas distancias, si considera que lo que tenía hasta entonces puede conducirle a un peligro potencial, y nuevos enfoques. En otras palabras: ante una nueva circunstancia, como la experiencia de la enfermedad, el individuo buscará los ajustes necesarios en relación con un orden invisible, independientemente de que el resultado le garantice un lugar en la eternidad, ya que puede recurrir a otras vías para conseguirlo.

El cristianismo, por ejemplo, es en sí mismo un sistema de sanación que remite a la idea de salvación, cuya relación con lo divino está mediada por la figura de Cristo. Transmitir la figura de Cristo es, en todo caso, más que una promesa de sanación, una promesa de salvación porque, en sí misma, «**es una forma particular de esperanza**» (Fernandes, 2001: 24).

Cuando la medicina se divorció de su contexto sagrado, se introdujo a los individuos en el poder de la tecnología y la ciencia: el secularismo intelectual y el pluralismo social disminuyeron la confianza en una religión bíblica y en los supuestos materialistas que sustentaban la era de la medicina científica. Este divorcio ha levantado algunos de los flecos de cierta ortodoxia cultural: los sistemas metafísicos de sanación, al situarse entre la ciencia y la religión, han adquirido una capacidad para redescubrir diferentes poderes de sanación.

Por último, en este contexto es importante examinar los distintos significados de sanación. Uno más común (**cure**) está relacionado con la erradicación de una enfermedad concreta (**disease**), es decir, la expectativa de que en algún momento una enfermedad estará totalmente bajo control (Swinton, 2001).

LH n.342

Otro aspecto, más profundo (**healing**), tratará de dar a la enfermedad (**illness**) un significado psicosocial con consecuencias directas en los problemas derivados de la enfermedad y el cuestionamiento del significado que la situación de enfermedad tiene para la vida cotidiana.

Este segundo aspecto afecta a las estructuras de sentido y valores del individuo. Como tarea fundamentalmente espiritual, va más allá de los límites de la propia enfermedad y de su sanación (en el sentido común), es decir, más allá de la trascendencia. En este ámbito de la sanación, el individuo encontrará la fuerza que necesita para hacer frente a toda la experiencia de enfermedad por la que atraviesa en cada momento.

En consecuencia, el individuo se ve obligado a construir su propia identidad y su propio contexto, y en este sentido adopta una postura ambivalente ante la esperanza de salir airoso cuando atraviesa una situación de enfermedad. Esta ambivalencia se centra en la esperanza de sanación y en la esperanza de salvación.

En cuanto a la esperanza de sanación, la evolución técnico-científica de la medicina permite al individuo crear la sensación de que todo es posible cuando se trata de una intervención médica. Por otra parte, cuando la curación no es posible, siempre queda la esperanza de la salvación, sobre todo para quienes están apegados a una experiencia religiosa concreta. En esta “**competición**” por mantener una existencia humana valiosa, todo contribuye a alejar al individuo de la finitud. Así, sanación y salvación son las dos caras de la moneda que es el sentimiento de esperanza.

2/

La acción pastoral como motor de esperanza.

La acción pastoral debe ser depositaria de esperanza para quienes acuden a ella y, entendida en su carácter relacional e intersubjetivo, es un campo privilegiado para la escucha, la acogida y la presencia significativa. Tanto en el ámbito de la pastoral de la salud como en el de la pastoral social, un principio importante será la idea de que todo agente de pastoral no trabaja para la persona a la que asiste, sino que su actitud debe ser la de trabajar con la persona a la que asiste. Desde esta perspectiva, la esperanza surge no como un ideal abstracto, sino como una realidad concreta, experimentada en el vínculo que se establece y en la corresponsabilidad del cuidado. Por lo tanto, no tengo que hacer un plan de intervención individual, sino ser partícipe de este plan, que pertenece a las personas atendidas. Esta es la única fuente de esperanza, como vimos en el punto anterior.

De este modo, sólo puede haber acción interdisciplinar, ya sea en contextos sanitarios o sociales, si las aspiraciones, los objetivos y el “**locus**” de la esperanza son los de las personas que utilizan nuestros servicios. Los profesionales de la salud, incluidos los agentes de pastoral, no son más que facilitadores o, si queremos utilizar la metáfora inicial, hilos entrelazados que componen la cuerda a la que se aferran quienes buscan esperanza.

La esperanza, cuando se aborda en un contexto pastoral dinámico, no puede reducirse a un sentimiento vago o a una expectativa pasiva.

Es una fuerza que se actualiza en las relaciones y se consolida como posibilidad real de cambio. Surge de la escucha que legitima el dolor, de la presencia que sostiene la vulnerabilidad y de la

1. En cuanto a los lugares de reunión, es importante recordar lo que nos dice el documento “*Consuetudine Laudato Si*”, *Hacia una afirmación de la acción pastoral*: «Los centros de atención de la Orden deben ofrecer a quienes acuden a ellos un “nuevo hogar”, un lugar adecuado y orientado para la persona a la que asisten. Pierluigi Marchesi decía que, para ser humanizada, la estructura debe ser abierta, tener una línea de mando transparente y bien definida, basada en el trabajo en equipo, con un sentido permanente de formación y aprendizaje (el paciente como universidad), y al mismo tiempo ser una “casa familiar”. Esta “casa familiar”, este “nuevo hogar” encuentra un paralelismo con la “casa común” y comporta un sentido antropológico. Un autor afirma: “Hay dos realidades de las que una vida no prescinde para ser humana y plena: un amor al que entregarse y una casa de recepción, acogida y acogimiento de quienes florecen de este amor, un amor y un espacio donde sentirse amado y donde practicar la hospitalidad hacia el amado. El hogar y el amor no se pueden disociar, tan inextricable es su relación”. El desplazamiento de algunas etapas de la vida, es decir, el principio y el final, al lugar que es el “hospital”, significó que también aquí la vida se viviera de manera emocional,

cuidada y protegida, un espacio que calmaba los miedos y ofrecía seguridad». (2023, Comisión Pastoral de la Salud, OHSJD, pág. 10).

confianza que se construye en la reciprocidad. La pastoral funciona así como un espacio de encuentro¹ y de movilización interior, que permite a las personas ayudadas reconocer sus propias capacidades y construir esperanzas realistas.

La presencia pastoral es, por tanto, un contexto transformador que no pretende eliminar el sufrimiento, aunque a veces se caiga en la tentación de hacerlo mediante frases o prejuicios derivados de la naturaleza humana del cuidador. Como lugar de transformación, se ocupa de crear las condiciones para que el sufrimiento pueda tratarse mediante una escucha empática y una presencia respetuosa. En un contexto ideal, el agente de pastoral contribuye a la resignificación del dolor, permitiendo que se integre en el proceso de crecimiento y maduración personal, haciendo de la circunstancia del cuidador, ya sea enfermedad o necesidad social, un punto de inflexión y no un punto final.

Si queremos encuadrar estos fundamentos en la figura de san Juan de Dios y su estilo de atención, sabremos que es necesario desarrollar una pastoral que «**toque**» al hombre: una pastoral que ha de inspirarse en la manera en que Jesús supo acompañar y “**tocar**” a los discípulos de Emaús en el camino hacia el conocimiento y hacia la vida. Sabrá crear posibilidades para entrar en contacto con la fe a beneficio de quienes están en su búsqueda: basada en el respeto por la libertad del hombre, estará presente al lado del hombre sin condicionarlo, aceptará caminos autónomos, sabrá asimismo moverse por caminos transversales, seguirá al hombre, lo irá a buscar en su realidad existencial y experiencial, ofreciéndole puntos de orientación (OHSJD, 2012, p.23).

Al participar en los itinerarios de la persona asistida, el agente de pastoral refuerza la autonomía y la dignidad de quien sufre. El simple hecho de ser acompañado ya es un factor de protección psicológica y espiritual, que aumenta la resiliencia y la voluntad de afrontar sus circunstancias. En este contexto, la confianza emerge como un pilar central: confianza en la otra persona que

les acompaña, pero también en su propio potencial de recuperación. El agente de pastoral se convierte así en un facilitador de procesos más que en su protagonista. La pastoral, cuando se vive desde la escucha comprometida y la coautoría del cuidado, se convierte en una red de apoyo: una “**cuerda**” formada por hilos entrelazados, como sugiere la metáfora inicial.

Cada hilo representa la aportación de distintos profesionales y voluntarios, todos articulados en torno a un mismo eje: la promoción de la esperanza como motor de vida. Esta esperanza, compartida y sostenida colectivamente, tiene el potencial de impulsar a las personas a transformar su realidad, superar las dificultades y ganar confianza, incluso cuando están marcadas por el dolor o la pérdida.

3/

Reflexiones finales.

Volviendo al principio, la Iglesia ha elegido vivir este año jubilar bajo la égida de la esperanza. Por tanto, es una oportunidad para que todos los cristianos actúen especialmente en contextos de dolor y sufrimiento, viviendo la esperanza como una virtud activa y no como una expectativa pasiva de que las cosas mejorarán. Sobre todo, es una oportunidad para ser luz en contextos de oscuridad, ya sean globales o particulares, en las personas más pobres y vulnerables. Esta es nuestra mejor baza: formar parte de un «**hospital de campaña**», un lugar donde la gente pueda encontrar consuelo, perdón y una renovación de la esperanza. Y el año jubilar nos invita a ello porque es un tiempo de gracia y de renovación espiritual, porque es una oportunidad para abrir los corazones a la esperanza, superando el desánimo

Referencias bibliográficas

▶ **Armendáriz, L. (2003).**
“El nuevo rostro de la escatología cristiana”,
Cuadernos Teología Deusto 27, 35-66

▶ **Bloch, E. (1975).**
El principio esperanza I,
Trotta, Aguilar, Madrid

▶ **García Roca, J. (2002),**
*“Actualidad y destino de la esperanza
desde las víctimas”,*
RLT 19/57 (2002) 197-237, aquí 212

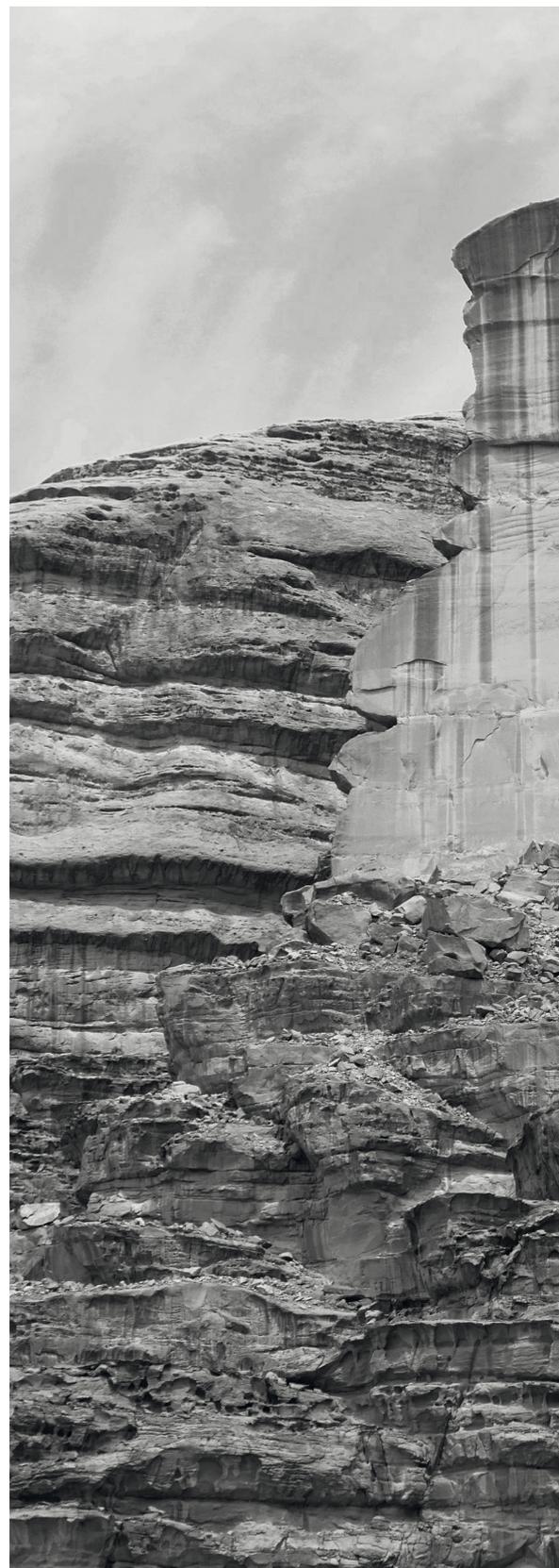
▶ **García Roca, J. (2003),**
“Voces y susurros de la esperanza”,
Polis 6|2003, consultado 01/02/235 URL:
<http://polis.revues.org/6428>

▶ **Gonzalo Díaz, L.A. (2020).**
“¿Dónde está tu Dios?”:
VR, 17/04/2010.
<http://www.vidareligiosa.es/>

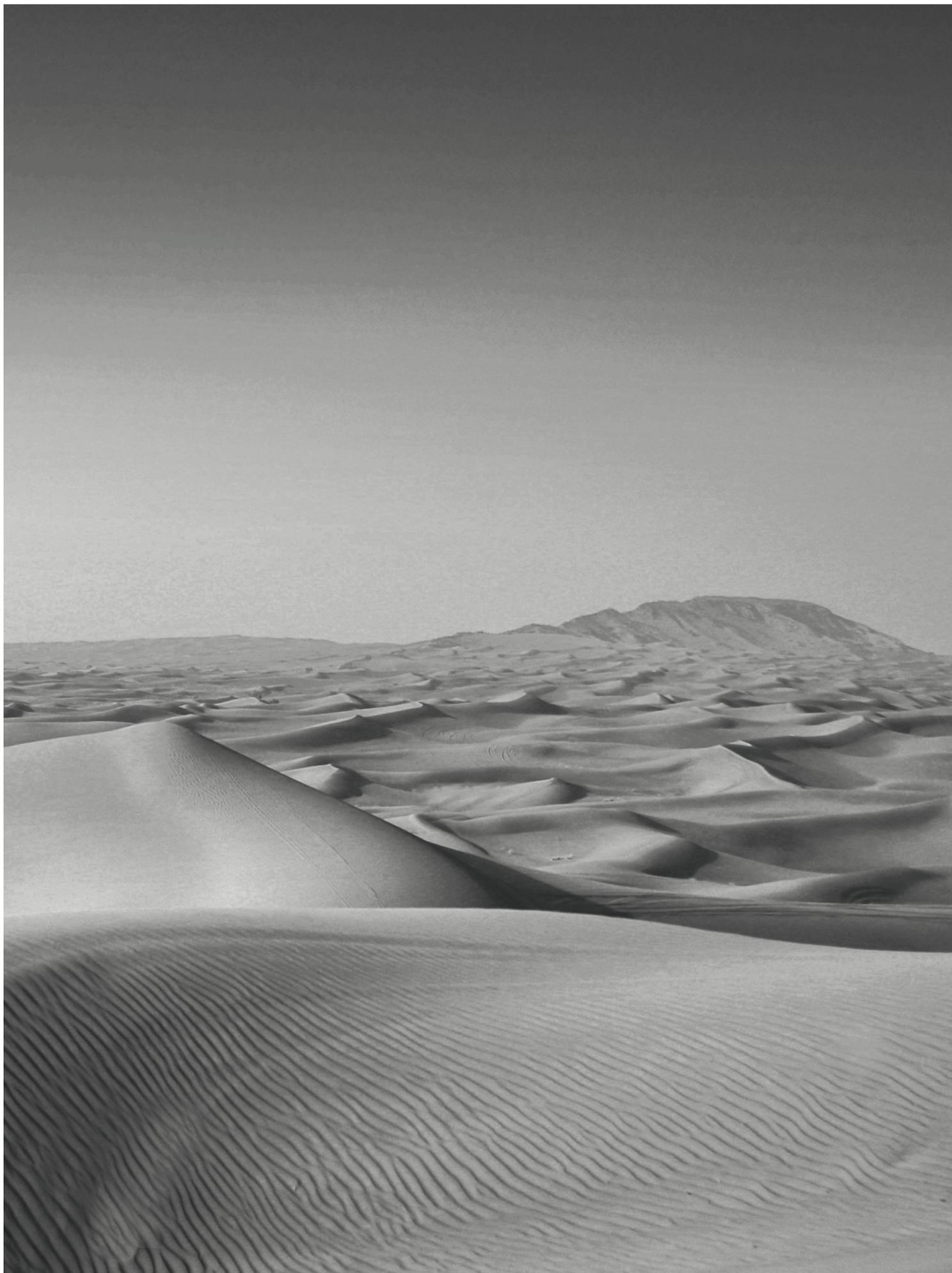
▶ **MacIntyre, A. (2001),**
Animales racionales y dependientes,
Grupo Planeta (GBS)

▶ **Laín Entralgo, P (2025).**
Antropología de la esperanza,
Encuentro, Madrid

▶ **Heaney, S. (1995).**
“El desagravio de la poesía”:
Culturas 504
(Diario 16, 7 de octubre de 1995)







07/

El acompañamiento espiritual como generador de esperanza.

Begoña Moreno Guinea ,

Psicóloga. Profesional SAER.

Coordinadora Departamento Espiritualidad San Juan de Dios España.

El artículo reflexiona sobre el acompañamiento espiritual como fuente generadora de esperanza, tomando como inspiración la parábola del Buen Samaritano y la espiritualidad de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

A través de la figura del Samaritano, se plantea un modelo de cuidado integral basado en la compasión activa, la cercanía y la atención a la vulnerabilidad humana. Se subraya que el acompañamiento espiritual no consiste en ofrecer soluciones inmediatas, sino en sostener con presencia, empatía y apertura trascendente a quien sufre. Desde una perspectiva teológica, filosófica y ética, se reconoce la vulnerabilidad como condición universal y lugar de encuentro con el otro y con Dios, donde surge la esperanza como resistencia frente a la desesperanza.

El artículo aborda la “ética del encuentro”, inspirada en autores como Lévinas, Ricoeur, Torralba y Frankl, destacando la centralidad del rostro del otro y la responsabilidad de responder con cuidado y amor gratuito. En conclusión, el acompañamiento espiritual es presentado como un acto radical de hospitalidad y misericordia que transforma el sufrimiento en espacio de dignificación y genera un horizonte de esperanza para la vida personal y comunitaria.

Palabras clave: Acompañamiento espiritual, Esperanza, Vulnerabilidad humana, Buen Samaritano, Dignidad humana.

This article reflects on spiritual accompaniment as a source of hope, taking inspiration from the Parable of the Good Samaritan and the spirituality of the Hospitaller Order of St. John of God.

Through the figure of the Samaritan, it presents a model of holistic care grounded in active compassion, closeness, and attention to human vulnerability. Spiritual accompaniment is not about offering immediate solutions but about sustaining those who suffer with presence, empathy, and openness to transcendence.

From a theological, philosophical, and ethical perspective, vulnerability is recognized as a universal condition and a place of encounter with others and with God, where hope arises as resistance against despair.

The article discusses the “ethics of encounter,” drawing on thinkers such as Lévinas, Ricoeur, Torralba, and Frankl, emphasizing the centrality of the other’s face and the responsibility to respond with care and unconditional love. In conclusion, spiritual accompaniment is presented as a radical act of hospitality and mercy that transforms suffering into a space of dignity and generates a horizon of hope for both personal and community life.

Key words: Spiritual accompaniment, Hope, Human vulnerability, Good Samaritan, Human dignity.

LH n.342

La parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37)

es un ejemplo claro de la acción pastoral. Un modelo de atención al vulnerable, que, además, para todos los que formamos parte de la Orden Hospitalaria, se convierte en lectura evangélica inspiradora para nuestro día a día.

La parábola del Buen Samaritano y la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios están profundamente unidas en su espíritu, misión y práctica concreta del amor al prójimo.

Esta relación no es solo simbólica, sino estructural: la vida y obra de san Juan de Dios se inspiraron directamente en esta enseñanza de Jesús, convirtiendo la parábola en modelo viviente de hospitalidad, compasión y esperanza para los más vulnerables. Un modelo claro de acompañamiento que sana y salva.

En la parábola, vemos cómo el samaritano no pasa de largo como el sacerdote o el levita; él se detiene, se acerca y se involucra en la vida de una persona herida y abandonada. Y, además, al subrayar su condición de samaritano, lo coloca, según la consideración de la época, como una persona extranjera y despreciada por los judíos. Pero, él se detiene, se compadece y actúa: cura sus heridas, lo lleva a una posada, paga su cuidado y promete volver. Aquí podemos apreciar un fuerte contenido ético y universal.

El Samaritano cura las heridas, pone al herido sobre su montura, lo lleva a una posada y se compromete con su recuperación. El acompañante espiritual hace lo mismo: cuida, sostiene,

y permanece, aun cuando no puede (ni debe) ofrecer soluciones concretas ni inmediatas. Su presencia es una forma visible de misericordia encarnada.

Jesús rompe las barreras culturales al presentar a un samaritano como el verdadero ejemplo de seguimiento evangélico. Esto nos desafía a ampliar nuestra mirada: acompañar y generar esperanza no puede quedar limitado a los “nuestros”, sino que debe incluir a todo ser humano que sufre, sin importar su origen, religión o condición.

Esta historia muestra que el amor verdadero, la fraternidad verdadera, trasciende barreras sociales, culturales y religiosas. No se basa en palabras o estatus, sino en la acción concreta que surge de la compasión activa. El samaritano es el modelo del que ve, se conmueve y actúa.

Esto es esencialmente lo que hace el acompañamiento espiritual: no es un acto superficial ni distante, no es estar cerca del que siente, piensa, cree o vive como uno mismo; sino que es una disposición interior de “**hacerse prójimo**”, estar presente con empatía ante el dolor del otro. Sea quien sea.

1/

La esperanza como fruto del amor concreto.

El herido al borde del camino representa a todas las personas vulnerables, marginadas o quebradas por la vida. En su situación, fácilmente podría hundirse en la desesperanza. Pero la acción del Samaritano reaviva el sentimiento de esperanza: alguien lo ha visto, se ha conmovido, ha detenido su propio rumbo y ha actuado por amor. El herido se ha convertido, al menos durante un tiempo, en protagonista de la vida del otro.

Este gesto no solo salva físicamente, atiende sus heridas físicas, las visibles, sino que ese encuentro restaura su dignidad y su confianza en los demás y en el futuro. Y es que, sin ningún atisbo de duda, la presencia de otra persona compasiva, con una mirada centrada en las necesidades de esa persona sufriente, genera esperanza porque hace visible que no estamos solos, que somos valiosos.

Que la vida frágil y quebrada tiene sentido para otros, incluso cuando la persona que sufre lo ha perdido. En este sentido, la esperanza brota del encuentro auténtico con el otro, del saberse mirado con amor, no con juicio ni indiferencia.

El acompañamiento espiritual, al estilo del Buen Samaritano, no espera nada a cambio. Es gratuito, compasivo y transformador, y revela un horizonte esperanzador que trasciende las heridas del presente.

2/

La vulnerabilidad humana: punto de encuentro con la esperanza.

Siempre, ante esta parábola nos centramos en las características del Samaritano. Hagamos ahora una reflexión centrada en el herido. En la persona vulnerable.

La vulnerabilidad humana es una condición universal e ineludible. Todos los seres humanos, sin excepción, somos frágiles, limitados, necesitados. Nacemos dependientes y a lo largo de la vida enfrentamos pérdidas, enfermedades, fracasos, incertidumbres y, finalmente, la muerte.

Esta fragilidad existencial no es un defecto, sino una característica fundamental de nuestra humanidad.

Lejos de ser una condena, puede convertirse en una puerta hacia la esperanza cuando es asumida con verdad, acompañamiento y apertura trascendente. Aceptar la vulnerabilidad es camino para la autenticidad y el pleno desarrollo personal.

La cultura actual promueve con frecuencia una imagen del ser humano autosuficiente, fuerte, productivo, inquebrantable. Esta visión impide reconocer la verdad profunda de nuestra existencia: somos vulnerables y dependemos de los otros.

Como señala el filósofo francés Paul Ricoeur en su obra *Sí mismo como otro*, solo cuando aceptamos nuestra fragilidad nos volvemos verdaderamente humanos, capaces de compasión, de solidaridad y de apertura al Otro (con mayúscula y minúscula).

Aceptar la propia vulnerabilidad no significa resignarse ni victimizarse, sino reconocer con humildad que necesitamos del otro y que no tenemos el control absoluto. Esta aceptación es el primer paso hacia una esperanza auténtica, porque nos permite abrirnos a recibir ayuda, consuelo y encontrar sentido y propósito vital.

La vulnerabilidad también nos une. Es en la experiencia del sufrimiento, del dolor compartido, donde muchas veces nacen los vínculos más profundos. En este sentido, la vulnerabilidad se convierte en un terreno fértil para la empatía, la solidaridad y el encuentro.

Cuando alguien acompaña a otro en su fragilidad -como el Buen Samaritano- no lo hace desde una superioridad, sino desde la conciencia de que también él es vulnerable. Del convencimiento de que todos en algún momento de nuestra vida (o en muchos momentos) vamos a ser conscientes de manera plena de esa vulnerabilidad y del que el sufrimiento está presente

LH n.342

en la humanidad. Podemos pensar que esa experiencia de encuentro, o ese deseo de encuentro con el otro, es una característica auténticamente humana:

“Hay dentro de cada uno de nosotros un potencial de bondad más allá de nuestra imaginación; por dar que no busca recompensa; por escuchar sin juzgar; por amar incondicionalmente”
(Elisabeth Kubler-Ross)¹.

En un mundo marcado por la desigualdad, la soledad y el sufrimiento, las personas se encuentran con demasiada frecuencia en situaciones donde la esperanza se desvanece -ya sea por motivos económicos, sociales, físicos o psicológicos-.

Ante esta realidad, el acompañamiento espiritual emerge como una praxis profundamente humana y trascendente, capaz de encender una luz en medio de la oscuridad.

Más allá del mero consuelo emocional, este acompañamiento se convierte en un acto ético, teológico y filosófico que afirma la dignidad, renueva el sentido de la vida y ofrece un horizonte de esperanza.

El encuentro, definido como un lugar seguro entre una persona que sufre y otro dispuesto a ser consuelo, no sólo ayuda material o técnica, se convierte también indudablemente en un lugar teológico desde el cual Dios habla y actúa.

La teóloga Dorothee Sölle² afirma que la compasión que aparece en este contexto de encuentro, no es un acto de poder o sino de comunión: es el momento en que dos fragilidades se encuentran y se abrazan.

Esta comunión genera esperanza, porque rompe el aislamiento del sufrimiento y nos recuerda que no estamos solos.

Desde la teología cristiana, la vulnerabilidad no es solo una condición humana, sino también un lugar donde Dios se revela y actúa.

En la encarnación de Cristo -Dios hecho hombre- se manifiesta un misterio profundamente transformador: Dios no se mantuvo al margen de la fragilidad humana, sino que la asumió plenamente. Jesús nace en la pobreza, sufre el rechazo, llora ante la muerte de un amigo, y muere en la cruz. Su vulnerabilidad es real y radical.

Por ello, la fe cristiana no es ajena al sufrimiento, sino que lo abraza y lo transfigura. En la cruz, el mayor signo de sufrimiento, se revela también el mayor acto de amor y de esperanza.

Las personas vulnerables -enfermos, ancianos, pobres, migrantes, víctimas de violencia, presos- experimentan una pérdida de sentido y de esperanza. Pero cuando se sienten presentes, acompañadas y valoradas, algo cambia profundamente. La esperanza no brota de la negación del dolor, sino del amor que lo abraza y lo dignifica.

Aquí es donde el acompañamiento espiritual cobra su mayor valor: cuando alguien se acerca con respeto y compasión a la herida del otro, le recuerda que su vida sigue teniendo valor, que no ha sido olvidado, y que el dolor no tiene la última palabra. En esa herida, vivida con y desde el acompañamiento, surge la esperanza.

Francesc Torralba, cuando analiza el valor de la esperanza lo expresa así:

“La esperanza no es una anestesia ante el sufrimiento, sino una forma de interpretarlo desde la promesa de un bien futuro, desde la confianza en que algo puede cambiar, en que alguien está conmigo”³.

Para Torralba, la esperanza no es un lujo ni un simple estado emocional, sino una necesidad vital. El ser humano necesita tener una dirección,

1. Kubler-Ross, E. (2001). Lecciones de Vida. Barcelona: Luciérnaga CAS.

2. Sölle, D. (1978). Sufrimiento. Salamanca: Ed. Sígueme..

3. Torralba, F. (2004). Cien valores para una vida plena: La persona y su acción en el mundo. Barcelona: Ed. Milenio.

un horizonte hacia el cual orientarse. Sin esperanza, la existencia se vacía de sentido y cae en la desesperación. En sus palabras:

“La esperanza es el motor que impulsa a seguir adelante incluso en las condiciones más adversas”.

La esperanza, en su dimensión más profunda, es una forma de resistencia. No es ingenuidad ni evasión, sino la afirmación de que la vida tiene sentido incluso en el dolor.

Para Viktor Frankl, psiquiatra y sobreviviente del Holocausto,

“Quien tiene un porqué para vivir puede soportar casi cualquier cómo”⁴.

El acompañamiento espiritual ayuda precisamente a descubrir ese “porqué”, renovando el sentido existencial que permite resistir y transformar la adversidad. El sufrimiento, cuando es acompañado y asumido con sentido, puede abrirnos a nuevas relaciones, a una fe más profunda, si cabe; a un compromiso más genuino con los demás. Las heridas no desaparecen, pero pueden convertirse en fuentes de sabiduría, de compasión y de acción solidaria.

El acompañamiento espiritual consiste en caminar junto a otra persona en su proceso de búsqueda de sentido. No se trata de dirigir ni de imponer una verdad, sino de estar presente con humildad, respeto y apertura. Gabriel Marcel afirmaba que la esperanza es

“La disponibilidad del alma para lo inesperado”⁵.

El acompañamiento espiritual, entonces, es una invitación a abrirse al misterio, a no cerrarse ante la desesperanza, y a descubrir que aún en las situaciones más oscuras, algo nuevo puede nacer. No niega la realidad del mal o del dolor, sino que ayuda a trascenderlo sin caer en el nihilismo.

Ese es el sentido que inspira la “ética del encuentro”. Una propuesta que nace del reconocimiento profundo de la dignidad del otro como otro, y se traduce en una forma de estar en el mundo basada en el respeto, la empatía y la apertura. No se trata solo de una norma moral, sino de una actitud existencial que transforma nuestra manera de relacionarnos.

3/

Ética del encuentro: necesidad moral y vital

Uno de los autores que ha desarrollado esta idea es Emmanuel Lévinas, quien afirmó que el rostro del otro -especialmente el rostro del que sufre- nos interpela. No pide permiso para hablarnos: nos reclama responsabilidad. En ese rostro humano, herido o vulnerable, se revela una presencia que no se puede reducir ni ignorar. De la misma manera interpela el rostro de quien mira y quiere ayudar.

La ética del encuentro, entonces, comienza, como se ha mencionado, antes que cualquier sistema moral: surge en el instante en que reconocemos que el otro no es un objeto, ni un obstáculo, ni una utilidad, sino un ser humano irrepitible y digno de cuidado.

El encuentro ético exige una salida del ego, una apertura al otro que implica escucha, disponibilidad y renuncia al control.

4. Frankl, V.E. (2006). El hombre en busca de sentido. Madrid: Herder Editorial.

5. Rodríguez, A. (2023). La disponibilidad como condición para la sabiduría en Gabriel Marcel. Revista Palabra y Razón, 24, pp. 158-181.

LH n.342

En un mundo cada vez más fragmentado y marcado por la prisa, el miedo o la indiferencia, esta ética nos invita a detenernos, mirar, acercarnos. Como en la parábola que inspira este texto: el encuentro no fue planificado: fue una interrupción, una llamada no prevista que lo transformó.

En esta lógica, la ética no es simplemente “**hacer el bien**”, sino dejarse tocar por el otro hasta que nazca en mí el deseo de cuidarlo. Se trata de una experiencia mutua de humanización. Al salir al encuentro del otro, especialmente del vulnerable, nos reencontramos con nuestra propia fragilidad, y desde allí brota una relación más auténtica. El verdadero encuentro cambia al que es ayudado y transforma también al que ayuda.

Esa mirada hace brotar un auto-reconocimiento de la propia existencia, hace fortalecer la autoestima y la autoconfianza. Reduce la ansiedad y el estrés, genera sensación de felicidad, fortalece un sentido de pertenencia y conexión a algo más grande y a construir vínculos significativos.

En definitiva, permite que ambos se abran a nuevas perspectivas: El encuentro con personas diferentes a nosotros puede ampliar nuestra visión del mundo y enriquecer nuestra comprensión de la realidad.

El acompañamiento espiritual, la escucha profunda, la hospitalidad... son formas de vivir esta ética del encuentro. En ellas, el otro no es reducido a su problema o a su carencia, sino reconocido en su dignidad y valor únicos. El acompañamiento espiritual no debe ser vivido como una obligación “normativa”, sino que debe nacer de la propia necesidad a encontrarse con el otro. Es más honda: brota del corazón que se abre. Como decía el **Papa Francisco** en **Fratelli Tutti**, el

“Amor social no se puede imponer,
pero sí se puede cultivar: nace del deseo

**de construir puentes y no muros,
de mirar al otro no como amenaza,
sino como hermano”⁶.**

Para la tradición cristiana, el encuentro es también lugar de revelación divina. Jesús mismo vivió una ética del encuentro: se acercaba a los excluidos, tocaba a los leprosos, comía con pecadores, se dejaba afectar por el dolor ajeno.

En cada persona, sobre todo en los más pobres, reconocía una presencia que merecía atención y amor. Acompañar, servir, amar, es reconocer en el otro un misterio que nos trasciende. En el rostro del otro, Dios se hace presente.

Este acompañamiento se fundamenta en la convicción teológica de que el Espíritu Santo es el verdadero guía interior, y que el acompañante solo facilita un espacio sagrado para que la persona escuche la voz de Dios en su vida, o al menos facilite la conexión con lo trascendente. En este contexto, la esperanza no se impone, sino que se cultiva como semilla que brota en el corazón herido.

El acompañante espiritual, entonces, se convierte en un testigo de ese amor incondicional, encarnando la promesa de que el sufrimiento no es la última palabra.

Uno de los aspectos más desafiantes del acompañamiento espiritual es la experiencia del silencio de Dios. Muchas personas vulnerables, especialmente aquellas que han sufrido traumas profundos, sienten que Dios está ausente.

Ante este clamor, el acompañante no debe apresurarse a dar respuestas, sino a compartir ese silencio desde la fe.

Como lo enseñó san Juan de la Cruz, la “**noche oscura del alma**” puede ser también un camino hacia una fe más profunda. Hacia un crecimiento personal más maduro. Su presencia silenciosa es un acto de fe en que Dios actúa incluso cuando no se percibe.

6. Francisco. (2020). Fratelli tutti. [https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html] The Holy See

En este sentido, es un ministerio de presencia y esperanza, más que de palabras.

No podemos circunscribir el acompañamiento espiritual exclusivamente a un contexto religioso. Si bien, para la Iglesia y por tanto para la Orden Hospitalaria tiene una raíz teológica, su práctica interpela a toda la sociedad, especialmente en contextos donde la dignidad humana es negada.

La Iglesia, como comunidad de fe, está llamada a ser un “**hospital de campaña**”, como lo ha señalado el papa Francisco, un lugar donde se acompaña, se escucha y se sana.

A través del acompañamiento espiritual, todos pueden crecer, fortalecer su sentido y propósito vital y encontrar herramientas de resiliencia.

La esperanza que surge del acompañamiento espiritual no es solo consuelo para soportar la vida, sino impulso para transformarla. Es la fuerza que lleva al compromiso, a la justicia y a la construcción de un mundo más humano.

En tiempos donde la desesperanza parece extenderse, el acompañamiento espiritual es una herramienta poderosa de sanación y resistencia. No cambia mágicamente las circunstancias, pero transforma la manera de habitarlas. Y en esa transformación, renace la esperanza.



4/

Conclusión.

El acompañamiento espiritual es, en esencia, un acto de amor radical. En medio del dolor y la fragilidad, ofrece una presencia que escucha, acoge y anima. Teológicamente, refleja el rostro compasivo de Dios; filosóficamente, afirma la dignidad del ser humano como ser relacional y trascendente.

Acompañar espiritualmente a los vulnerables es sembrar esperanza donde parece no haber futuro, es proclamar con la vida que todo ser humano merece ser amado, escuchado y sostenido.

08/

Experiencias





08/1

La Esperanza en el ámbito de la discapacidad intelectual: un enfoque integral.

Lourdes Casas Rodríguez,

Profesora de educación especial
y responsable del SAER.

Centro San Juan de Dios. Valladolid.

En el marco del Año de la Esperanza, proclamado por la iglesia, y coincidiendo con Jubileo de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, reflexionamos sobre el papel fundamental de la esperanza en el ámbito de la discapacidad intelectual. La esperanza es un concepto esencial, profundamente humano y espiritualmente enriquecedor, que trasciende las barreras y desafíos, ofreciendo una luz de guía y un motivo para seguir adelante. En el contexto de la discapacidad intelectual, la esperanza se convierte en un pilar esencial que sostiene a las personas, sus familias y a los profesionales que les brindamos apoyo. En estas líneas exploraremos cómo la esperanza se manifiesta y se nutre en cada uno de estos grupos, destacando su importancia en la construcción de una vida plena y significativa.

La discapacidad intelectual implica limitaciones en el funcionamiento intelectual y en la conducta adaptativa, que se manifiestan en habilidades conceptuales, sociales y prácticas. Estas limitaciones pueden afectar significativamente la vida de la persona y de su familia, presentando desafíos únicos en cada etapa del desarrollo.

La esperanza, en este contexto, se convierte en un elemento vital. No es simplemente un deseo optimista, sino una fuerza activa que impulsa a seguir adelante, a buscar soluciones y a encontrar significado en medio de las dificultades. La esperanza capacita a las personas con discapacidad intelectual para perseguir sus sueños y aspiraciones, a las familias para brindar un apoyo incondicional y a los profesionales para ofrecer una atención integral.

La Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, fiel a su carisma, entiende la hospitalidad como una expresión concreta de esperanza. Acoger, cuidar y promover la dignidad de las personas con discapacidad intelectual son actos que reflejan una profunda fe en el potencial humano y en la capacidad de superar barreras.

1/

La Esperanza desde la Perspectiva de la Persona con Discapacidad Intelectual.

Para las personas con discapacidad intelectual, la esperanza es un motor que impulsa su desarrollo y bienestar. La esperanza se manifiesta en la capacidad de soñar, de establecer metas y de creer en un futuro mejor. A pesar de las limitaciones que puedan enfrentar, estas personas

tienen sueños y anhelos como cualquier otro ser humano. Quieren ser valoradas, amadas, respetadas y tener la oportunidad de desarrollar sus talentos y habilidades.

Es fundamental fomentar la autodeterminación y el empoderamiento de las personas con discapacidad intelectual, brindándoles la oportunidad de tomar decisiones sobre sus propias vidas y de participar activamente en la comunidad. Alentarlos a expresar sus deseos, a establecer metas realistas y a celebrar sus logros, por pequeños que sean, fortalece su sentido de esperanza y autoestima.

En nuestros centros, fomentamos un entorno donde cada persona es valorada y apoyada para alcanzar su máximo potencial. La esperanza se nutre a través de programas personalizados que promueven la autonomía, la inclusión y el crecimiento personal.

2/

La Esperanza en el corazón de la familia.

Las familias de personas con discapacidad intelectual son pilares fundamentales en la construcción de la esperanza. La esperanza en el seno familiar se refleja en la resiliencia, el amor incondicional y la fe en las capacidades de sus seres queridos. Criar a un hijo con discapacidad intelectual es un desafío constante, y la esperanza permite a las familias superar los momentos difíciles, encontrar recursos y apoyos, y celebrar los éxitos de sus hijos.

Es importante reconocer y valorar la resiliencia de estas familias, su capacidad para adaptarse a las circunstancias para seguir brindando cada día un amor incondicional. Ofrecerles informa-

ción, orientación y apoyo emocional, así como facilitar el acceso a redes de familias y grupos de apoyo, puede fortalecer su capacidad para mantener la esperanza y afrontar los desafíos con mayor confianza.

En nuestros centros, ofrecemos recursos y apoyo a las familias, ayudándolas a enfrentar los desafíos y a celebrar los logros. La esperanza se fortalece en la comunidad, donde las familias encuentran acogida y comprensión.

3/

La Esperanza desde la perspectiva de los profesionales.

Los profesionales que trabajan con personas en el ámbito de la discapacidad intelectual, tienen la responsabilidad de inspirar esperanza en las personas y familias a las que atienden. Su labor va más allá del cuidado; es una vocación de servicio y compromiso con la dignidad humana.

La ética profesional, la formación continua y la reflexión sobre la propia práctica son fundamentales para garantizar una atención de calidad y para evitar actitudes paternalistas o **capacitistas** que puedan socavar la esperanza.

Escuchar activamente a las personas y familias, comprender sus necesidades y aspiraciones, y trabajar en colaboración con ellas para alcanzar sus metas, son elementos clave para fomentar un ambiente de esperanza y confianza.

En nuestros centros, los profesionales son formados para brindar un apoyo integral, basado en los valores de hospitalidad, respeto, responsabilidad, espiritualidad y calidad.

LH n.342

La esperanza se refleja en cada gesto de cuidado, en cada palabra de aliento y en cada esfuerzo por mejorar la calidad de vida de las personas a las que apoyamos.

4/

Conclusión.

La esperanza es un hilo conductor que une a las personas con discapacidad intelectual, sus familias y los profesionales que les apoyan. En este Año de la Esperanza y Año Jubilar de la Orden Hospitalaria, reafirmamos nuestro compromiso de acoger y apoyar a las personas con discapacidad intelectual. El lema del año jubilar de la Orden, “Esperanza en la Hospitalidad al estilo

de san Juan de Dios” nos inspira a continuar construyendo un futuro donde cada persona sea acogida, valorada y apoyada, siguiendo el ejemplo de nuestro fundador san Juan de Dios.

Las historias de personas con discapacidad intelectual que han experimentado la hospitalidad de la Orden a lo largo de los años, son un testimonio del poder transformador de la esperanza.

A través del cuidado compasivo, el apoyo personalizado y la promoción de la inclusión social, estas personas han podido desarrollar sus capacidades, superar sus limitaciones y vivir una vida plena y significativa.

En este año especial, renovamos nuestro compromiso de ser portadores de esperanza y de extender la hospitalidad a todos, especialmente a aquellos que más lo necesitan.



08/2

La esperanza en el último tramo.

M^a Isabel Ródenas Iruela,
Médico Especialista en Geriatría.
Hospital Universitario San Rafael. Granada

Este artículo no pretende ni mucho menos ser una lección de filosofía acerca de la esperanza, ni una revisión bibliográfica sobre las connotaciones éticas del concepto. Más bien es una búsqueda personal de respuestas y una reflexión compartida después de intentar mirar a través de los ojos expertos, profundos, arrugados y algo cansados de algunas de las personas mayores con las que me relaciono. Personas referentes para mí por distintos motivos, que suponen una experiencia vital y una invitación a imaginar cómo será o cómo me gustaría que fuese mi propia vejez.

Lo que pretendo es ampliar la mirada y ponerme un poco sus gafas porque, desde mis cincuenta años no puedo ver lo que ellos ven desde sus ochenta: ¿Cómo hablar de esperanza cuando apenas queda tiempo? ¿Qué me cabe esperar cuando parece que ya todo ha llegado? ¿Cómo mirar hacia delante cuando ya se ha alcanzado el horizonte?

1/

De qué vamos a hablar.

La esperanza es definida por la Real Academia de la Lengua como un estado de ánimo en el cual se nos presenta como posible aquello que deseamos.

El estado de ánimo y el deseo son condiciones humanas que trascienden lo meramente físico y fisiológico. A diferencia de la espera, la esperanza es una condición exclusivamente humana. El sentimiento de esperanza hace que se arroje algo hacia delante con la idea de poder lograrlo. La capacidad de espera, sin embargo, es común al resto de seres vivos, así, por ejemplo, una planta espera a que se den las condiciones óptimas para florecer, un tallo espera a poder germinar, un animal espera la época adecuada para procrearse o el momento oportuno para cazar.

El ser humano, como ser racional pero también sensible, es capaz de mirar al futuro con una perspectiva distinta a la del resto de seres vivos. Una perspectiva que le permite anticiparse o proyectar lo que quiere y desea; es ahí, en esa proyección de futuro, donde habitualmente se entiende la esperanza.

Podemos ser más precisos y diferenciar una esperanza **defiante** de una esperanza **confiante**. La esperanza defiante nos empuja y pone en marcha para lograr aquello que queremos,

LH n.342

buscamos o deseamos. Pero somos conscientes de que no todos los proyectos pueden lograrse, sabemos de la limitación de lo que se puede conseguir. Entonces somos capaces de desear más allá de nosotros mismos y aparece la confianza y el deseo de que, si no yo, sea otro el que lo logre: la esperanza confiante. Y en esta confianza surgen sentimientos transcendentales, religiosos o no, que nos permiten, en algunos casos, no “perder del todo la esperanza”.

¿Cuánto de verdad hay en esto? ¿De verdad confiamos en los que vienen detrás? ¿Cómo viven los más mayores la esperanza y la confianza?

2/

Con quién queremos hablar.

Cuando hablamos de “**personas mayores**”, parece que lo estemos haciendo de un grupo de edad más o menos homogéneo, con unas características y circunstancias parecidas; nada más lejos de la realidad. El recorrido vital de cada individuo determina tanto el destino final, que es imposible equiparar por edades la situación de cada uno. Los años vividos hacen mella en cada persona de un modo muy distinto, tanto desde el punto de vista físico como cognitivo, emocional o espiritual. Los acontecimientos vitales, por parecidos que sean, moldean de manera singularísima la personalidad y la forma de situarse en la vida.

Desde el punto de vista de la patología tampoco podríamos homogeneizar este grupo, y, para más complejidad, el modo de enfermar con los años tiene unas peculiaridades especiales (presentación atípica de enfermedades, manifestaciones oligosintomáticas de patología, comorbilidades, polifarmacia, etc..).

Si proyectamos una mirada desde la ética clásica a los problemas que encontramos en los pacientes de mayor edad, estos pueden ir desde la justicia a la inatención (discriminación por edad, o desatención institucional), desde la no maleficencia al maltrato en cualquiera de sus formas (infantilización o abuso), desde la autonomía al paternalismo (dificultando una toma de decisiones autónoma) o desde beneficencia al trato inadecuado (dando por supuestas formas de trato que no son las que la persona quiere).

Tengo la suerte y el privilegio de que mi trabajo me permite atender y acompañar a personas mayores sanas, enfermas, frágiles, o muy graves. Esto supone para mí una posición afortunada desde la que poder reflexionar sobre mi propia trayectoria vital. Sin embargo, al preguntar por la esperanza, no quería limitarme sólo a este entorno ni tratar el tema sólo desde un modelo de relación de ayuda médico-paciente. Por eso las personas a las que lanzo la cuestión sobre la esperanza no son pacientes, sino de algún modo, convivientes en mi día a día y desde ahí, me atrevo a preguntarles:

▼
¿Vive usted su vida actual con alguna esperanza; de ser afirmativa la respuesta, ¿en qué tiene esperanza?

3/

Testimonios.

S.

Conozco a S. una tarde de otoño sentada en el banco de un parque mientras sostiene un recipiente con fruta en una mano y un bocata en la otra. Un precioso niño rubio e inquieto le grita

desde el tobogán a pleno pulmón y con las vocales muy abiertas “¡abuelaaaa, miraaaaa!”.

El precioso flequillo de una melena inmaculadamente blanca, el rojo pañuelo anudado al cuello y las gafas de sol modernas, no son más que la antesala de una sonrisa sincera y abierta que invita a compartir la tarde sin dejar de poner un ojo en los columpios.

Son varios los encuentros que tengo con S., siempre en circunstancias parecidas: con niños que juegan, corren, ríen y meriendan alrededor de madres y abuelas. “Me encanta estar con mi nieto, aprovecho estos ratos con él y además les echo un cable a los padres”.

Una de tantas abuelas que colaboran activamente en la crianza y cuidado de unos nietos cuyos padres han entrado en la trampa de la conciliación imposible. Pero esta abuela tiene algo especial: irradia ganas, alegría responsable, cuidado pensado, respeto a lo ajeno y sabiduría de vida. En uno de nuestros encuentros, le lanzo la pregunta y, como respuesta, me regala un texto que me permite transcribir:

“No estoy vieja” Con esto quiero decir que no me comporto ni me siento como los estereotipos culturales y sociales de las mujeres de mi tiempo. La discriminación por edad es algo muy preocupante para las mujeres, creo que más que el hecho en sí de envejecer. A pesar de esto, he aprendido a ser resiliente.

En esta etapa de mi vida me siento emocionalmente estable. Es un tiempo de planes a corto plazo, pero siempre con mucha motivación. Mi vida ahora es disfrutar de lo que me trae cada nuevo día: mi pequeña familia, mis nietos (principalmente), las/os amigas/os, salir a cenar, viajar, ir al cine... Todas y cada una de esas cosas las disfruto mucho ahora, soy de naturaleza “disfrutona”.

La estabilidad emocional de la que ahora disfruto, creo que se debe al autoconocimiento, a la inteligencia emocional y la empatía hacia los otros. Todo aprendido a través de los años.

Es muy probable que me tenga que enfrentar a momentos de tristeza, pues siempre está al acecho la sombra de la soledad o la enfermedad. Pero todos sufrimos y hay que crecer. Gracias a mis ideas y mi capacidad para lidiar con el dolor y la alegría, conozco este péndulo entre la alegría y la tristeza; este conocimiento hace que viva la vejez como un catalizador para el crecimiento personal, espiritual y emocional.

He aprendido que la felicidad es una habilidad y una decisión. He aprendido a buscar amor, humor y belleza todos los días. He adquirido una actitud para apreciar la vida y cambiar hábitos y formas de ser. Ahora soy más paciente, también más selectiva en diversas rutinas de cada día.

Envejecer es un destino increíble, conforme nos arrebatamos muchas cosas, se encuentran otras. Amar de forma diferente, apreciar lo que tienes, desdramatizar situaciones. Mi bienestar se construye a base de ganas e intenciones y que mis expectativas sean razonables.

Cuidar de mi salud física y mental es una de mis prioridades. No quiero vivir muchos años... quiero llegar bien a la meta mientras que pueda.

No quiero ser una mujer con rencor, antipática o malhumorada. Quiero ser cada día una mujer más amable con los demás, también conmigo misma, honesta y auténtica.

LH n.342

J. M.

Conozco a J.M. desde que él tenía mi edad: hace casi treinta años. Un hombre formado, correcto, inteligente, atento, de ideas liberales y bien argumentadas. Profesor, médico y padre de familia. Lo conocí impartiendo una de las mejores clases a las que asistí en la facultad y que aún recuerdo. Sus esquemas en la pizarra eran una señal de lo bien organizada que estaba su cabeza, de la capacidad crítica y argumentativa, del trabajo concienzudo y el deseo de saber. El afecto que perdura en el tiempo me permite mantener el contacto con él, aunque sea sólo un par de veces al año, siempre con cariño y admiración. A pesar de que me cuesta trabajo hacerle una pregunta que, entiendo, supone asomarme un poco a su intimidad, me atrevo a hacerlo. Como respuesta lo primero que obtengo es una disculpa por cierto tono pesimista:

“Sabes que soy muy sistemático, me organizo bien la semana, mantengo el contacto con los hijos y los nietos, sigo acudiendo a la tertulia semanal y hago ejercicio, pero los fines de semana se me hacen interminables, se me cae la casa encima. Te contesto encantado, aunque no quiero transmitirme desasosiego”.

“Consulto el diccionario y leo la definición: estado de ánimo que surge cuando se presenta como alcanzable lo que se desea. En mi estado actual desear, lo que se dice desear, desde el último recodo del camino, sólo deseo que mi muerte sea rapidita y sin dolor. Soy un hombre afortunado, pues he alcanzado mis metas humanas y profesionales. Como médico y agnóstico que soy, considero la muerte como un proceso biológico y natural, y como tal lo acepto. Por las mismas razones tengo interés en conocer cuál será la

enfermedad que acabará conmigo; pero sin ansiedad y con auto vigilancia.

Si esperanza es igual a deseo, deseo que mis hijos, mis nietos, mis amigos y la gente a la que quiero sean razonablemente felices.

Que el mundo recupere la armonía de la Naturaleza..., aunque yo no lo veré, pero ojalá lo vieses ellos. Como agnóstico, no alcanzo a comprender la posibilidad de otra vida, la resurrección o algo después de la muerte, por lo que no supone esto esperanza alguna para mí”.

M.

M. es mi vecina del quinto piso. Desde que llegué al bloque, se ofreció para lo que fuese preciso y me acogió de algún modo en un vecindario donde casi no había niños y la media de edad de los vecinos superaba los setenta años.

M. es una mujer jovial, atenta, de risa sonora, de aspecto cuidado y de vida muy llena. Con frecuencia la veo por las mañanas, toda elegante y con sus labios carmín, cuando vuelve a casa después de hacer las pequeñas compras del día y haber tomado café con sus amigas. Le gustan las plantas (y las regala), le alegra cocinar (e invita), y le gusta recitar poemas (y que le reciten versos). Durante los veinte años que llevo viviendo aquí mantenemos una relación cordial de confianza y respeto.

En los últimos meses ha comenzado a encontrarse mal, limitada por un dolor articular que no se resuelve y que la lleva dando bandazos por el sistema sanitario sin lograr alivio. Cada día más limitada, comienza a renunciar a cosas importantes para ella: no puede salvar el escalón de la entrada, no va a la peluquería, le cuesta mantenerse en pie para cocinar... poco a poco abandona sus hábitos y comienza a depender de sus hijos que ya hacen turnos para acompañarla por las noches. Yo la visito de vez en cuando, me gusta estar con ella, intento

ayudar sin invadir (como ella ha hecho siempre), y en una de esas visitas, tratando de incitarla a que beba un poco de té, comienza la conversación sin pregunta previa:

“No quiero beber más, no quiero vivir más, no me fuerces, por favor. Estoy tranquila, estoy en paz. Tengo mi vida ya hecha, creo que lo he hecho lo mejor posible. Mis hijos están bien, mis nietos salen adelante y mi única esperanza ahora es irme cuanto antes. No tengo miedo, quizá la esperanza de volver a ver a mi padre y a mi marido... ¡qué buenísima persona era! No me des nada más, de verdad, mi vida debe terminar, ojalá fuese esta misma noche, aquí, tranquila, como estoy ahora, sin dolor, sin ruido, sin pena. Todo está bien y yo tengo que irme”.

M. murió a los pocos días de esta conversación. No lo hizo en casa, sino en el hospital, después de la negativa a una transfusión y el rechazo del tratamiento que precisó de una interconsulta a psiquiatría porque el médico responsable no entendió la situación y dudó de la autonomía de la enferma. Resulta paradójico que los médicos lleguemos a creer que salvamos las vidas de los pacientes, cuando es la vida de los pacientes lo que nos salva a nosotros. Aún nos falta camino y pacientes como M. que nos enseñen que cuidar es tan importante o más que curar y que lo que creemos mejor para el paciente, no siempre coincide con lo que este quiere y desea.

Me quedo con los labios rojos de M. paseando por el barrio, con las plantas que me regaló y con la receta de su arroz con leche. Pero sobre todo con su modo de aceptar la pérdida y el final con dignidad, agrado y agradecimiento.

J.A. y C.

J.A. y C. son un sólido matrimonio que llega a mi consulta preocupado por ciertas dificultades de J.A. al respecto de su memoria. Ambos tienen un alto nivel cultural, han logrado una vida plena desde el punto de vista intelectual, familiar y afectiva, al menos esa es la impresión que me da en cuanto paso unos minutos con ellos. Me cuentan su día a día con numerosas referencias a sus hijos y nietos, estudios y trayectorias profesionales de estos. J.A. es un importante arquitecto jubilado, acostumbrado a tener grandes responsabilidades y a tomar decisiones complejas diariamente.

Desde hace un tiempo se encuentra más lento, precisa de más tiempo para expresar lo que quiere decir, y no es hombre de pasar de largo, se empeña en aquello que quiere manifestar a pesar de los circunloquios que precisa hasta llegar a la cuestión. Esto ha motivado que la vida cotidiana sea más difícil, todo el mundo va más rápido, todo se sucede con demasiada inmediatez, da la impresión de que el mundo sea sólo para los rápidos...

Esta reflexión es una de las cosas que hace que J.A. no sea para mí sólo un paciente más. Hemos establecido una relación cordial de ayuda y apoyo. Aprovechando su implicación e interés le pido permiso para preguntarle, tanto a él como a su esposa, sobre su visión esperanzada, o no, de la vida.

J.A.: “Tengo absoluta esperanza en la vida, pero tampoco tengo ahora necesidad de nada. Yo estoy mucho mejor que hace meses y lo que espero de la vida es seguir enterándome bien de la marcha de todos mis nietos. Mi esperanza también es lograr hacer feliz a C., ahora que me he reencontrado con ella después de mucho tiempo dedicado a mis cosas laborales,

LH n.342

sobrevivo gracias a ella y me gustaría hacerle feliz. Lo que yo vaya a durar, que no puede ser mucho, que no esté cargado de limitaciones y problemas con los que cargue a mi familia”.



- C.** “Siempre he sido una persona positiva, de ilusionarme y eso, pero ahora lo veo todo un poco peor. Aunque todo va mejor y J.A. está mejor que cuando llegamos. Yo veo que me hago mayor, que me canso, selecciono más las cosas y la gente, pero es difícil que yo me ilusione ahora por nada. Mis nietos me ilusionan, pero los pequeños también me cansan mucho. Me pesa todo mucho. Como J.A. se ha ido retirando de casi todo, ahora soy yo la que está más ocupada...”

Lo que me cabe esperar es tener paciencia y alegría para seguir llevando a J.A. y cuidarle con alegría. Me preocupa más su final que el mío, no quiero verlo deteriorarse. Él siempre ha demandado mucha atención por mi parte y es muy exigente, me gustaría hacerlo bien.

Yo creo en la otra vida y quiero pensar que las cosas mejorarán. He sido muy afortunada, he tenido muy buena familia, con mucho amor, si ahora me toca la parte mala, no puedo quejarme”.

4/

Conclusiones.

Quizá la esperanza no deba buscarse sólo mirando hacia delante, a veces el camino ya recorrido por otros pueda arrojarnos luz, ganas, conciencia, deseo y razón para seguir esperanzados.

Participo de las reflexiones descritas anteriormente y de todas, saco aprendizaje:

- No pases de largo delante del espejo que es la madurez y vejez de los que te rodean. No pierdas esa oportunidad de aprendizaje.
 - Aprovecha el momento presente para hacer aquello que te gusta, entrena tus pasiones y podrás seguir disfrutando.
 - Cuidate de manera razonable, sin obsesiones ni extremismos.
 - Aprende a perder y a despedirte con dignidad y agradecimiento de las cosas que ahora tienes.
 - No corras, el mundo no es sólo de los rápidos: la velocidad es mala amiga del disfrute de la belleza.
 - Cuidar y dejarse cuidar, amar y dejarse amar son pilares para mantenerse esperanzado también al final de la vida.
-

LH

HUMANIZACIÓN, PASTORAL Y ÉTICA DE LA SALUD Y SOCIAL
www.laborhospitalaria.com

